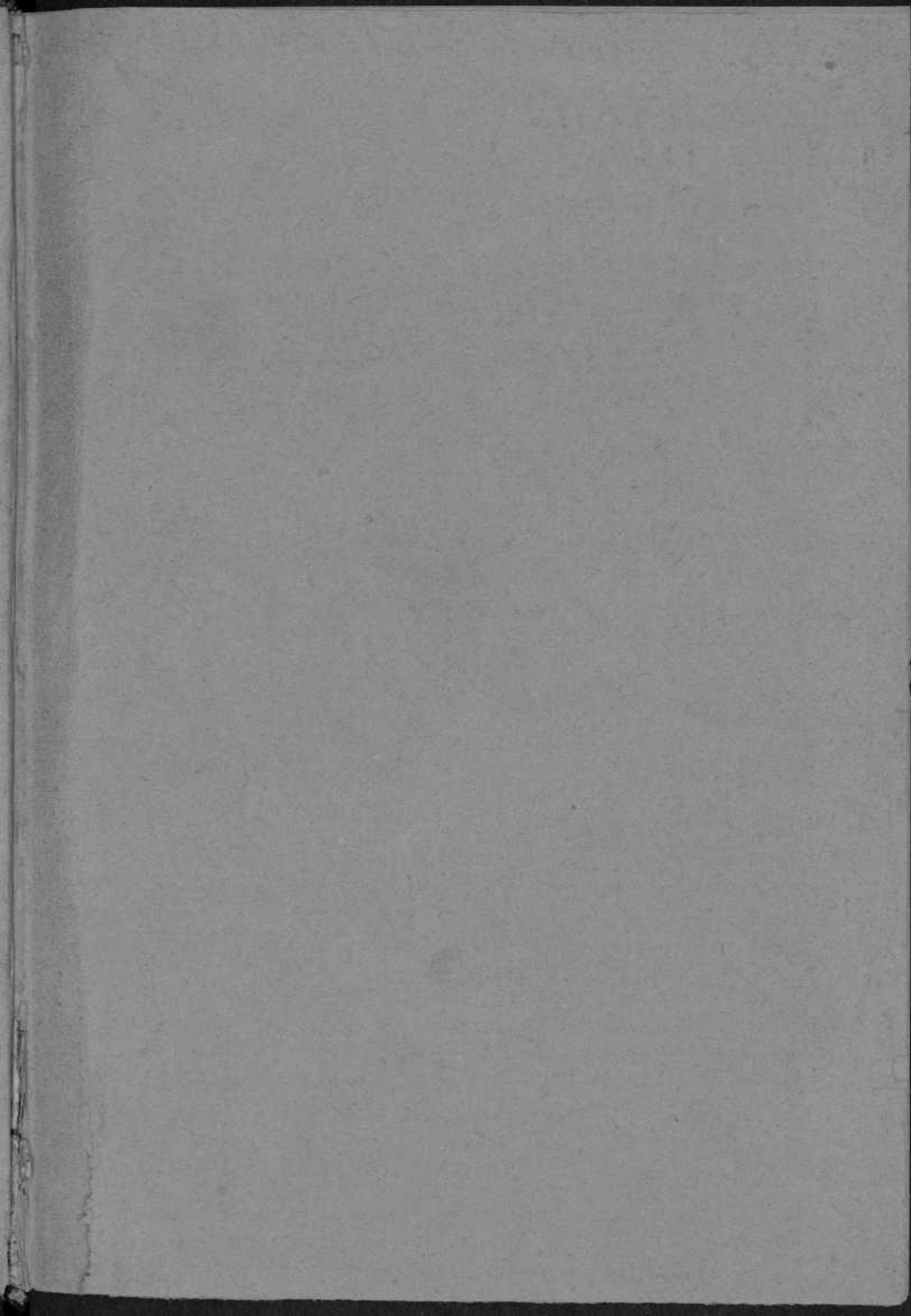
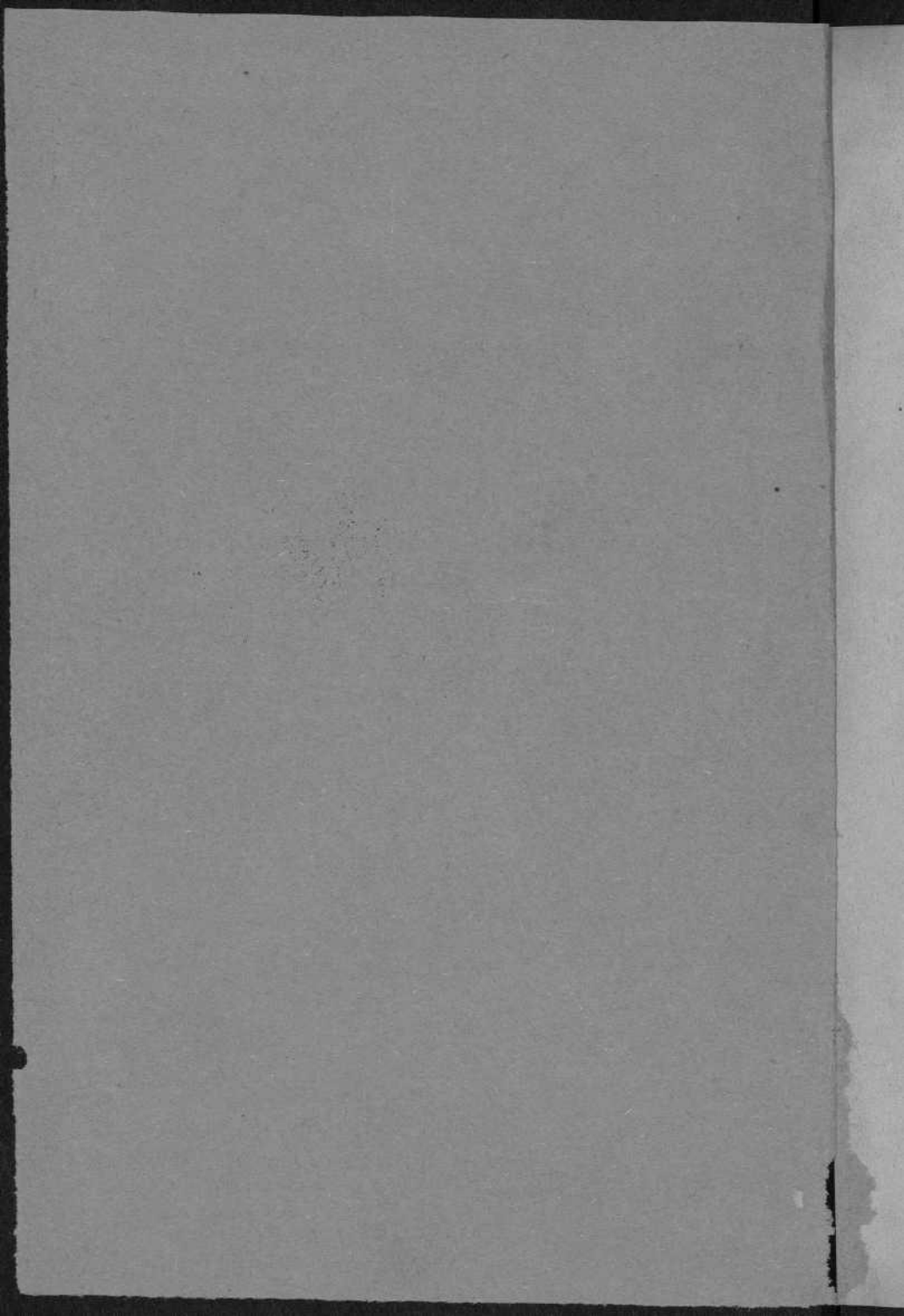


234

14234





PRIMERA EDICIÓN
EN
ESPAÑA
DE LA
HISTORIA DE SAN BERNARDO
Y SU SIGLO,
ESCRITA POR EL
R. P. TEODORO RATISBONNE,
SUPERIOR DE LOS PADRES MISIONEROS Y RELIGIOSAS
DE NUESTRA SEÑORA DE SION,
VERTIDA AL CASTELLANO
POR UNA DEVOTA
DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS
CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA.

TOMO SEGUNDO



MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE RICARDO FÉ
CALLE DEL OLMO, NÚM. 4

1890

~~~~~  
Esta traducción es propiedad de  
la traductora, quien perseguirá ante  
la ley al que la reimprima sin su  
autorización.  
~~~~~

26
2424

TERCERA ÉPOCA

CAPÍTULO PRIMERO

El cisma de Roma.—Las principales potencias de la Cristiandad reconocen á Inocencio II, por intervención de San Bernardo.—El Anti-Papa funda el reino de Sicilia.

Por virtud divina el santo monje del Claraval, con una palabra tan solo, rasgó las nubes que envolvían á la cristiandad. Semejante al Salvador, mandó al torrente y á la tempestad, y desde entonces nada resistirá á su poderosa palabra. Cuando la Iglesia gime en medio de las sombras de la noche, un foco de luz aparece siempre por algún punto del horizonte, iluminando de repente la escena del mundo.

San Bernardo, poseído de su misión, muy pronto instruirá á reyes y pastores, y con el soplo de su propio aliento disipará los pensamientos vanos de los hombres.

El rey de Francia ha reconocido ya al Jefe supremo de la Iglesia. Suger, su fiel ministro, y varios obispos en representación de su soberano, rinden homenaje á Inocencio II, y hasta el mismo rey preséntase al Pontífice, acompañado de la reina su mujer, sus hijos y numeroso cortejo de príncipes y prelados, entre los cuales se destaca la humilde figura de San Bernardo. Luis VI llegó al pequeño pueblo de Saint Benoit Sur Loire, donde esperó la llegada del Vicario de Jesucristo; y *conduciéndose, como príncipe verdaderamente piadoso, dice el historiador, inclinó su coronada cabeza ante el sucesor de San Pedro, prosternándose á sus pies.* Varios asuntos concernientes á la Iglesia de Francia se arreglaron en esta entrevista, prometiendo el rey á Inocencio amor y sumisión en todas circunstancias.

Después de verificado el concilio de Etampes, todos esperaban la resolución de los reyes de Francia, Alemania é Inglaterra. Este último vacilaba, efecto de las opiniones encontradas que dominaban entre los obispos de su nación. Los más influyentes inclinábanse á favor de Anacleto, porque sus antecedentes los cautivaba, ó quizá también porque temían el carácter inflexible y severo, que Inocencio había demostrado en el pontificado de su antecesor. Pero, sea lo que quiera, en aquellas difíciles circunstancias se consideró conveniente enviar á Bernardo á la corte de Enrique I, para convencerle

sobre la cuestión que estaba ya resuelta en Francia.

Feliz resultado obtuvo esta misión. La irresolución del rey de Inglaterra se fundaba únicamente en pequeños escrúpulos de conciencia, «tranquilizándole al fin San Bernardo con las siguientes palabras: «¿Dudais reconocer al Papa Inocencio por temor de obrar mal? Inquietáos por otras faltas de las cuales tendréis que responder á Dios, pues de ésta me encargo yo.» El rey, sorprendido con estas palabras, puso fin á sus dudas, declarándose adicto á Inocencio II y dócil á los consejos del Santo Abad del Claraval. Inmediatamente después se trasladó á Chartres para visitar al pontífice, colmándole de presentes, y rindiéndole tributo de obediencia en nombre suyo y de los súbditos de su reino.

El rey de Alemania, Lothaire, siguió el ejemplo de los de Francia é Inglaterra, y en una reunión de prelados convocados en Wustbourg, Inocencio II fué proclamado Papa legítimo. España también se sometió á Inocencio, y sucesivamente después todos los demás príncipes cristianos, por intervención del abad del Claraval.

«Incliné á los reyes, escribía con este motivo «San Bernardo, á que rechazaran los consejos de «los malos; los persuadí á que exterminaran todo «poder, que intentara sobrepujar á la ciencia de «Dios. Nuestra misión ha tenido aceptación. Los «reyes de Alemania, Francia, Inglaterra, Escocia,

«España y Jerusalén han reconocido al Papa Inocencio, y el pueblo y el clero le consideran como á padre y jefe, contribuyendo todos á conservar la paz y la unión de los espíritus.»

A pesar de estas victorias el partido de Anacleto no se intimidó. Varios centros, muy principalmente el alto clero, agitábase vivamente por auxiliar sus intereses, sin retroceder ante los peligros que amenazaban á la Iglesia.

El promotor más incansable de los cismáticos en Francia, era el antiguo delegado del Papa Honorio, Gerardo, obispo de Angulema, al que Inocencio no conservó en la nunciatura por ciertos actos reprensibles, afiliándose entonces por espíritu de oposición al partido del anti-papa, el que le devolvió los títulos de delegado.

La vasta provincia de Aquitania encontrábase oprimida por este obispo y el duque Guillermo, que seguía sus inspiraciones: toda persona que no reconocía á Pedro de León por legítimo Papa, era perseguida; á los obispos se les despojaba de sus diócesis, y á los sacerdotes fieles se les desterraba, imponiéndoles crecidas multas que acababan por arruinarles. Aquel pérfido anciano, dice un cronista hablando de Gerardo, arrojó en la provincia de Burdeos la pestilente semilla, comunicando al príncipe como la primitiva serpiente un espíritu de soberbia y rebeldía.

El cisma, fundado en la violencia y la astucia, invadía todo el Mediodía de la Francia, y, aunque era rechazado en el Norte, amenazaba romper la unidad Católica en las provincias en que el duque de Aquitania ejercía su despótico poder. Burdeos, Tours, Auch, las más hermosas comarcas entre los Pirineos y el Loire, se encontraban bajo la jurisdicción del anti-papa.

El celo de Bernardo, apremiado por el interés que le inspiraba toda la Iglesia, se alarmó extraordinariamente ante este peligro. Hubiera querido trasladarse inmediatamente allí para ahogar el cisma al nacer, pero detenido cerca del Pontífice por asuntos no menos importantes, dirigió á los obispos de Aquitania una notable epístola, en la que refiere el verdadero estado de las cosas, exponiendo los motivos que habían revalidado la elección de Inocencio II.

Siendo esta epístola demasiado extensa, no podemos copiarla íntegra; citaremos, no obstante, algunos de sus párrafos para dar á conocer aquel memorable suceso.

«La virtud se adquiere en la paz, se fortalece en los combates, y crece en la victoria, reverendos padres; he ahí el tiempo en que debéis mostrar al mundo la vuestra. La espada que amenaza al cuerpo mismo de la Iglesia, suspendida está sobre vuestras cabezas; mientras más cerca de vos-

»otros esté, más temibles y formidables serán sus
»golpes. Muy vana é insensata es la ambición de ese
»pobre anciano, que deshonra sus canas y el sacer-
»docio que ejerce, por títulos efímeros y legaciones
»que caducan. ¡Cuán sacrílego es el crimen que
»abre la llaga del Salvador por donde salió la san-
»gre y el agua que unió á los pueblos todos en una
»misma fe!

»¿Puédese, por ventura, fomentar impunemente
»la división, sin declararse enemigo de su santa
»Cruz y cómplice de su muerte? ¡Codicia cruel!
»Ya lo dije y él no lo desmiente. Tuvo el cinis-
»mo de pretender que el legítimo Papa le con-
»servase en su puesto, y ofendido con la negativa
»marchóse al partido cismático. Así es como ha
»usurpado un cargo, del que se sirve para herir al
»corazón de Jesucristo y desgarrar sus entrañas;
»pero día llegará en que vea á Aquél á quien hiere.

»Preciso es que el oráculo del Espíritu Santo se
»cumpla. *El escándalo llegará—dice—pero desgra-*
»ciado aquél por quien viniese al mundo.

»¿Y quién es en esta ocasión el escandaloso?

»Aquel que, no obstante una elección canónica,
»ha usurpado el lugar Santo, y no porque es Santo,
»sino porque es poderoso...

»La pretendida elección de la cual se prevalece,
»ó mejor dicho, la fracción que lo eligió, á su co-
»dicia sirve únicamente...

»En efecto, la regla fundamental del derecho canónico sobre esta materia ordena que, verificada una elección, no puede llevarse á efecto otra.

»La primera realizada estaba, la segunda pues, es nula; pero aun aceptando el hecho que los defensores del cisma suponen ¿cuáles fueron las formalidades prescritas y que faltaron en la primera? ¿Debió, por ventura, procederse á nueva elección sin examinar antes las faltas de aquélla y anularla por medio de un juicio auténtico? Dos puntos quedan por analizar; refiérese el uno al mérito personal de los candidatos, y el otro á las formalidades observadas en la elección. En cuanto á las personas, para que no me consideren adulator ni maldiciente, únicamente diré lo que todos saben y nadie será capaz de negar, y es que el Papa Inocencio II goza de una vida y reputación muy por cima de la maledicencia, mientras que su contrario no puede librarse ni aun de las lenguas de sus amigos: y en cuanto á las formalidades llevadas á cabo en ambas elecciones, diré también que la de Inocencio es la primera en cuanto al tiempo, la más pura en cuanto á la condición de los electores y la más canónica según las prescripciones de la sabiduría; por lo que se refiere á la prioridad nadie la discute, habiéndole elegido la parte más sana de los cardenales, obispos, sacerdotes y diáconos, á quienes pertenece el derecho de elección; añadiendo á esto

»que, según antiguas constituciones, el número de
»votos fué el necesario para hacer válida la elección.
»Además, Inocencio ¿no fué consagrado por el obis-
»po de Ostía, único que goza de este privilegio?
»Pues si la persona elegida reúne mayor virtud,
»más integridad en los electores y legalidad en las
»formas, ¿por qué fatal obstinación se empeñan en
»reconocer á otro Pontífice, contra las reglas todas
»de justicia, voluntad de los hombres de bien y apro-
»bación formal de toda la Europa.»

Estas solemnes protestas consolaron á la Iglesia, fortaleciendo á los obispos; pero el duque de Aquitania y su pérfido consejero paralizaron aquellos intentos de paz y concordia, aumentando los desórdenes en el desdichado país que dominaban.

San Bernardo, consumido de celo por servir á Dios, sufría cruelmente con la necesidad de dilatar su viaje á Aquitania, donde los fieles oprimidos le reclamaban; pero Inocencio le ordenó le acompañara en su viaje á Alemania.

Inocencio II, después de recibir los homenajes de las grandes potencias del catolicismo, volvía sus ojos á Roma, deseando reconquistar la silla sagrada del príncipe de los apóstoles, con objeto de conseguir su absoluta independencia, dominar la discordia y hacer prevalecer el espíritu de verdad y concordia, con palabras evangélicas y la acción conciliadora de la caridad.

De todos los príncipes cristianos, ninguno más interesado que el rey de Alemania en que se abrieran al Pontífice legítimo las puertas de la capital del mundo, puesto que allí, en la augusta metrópoli de la cristiandad, á semejanza de Carlo-Magno, era donde debía recibir la corona imperial. Inocencio se dirigió á Lothaire pidiéndole una entrevista con el fin de concertar los medios que le permitieran atravesar la Italia y hacerse dueño de Roma. La conferencia se fijó para el mes de octubre de aquel mismo año, 1130, en la villa de Liege, donde Lothaire y los principales señores del país se trasladaron con numeroso séquito para esperar la llegada del Pontífice.

Algunos días después llegó éste acompañado de San Bernardo y gran número de cardenales y preladados romanos, haciendo su entrada en la villa en medio de un inmenso concurso de fieles y extraordinarias manifestaciones de piedad.

En esta ocasión el rey de Alemania quiso dar un público testimonio de la perfecta armonía que reinaba entre él y el pontificado, marchando humildemente á pie al lado del Papa, llevando de una mano la brida del caballo blanco que montaba Inocencio, y separando con la otra á la multitud que se agolpaba á su paso. Al siguiente domingo celebró con gran pompa el santo sacrificio de la Misa, asistiendo el rey y su familia, renovándose con este

motivo entre los dos soberanos las protestas de afecto y reconciliación. Pero estas tan ostensibles manifestaciones hiciéronse con tanta exageración y de un modo tan afectado, que en todos los espíritus dominaba una vaga inquietud.

El desinterés no era ciertamente condición que distinguía á Lothaire, por lo que al ofrecer al Papa un ejército que le facilitase su entrada en Roma, había motivo para temer anticipadamente las condiciones onerosas que había de imponerle.

En efecto, los presentimientos de la corte romana no tardaron en realizarse, justificando muy pronto los temores anteriormente concebidos. Lothaire, después de haber ofrecido á Inocencio el apoyo de sus armas, inmediatamente reclamó el privilegio de las investiduras, tal como sus antecesores lo disfrutaban antes del concordato firmado en Worms. Creyó que la precaria situación del pontificado era ocasión propicia para alcanzar aquellas inconsideradas reclamaciones; pero Lothaire se equivocó; sin duda había olvidado que el pontificado jamás retrocede, y que si á veces tolera con longanimidad abusos que el curso de los años introducen, con perseverancia no menos heroica sostiene los principios que le son sagrados y las reformas que han obtenido su sanción. Inocencio permaneció inflexible á pesar de la cólera y amenazas

del rey. Borrascosa era la situación, y los prelados sorprendidos temblaban al ver al Sumo Pontífice sin defensa alguna en un pueblo alemán y rodeado de numeroso ejército.

Los ultrajes que Enrique V había hecho sufrir al Papa y demás cardenales estaban muy presentes en la memoria para que sus temores estuvieran exentos de razón. La tempestad, sin embargo, no estalló; San Bernardo estaba allí para conjurarla. Con santa audacia opuso una muralla de bronce á las pretensiones de la corona, combatiéndolas con el poder de su irresistible elocuencia. Recordó á Lothaire los compromisos adquiridos. Hízole comprender que si la Iglesia en ciertos momentos tiene necesidad del imperio, éste también la necesita en multitud de ocasiones. Lothaire no contestó, pero desistió de sus pretensiones, aunque para demostrar su mal humor rompió las negociaciones entabladas respecto á la campaña de Italia. Verdad es que en la grave situación en que se encontraba el imperio, la entrada en Roma no era cosa fácil.

El anti-papa había desplegado mucha actividad durante los viajes de Inocencio, habiéndose procurado numerosos auxiliares. Dueño de Roma, cuyas fuerzas y medios de defensa había aumentado considerablemente, contaba también con el Norte de Italia, cuyos pueblos le eran adictos, reanimando

aún más sus esperanzas en el Sur, un memorable acontecimiento.

Se recordará que los normandos de Italia fueron los primeros en reconocer á Anacleto. Aquellos intrépidos pueblos, siendo ya pequeña la bella provincia que habían arrebatado á la Francia, se establecieron en la Calabria y la Pulla bajo la dirección de Guillermo Brazo de hierro y de Hunfroy, hijo de Tancredo de Hauteville. Pero en 1061 el normando Roberto Guiscard y el duque Roger, no teniendo ya enemigos que combatir, pretendieron constituir en reino las conquistas que habían hecho en Italia y Sicilia.

Reservada estaba la realización de estos designios á Roger II, hijo de este último. Hasta entonces la Sicilia nunca había tenido existencia propia, por decirlo así; jamás había obedecido á un solo dueño, y durante el curso de muchos siglos constantemente había sido invadida ó poseída por pueblos extranjeros. El duque Roger II, después de haber derrotado á los sarracenos, pretendió reunir bajo su cetro aquellas posesiones de Italia y las ricas provincias de la antigua Trinacia, y para seguir las reglas del derecho público, se dirigió al Papa con el fin de conseguir la corona y el título de rey.

Favorable le pareció el cisma para realizar sus designios en aquel gran asunto que durante el reinado de Honorio no había podido conseguir. La

lentitud que tan sabiamente el Pontífice difunto había opuesto á la apremiante solicitud de Roger entraron en mucho, sin duda, para resolver á los normandos en favor de Anacleto; pero, sea como quiera, éste prometió la sanción pontificia á la constitución del reino de Sicilia é Italia, mediante el compromiso formal de que Roger había de oponerse con mano armada á los intentos de Inocencio. El acta se firmó, y por documentos encontrados entre los papeles de Roger, se sabe que para unir más al nuevo reino de Sicilia con la Santa Sede, el papa cismático le prometió el patriarcado de Roma, y aun quizás también la corona de Alemania. Después de haber firmado este tratado de alianza, año 1130, en las fiestas de Pascua, el duque Roger II se trasladó á Palermo, donde después de haber recibido la corona de manos del delegado del anti-papa, tomó el título de Rey de Sicilia por la gracia de Dios, título que fué confirmado después por el legítimo Papa.

Apenas pueden concebirse las complicaciones que con motivo de este suceso sobrevinieron en los asuntos públicos, por medio del cual Anacleto establecía cierta solidaridad entre su causa y la del nuevo reino, encontrando en Roger un poderoso auxiliar doblemente interesado por el triunfo de su causa, teniendo motivo para temer los resentimientos de Lothaire y el triunfo de Inocencio. Además las preten-

siones de Conrado de Hoenstauffen habíanse despertado á la muerte del Papa Honorio, adhiriéndose sus numerosos partidarios á la causa de Anacleto, por el solo hecho de que Inocencio había sido reconocido por Lothaire. Anselmo, arzobispo de Milán, aquel que había coronado á Conrado, arrastró al cisma á toda la Lombardía, resolviendo á los milaneses á tomar las armas para rechazar toda tentativa de Lothaire en favor de Inocencio. Sostenidos por los normandos y los sicilianos, dispusieronse á defender con energía todo ataque que se dirigiera contra Roma.

De la reunión de tan diversas circunstancias resultó la comunidad de intereses entre el rey de Alemania y el legítimo Papa, y, aunque estaban reñidos, tuvieron que entenderse para obrar de común acuerdo. Los dos tenían iguales enemigos que combatir: ambos estaban comprometidos por la liga verificada entre los partidarios de Conrado y los de Anacleto. Los dos se encontraban frente á un cisma, cuya base principal estaba en Italia, haciendo inevitable una guerra: sin embargo, el tímido Lothaire no se resolvía, y ocupado constantemente en la enérgica actitud adoptada por el Papa respecto á las investiduras, lo dejó marchar sin resolver el motivo principal de la conferencia de Liege.

Inocencio abandonó la Alemania muy disgustado con Lothaire, pero contento por haber escapa-

do del lazo que le tendían, y haber resistido á pretensiones arbitrarias que hubieran vuelto á turbar la seguridad de la Iglesia, volvió á Francia, dejando al tiempo la solución de los acontecimientos, y persuadido de que tarde ó temprano la guerra con Italia era inevitable.

En cuanto á Bernardo, después de muchas instancias consiguió el permiso de volver al Claraval, para reponerse de tanto cansancio y satisfacer los deseos de su muy querida comunidad. Aquel era el lugar donde únicamente encontraba reposo.

Á imitación de su divino Maestro, abandonó la multitud después de haberla edificado, retirándose á la soledad para adquirir nuevas fuerzas. En el silencio del desierto su alma se dilata y purifica, oye la divina palabra, contempla la luz, las magnificencias de Dios y la perspectiva de una patria verdadera y estable, saboreando las delicias de un santo amor.

¡Dichosa soledad! ¡Única ventura! ¡Cuántos hechos gloriosos se refieren de tí! (1) ¡Eres la ciudad de Dios, el cielo de la tierra, la santa montaña de Sión, el monte Horeb, el Carmelo, el Líbano, el Cenáculo, el Calvario, el Tabor!!!

¡Abandonaros para penetrar en el mundo es salir de la tierra Santa, para ir á Egipto; pero dejar el

(1) *¡Gloriosa dieta sunt de te, civitas Dei!* (Pág. LXXXVI).

mundo para volver á la soledad es volver de Babilonia, para entrar en Jerusalén!

Estos son los sentimientos y estas las palabras de San Bernardo. No conoce ni quiere otros goces que los de su monasterio; ¿y cuáles son esos goces? el céntuplo de cuanto se abandona en el mundo, la paz del alma, un trono en el cielo, la heredad del Señor, una alegría que aumenta sin cesar y que no tiene fin.

Sin embargo, estos inexplicables consuelos fueron interrumpidos otra vez por un nuevo incidente. Recién llegado Bernardo al Claraval recibió la visita del obispo de París, el cual, profundamente conmovido, venía á consultarle con motivo de un atentado que había llenado de consternación á todos los hombres honrados.

CAPÍTULO SEGUNDO

Intervención de San Bernardo en la causa del obispo de París.—El Papa Inocencio II en el Claraval.—Misión de Aquitania.—Historia del duque Guillermo.—Concilio en Rems.

Las reformas que el obispo de París había introducido sucesivamente en su diócesis provocaba las murmuraciones de los eclesiásticos mundanos. Pernicioso espíritu de envidia y discordia habíase introducido entre las distintas jerarquías, y las más puras y sabias resoluciones del prelado encontraban enérgica resistencia en los miembros de su clero. Sin embargo, las contradicciones no disminuyeron su celo ni quebrantaron la firmeza de su carácter. El prior del monasterio de San Víctor de París, venerable monje llamado Tomás, le servía de guía espiritual con su experiencia y virtud; de carácter dulce y mucha sabiduría, gozaba de merecida estimación, no te-

miendo asumir la responsabilidad de los actos todos de la administración episcopal.

Entre los muchos descontentos distinguíase por su implacable rencor el canónigo Thibaut Nautier, arcediano de la iglesia de París. Sus intrigas y malversación de bienes habían más de una vez suscitado sospechas al activo prior de San Víctor, pero el alto puesto que ocupaba le ponía al amparo de todo castigo. Thibaut buscaba ocasión de vengarse, y para satisfacer sus propios resentimientos hizo que sus sobrinos empuñaran el arma homicida. Viniendo un día el obispo de la visita pastoral, acompañado de Tomás, fueron atacados por los sobrinos del arcediano en las mismas puertas de París. El monje Tomás herido mortalmente, cayó sobre el pecho de su obispo, perdonando antes de morir á sus asesinos, y habiendo huído éstos precipitadamente, su tío el arcediano apresuróse á implorar el perdón del Papa. Con este motivo el piadoso obispo de París, sumido en profundo dolor, vino al Claraval, pidiendo la intervención de Bernardo para con la Santa Sede. Interesante es oír de sus propios labios el relato de tan sangriento drama. Copiamos aquí las sencillas y conmovedoras palabras que dirigió al Soberano Pontífice en una carta fechada en el Claraval.

«El docto Tomás, prior de San Víctor y religioso de mucha piedad, por orden mía púsose en ca-

«mino un domingo acompañado de otros monjes.
«Por la obra de Dios trabajaba con espíritu de caridad, cuando fué cruelmente asesinado entre mis
«brazos y sobre mi propio seno, víctima de sus deberes y de la obediencia... Las lágrimas que mis
«ojos derraman dicen más que cuanto pudiera decirlos mi pluma. Basta con exponeros sencillamente
«lo ocurrido para que vuestro corazón paternal comprenda toda la extensión de mi dolor... ¡Ay de mí!
«Ni fuerza moral, ni luz tengo ya; todo lo perdí con aquel por quien hoy lloro. El título de obispo, en
«verdad, llevo; pero él era quien desempeñaba el cargo; rehusaba los honores, pero aceptaba la carga...
«Si Thibaut Nautier acude á Vuestra Beatitud, dignaos hacerle comprender que Dios ha oído mis lamentos. Sus sobrinos han sido los instrumentos del
«crimen; pero él es el autor. Que Vuestra Beatitud, sin embargo, no de fe á mis palabras, hasta que
«adquiera mayor seguridad sobre la verdad.»

Bernardo también escribió á Inocencio, y en su lenguaje revela una elocuencia llena de santa indignación.

«La bestia cruel que devoró á José, dice, con el fin de librarse de la persecución se ha refugiado á vuestro lado, Beatísimo Padre. ¡Locura inaudita! Un asesino errante, bagabundo, asustado, se precipita precisamente en el lugar más temible para él. Pues qué ¿juzga acaso que la silla que es de jus-

»ticia puede jamás ser amparo de criminales? Sus
»manos aún humeantes con la sangre de la víctima
»se atreven á presentarse al padre, después de ha-
»ber asesinado al hijo sobre el seno mismo de su
»santa madre!

»A la verdad, que si pide hacer penitencia y pur-
»gar su delito, no se le debe rechazar; pero si úni-
»camente pide una audiencia, concedédsela, Santo
»Padre, sí, concedédsela; pero que sea como Moisés
»á los idólatras, como Phineés á los fornicadores,
»como Matathias á los judíos infieles, y para recor-
»daros también el ejemplo de vuestro predecesor,
»recibidle como Pedro recibió á Ananías y Sa-
»firo.»

Al pedir San Bernardo con tanto calor el casti-
go del culpable, no tenía por objeto únicamente la
represión del crimen, sino muy principalmente se
proponía arrancar la cizaña del campo de la Igle-
sia, reclamando enérgicas medidas para que la jus-
ticia triunfara.

Pocos son los documentos que hemos encontra-
do sobre la terminación de este asunto; pero lo que
demuestra su gravedad es, que varios prelados se
reunieron al abad del Claraval, y de común acuer-
do convinieron en los medios de contener el es-
cándalo que existía en una parte del clero, y poner
en vigor las leyes que habían caído en desuso. El
Papa sancionó los acuerdos de esta asamblea, aña-

diendo otras disposiciones con objeto de moralizar la disciplina eclesiástica.

En este mismo año el Soberano Pontífice, acompañado de algunos prelados, quiso visitar el valle del Claraval, para contemplar de cerca las maravillas que le habían referido de aquel templo augusto de la Majestad de Dios.

El monje Arnolfo, el analista del Cister, refiere esta visita con su acostumbrada sinceridad.

«Los pobres hijos de Jesucristo recibieron al Pontífice con demostraciones de especial afecto. No salieron á su encuentro adornados de púrpura y seda, ni con el atronador ruido de las trompetas, ni con exclamaciones de un regocijo tumultuoso; sino únicamente cantando con sencillez los himnos sagrados. Los obispos lloraban, el Papa también se conmovió, y todos admiraban la dulce gravedad y el exterior austero de aquella comunidad de santos monjes...

«Los honores que tributaron al Jefe de la Iglesia no consistieron en grandes banquetes, sino en públicos testimonios de sus muchas virtudes. Sirviéronle pan del más común y no del de harina de flor; vino ordinario, yerbas por carne y diversas legumbres para dar mayor variedad al banquete; y habiendo conseguido un día por casualidad pescado, se le sirvió á Su Santidad, más bien para que lo contemplase que para que comiese de él.»

Inocencio II, después de haber pasado unos días en esta augusta soledad, se puso en camino para continuar las visitas á las principales abadías de Francia, derramando bendiciones y excitando la gratitud por donde pasaba. En París tuvo espléndido recibimiento. Los judíos, dice el cronista, salieron también presurosos á su encuentro, ofreciéndole un ejemplar de la ley envuelto en un velo. El Papa los recibió con muestras del mayor interés, y al aceptar el presente les dijo: «*Auferat Deus omnipotens velamen à córdibus vestris*. El Señor descubra el velo que cubre vuestros corazones.»

Terminada la ceremonia se retiró á la abadía de Saint Denis, donde celebró con mucho fervor el oficio del viernes y sábado Santo, «velando toda la noche, y llevando sobre sus sienes la tiara bordada con círculo de oro.»

La visita del Pontífice al Claraval dió por resultado dos cosas importantes: el acuerdo de un concilio general en Rems y el viaje de San Bernardo á la Aquitania. Esta misión confiada al Abad del Claraval y á Joselin obispo de Soissons, era muy delicada. La fértil y rica Aquitania, que se extendía entonces desde las fronteras de la Picardia á las montañas de Navarra, obedecían al joven príncipe Guillermo, del cual hablamos ya en el capítulo precedente. Su notable historia exige demos á conocer algunos detalles.

Guillermo X, suegro del rey de Francia, del de Inglaterra y abuelo de Ricardo, Corazón de León, pertenecía á la ilustre casa de los condes de Poitou. Educado entre el fausto de una corte espléndida, demostró desde edad temprana carácter indómito y funestísima inclinación al mal. Dueño de los Estados de su padre, por la muerte precoz de Guillermo IX, se encontró, joven aún, en posesión de uno de los mejores feudos de Francia, siendo también uno de los más poderosos príncipes de la época. Hombre pródigo y fastuoso, con tantas fuerzas como un atleta, estatura de gigante y buen soldado, dice un antiguo escritor, reunía en su persona belleza y fuerza, demostrando en todas ocasiones ser provocativo y pendenciero.

En una sola comida, dice un cronista, comía tanto como ocho personas robustas y en buena salud pueden consumir. Su afición dominante era la guerra; cuando sus provincias estaban en paz, las levantaba, obligando á sus vasallos, de buen ó mal grado, á batirse unos contra otros. Un Nemrod era por su excesiva pasión á la guerra; un dios Belo por lo mucho que comía, y un Herodes por sus crímenes é incestos; para citar uno tan solo diremos que por espacio de tres años obligó violentamente á la mujer de su hermano á vivir con él, envaneciéndose, como el pueblo de Sodoma, con la fama de sus ignominiosos hechos.

Este era el jefe del partido cismático en Aquitania: este el hombre perverso cerca del cual querían enviar á San Bernardo, y lo que hacía aún más difícil esta misión era la estima que el príncipe profesaba á Gerardo, por su elástica conciencia en permitir tan escandalosa conducta; el abad del Clavaud, sin embargo, no se desanimó; llegó á Aquitania á mediados del año 1131, acompañado del obispo de Soissons, hospedándose en un monasterio de su orden, en Chatelliers, cerca de Poitiers. Allí en pérdida de tiempo buscó ocasión oportuna para tener una entrevista con el Soberano, y desdeñando los medios indirectos, escribió al príncipe se dignase trasladarse á Chatelliers. Hasta los religiosos quedaron sorprendidos de tanta audacia; pero al recibir Guillermo la invitación, con gran sorpresa de todos, se dirigió solo al monasterio, permaneciendo siete días cerca del hombre de Dios.

¡Suceso admirable! El corazón de aquel príncipe, como el metal cuando se expone á la acción del sol, entró en calor y abrasóse bajo la vivificadora influencia de la palabra apostólica.

Antes de separarse del santo, le prometió con juramento que repararía sus faltas y haría por ellas penitencia.

Pero aún no había llegado la hora del triunfo.

No bien llegó á su palacio entibiósele el fervor, y falto de energía volvió á escuchar los pérfidos con-

sejos del obispo de Angulema. Este consiguió que abandonara sus buenas resoluciones, y como ordinariamente ocurre, la reincidencia fué peor que su anterior estado. De nuevo se entregó á sus pasiones, con tanto más ardor cuanto que intentaba curar la herida que la palabra de Dios, como flecha ardiente, había abierto en su alma.

El cisma, creyéndose entonces vencedor, no puso límites á su arbitrariedad, adjudicándose Gerardo el arzobispado de Burdeos, que estaba vacante, además del obispado de Angulema, que ya poseía. Estimulado por la envidia, arrojó también de su diócesis al venerable obispo de Poitiers, único que en la provincia permanecía fiel á su fe y al legítimo Papa.

Llamado Bernardo al concilio de Rems, no pudo permanecer más tiempo en Aquitania ni llevar á buen fin la obra comenzada. Su presencia en los dominios de Guillermo había alarmado tanto á los partidarios de Gerardo, que todos sus pasos eran espiados, y hasta se le amenazaba con la muerte si salía de su monasterio. Preciso era dejar pasar cierto tiempo para que se calmase aquel torrente de pasiones violentas. San Bernardo así lo comprendió, y abandonando á la Providencia la ocasión favorable, se retiró con tristeza de la ciudad donde prevalecía el cisma, trasladándose á Rems para obedecer órdenes del Soberano Pontífice.

Hasta cuatro años después el abad del Claraval no pudo presentar el próximo fin de los asuntos de Aquitania.

Encontrábase entonces en Bretaña, en tierras de la condesa Ermengarda, con objeto de fundar un monasterio. El delegado del Papa Inocencio y él despidiéronse de aquella digna hija espiritual del servidor de Dios, para trasladarse ambos á Aquitania. Allí hicieron saber al duque Guillermo que el motivo de su viaje era únicamente tratar de la paz de la Iglesia y contener el torrente de males que la devastaba. Aconsejaron á éste que no debía negar una audiencia al hombre de Dios, que venía de tan lejos para solicitarla, y que por su intervención quizás se conseguiría la paz y la unión del país.

Lo esencial era conseguir una conferencia y ésta al fin tuvo lugar. San Bernardo expuso con gran celo los desastrosos efectos que el cisma producía en la Iglesia católica. Lamentóse de la desdicha de aquellos que desgarran la santa unión que Cristo tan vivamente recomienda, y empleando ruegos unas veces y amenazas otras, con aquella vehemencia con que subyugaba los espíritus, obligó á Guillermo á someterse bajo el cayado paternal del Papa Inocencio. Turbado y profundamente conmovido el príncipe, no aceptó, sin embargo, más que parte de sus consejos de sabiduría. Prometió obediencia al Papa legítimo, pero no consintió resti-

tuir sus respectivas diócesis á los obispos depuestos, y el obrar así decía era porque había jurado no reconciliarse jamás con ellos.

Bernardo no se contentó con una media victoria, y dejando de obrar como hombre material, suplicó á Dios gracia para consumir la obra.

El mismo día que debían reanudarse las negociaciones, estando celebrando el Santo Oficio, lo suspendió de repente colocando la divina Hostia sobre la patena, y con el semblante encendido y los ojos despidiendo radiante luz, bajó las gradas del altar, y dirigiéndose con paso firme al príncipe, le dijo: «Mucho tiempo hemos suplicado y nos habéis despreciado. Otros servidores de Dios, también han unido sus ruegos á los nuestros y tampoco los habéis escuchado. He aquí pues, ahora el «Hijo de la Virgen que viene á tí. Aquél á quien tú persigues, Señor y Jefe de la Iglesia; el Juez, á cuyo nombre toda criatura se prosterna, en el cielo. «en la tierra y en el infierno!... En sus manos caerá «el alma que hoy te da vida, ¿la despreciarás? ¿Tratarás al Maestro como has tratado á los discípulos?»

Bernardo dejó de hablar: la multitud estaba consternada, las lágrimas y la perplejidad de los concurrentes excedía á la sorpresa; cada cual ansioso esperaba las consecuencias de un acto, que como siniestro relámpago parecía anunciar la explosión de la cólera divina.

Guillermo, espantado, no pudo proferir palabra; sus rodillas temblaron, cayendo al fin en tierra, exhalando agudos gritos. Entonces el servidor de Dios, con voz serena y majestuosa, le dice: «Id ahora á reconciliaros con el obispo de Poitiers, que habéis arrojado de la diócesis: dadle el ósculo de paz en señal de nueva alianza, conducidle vos mismo á su iglesia y restituidle tantos honores como injurias le habéis inferido: traed á la unidad de la Iglesia Católica aquellos á quienes la discordia y el cisma separó, y sed dócil á Inocencio como al Pontífice que Dios ha colocado sobre el trono de San Pedro.»

El duque vencido por virtud del Espíritu Santo, que inspiraba á San Bernardo en aquellos instantes, era dócil instrumento de la voluntad de Dios. Va y viene, ejecuta instantáneamente y con puntualidad todo lo que le había sido ordenado; se reconcilia con el obispo de Poitiers, le da el ósculo de paz, le conduce á la silla episcopal, tributa homenaje al Papa Inocencio é inmediatamente aparece en la iglesia, donde San Bernardo acababa de celebrar el Santo Sacrificio.

En medio de las emociones de alegría que este acontecimiento causó, Gerardo tan solo resistía aun á la gracia de Dios. Más pertinaz que nunca en su obstinación, sólo esperaba la ausencia del monje del Claraval para reanudar sus culpables intrigas;

pero su hora había sonado ya; una muerte repentina lo arrebató de este mundo, sin darle tiempo para reconocer sus delitos. Sus sobrinos, á quienes había enriquecido con los bienes de la Iglesia, lo encontraron una mañana espirante en su lecho, horriblemente demudado y profiriendo blasfemias y maldiciones.

En cuanto á Guillermo, el rayo de gracia que lo había transformado, seguía operando sus maravillosos efectos. Otro hombre era desde que la luz divina había triunfado de las tinieblas; abismado en la contemplación de las misericordias y justicias de Dios, desgarrado su pecho de remordimientos, derramando abundantes lágrimas y ávido de penitencia, resolvió concluir su vida con una santa muerte, y renunciando á las riquezas, al poder y á la pompa real, encerróse para siempre en la soledad, donde su vida, semejante á un caudaloso río cuya corriente se desliza por las concavidades de la tierra, desapareció á los ojos de los hombres sin dejar huellas de su rastro.

Guillermo sólo tenía entonces treinta y ocho años. Al retirarse para siempre de sus dominios, y queriendo disponer de su opulenta fortuna, mandó llamar al obispo de Poitiers, aquel á quien anteriormente había tan cruelmente ultrajado, confiándole su testamento, que el analista del Cister ha conservado íntegro.

Este documento pertenece á la historia de San Bernardo; pero su extensión no nos permite copiar más que las partes más interesantes.

«En el nombre de la Santa é indivisible Trinidad, que es Dios, yo, Guillermo, por la gracia divina, otorgo mi testamento en presencia de Guillermo, obispo de Poitiers, para honra del Salvador del mundo, de los santos mártires, confesores, vírgenes y muy principalmente la Virgen María. Abruñado de dolor ante los innumerables delitos que he cometido, por sugestión del demonio, y penetrado del gran temor que me inspiran los santos juicios de Dios; considerando además que los bienes que en la tierra gozamos se disipan como el humo; que con dificultad podemos pasar una hora sin pecar; que nuestra vida es corta; que las cosas sobre las cuales creemos tener dominio y poder son todas caducas y perecederas, no dejando en el fondo del alma más que inquietud y dificultades, me abandono á Jesucristo, por cuyo amor renuncio á todos mis bienes.

»Recomiendo á mis hijas á la protección de Su Majestad el Rey, entregándole por esposa á mi hija Leonor, si los consejeros de su corte no lo desaprueban, legándole la Aquitania y el Poitou.»

Así fué como este príncipe, que dominaba como soberano en toda la Francia Occidental, se mostró verdaderamente grande, colocándose muy por cima

del mundo. Al proponerse nada menos que la conquista del cielo, aspiraba á una soberanía ante la cual se eclipsan los esplendores de los tronos de la tierra. Ejemplo grande fué para el siglo, doblemente memorable, puesto que al mismo tiempo que edificaba á la Iglesia con su heroica abnegación, enriquecía á la Francia con nuevos dominios. Los Estados que legaba á su hija Leonor, y que ésta llevaba al joven rey Luis VII, eran aún más considerables que los de la corona de Francia. De estos dos actos providenciales, cuyas consecuencias fueron importantísimas, fué la causa un humilde monje.

La conversión de Guillermo y la muerte del obispo de Angulema, ocurrida el año 1136, terminaron el cisma en toda la Aquitania; pero para tomar el orden cronológico de los acontecimientos, debemos recordar que San Bernardo, después de su primer viaje á Poitiers, se había trasladado al concilio de Rems, verificado en el mes de octubre de 1131.

Todos los obispos de Francia, Inglaterra, España y Países-Bajos, y gran número de prelados alemanes constituyeron esta augusta asamblea bajo la presidencia del Papa.

A los príncipes de la Iglesia se unieron el rey y los más ilustres señores del reino. El abad Suger refiere este suceso del modo siguiente:

«Temiendo todos que el rey pudiera quedarse
»muerto repentinamente en los continuos desfalle-

«cimientos que le acometían, nos permitimos aconsejarle, por la mucha confianza que en nosotros depositaba, que abdicase en su hijo el príncipe Luis, para evitar y preveer las contingencias que pudieran sobrevenir á este suceso. Siguiendo nuestro consejo se trasladó á Rems, acompañado de su hijo, la reina y los grandes dignatarios del reino.»

El rey Luis el Obeso, refiere otro escritor de la época, presentándose en el seno del concilio, subió las gradas de la tribuna, besó los pies al Papa, hablando de un modo tan conmovedor sobre la muerte de su hijo primogénito Felipe, que hizo derramar lágrimas á todos los concurrentes. Inocencio le contestó cariñosamente, exhortándole á que elevara su pensamientos al Rey de reyes y se sometiera á su adorable voluntad. «En la inocencia Dios arrebató á vuestro primogénito para hacerle reinar desde entonces en el cielo, dejándoos otros hijos que reinen en la tierra. Vos sois, señor, por tanto el que debéis consolarnos, porque pobres desterrados somos, y ciertamente que la hospitalidad generosa que nos habéis concedido os dará una recompensa eterna.»

Después de estos preliminares procedió á la coronación del joven rey Luis VII, ungiéndole con el mismo óleo sagrado que San Remo ungió al rey Clodoveo.

Las sesiones del concilio duraron quince días, y

debido á la actividad de San Bernardo, á quien el Papa y los prelados confiaron la solución de la mayoría de los asuntos, varios cánones de mucha importancia se promulgaron.

Esos diez y siete cánones, reproducidos casi todos en el segundo concilio de Letrán, tenían sus fundamentos en el vasto sistema concebido por San Gregorio VII, y en las reformas comenzadas por aquel gran Pontífice. En estas sabias reglas se decretaban muy principalmente las obligaciones del clero y los fieles, y el modo de administrar las cosas santas. Algunas cuestiones políticas, derechos de la guerra y varios otros puntos concernientes á la sociedad civil fueron también definidos en el concilio, siguiendo los principios inmutables de la prudencia cristiana.

La asamblea, después de haber hecho por la situación moral de los pueblos cuanto aquellos desdichados tiempos permitían, iba á terminar sus deliberaciones y á disolverse, cuando una feliz nueva vino á colmar de alegría al Papa y los prelados. El venerable Norberto, arzobispo de Magdeburgo, llegó á Rems, y en pleno concilio presentó al Soberano Pontífice cartas del rey de Alemania en las que Lothaire le tributaba de nuevo sus homenajes, anunciando que estaba dispuesto á emprender la campaña de Italia.

La protección de la Providencia en los asuntos

de Roma era cada día más visible, dejando presentir, en medio de los conflictos que agitaban el siglo, un nuevo triunfo en el pontificado y nuevos progresos en la civilización cristiana.

CAPÍTULO TERCERO

Expedición de Lothaire á Italia.—San Bernardo restituye la paz á las repúblicas de Italia y reconcilia á los Hoenstauffen con Lothaire.—Concilio de Pisa.

El espíritu que dominaba en Alemania discrepaba en mucho de las halagüeñas promesas que Lothaire se había prometido. Dificultades mil surgían por todas partes para la realización del plan preconcebido de la campaña de Italia, viéndose obligado Lothaire más de una vez á renunciar ó aplazar sus proyectos. Luchaba por una parte con la inercia de los grandes vasallos del imperio, y de otra con el rencor personal, que aún conservaba vivo contra el Pontífice romano. Su elevación al trono indudablemente la debía á los príncipes del reino; pero no había podido conquistar aún la estimación de éstos, por lo que al reclamar su apoyo para la pacificación de Italia, todos aislados en sus distintos castillos, y descon-

tentos con la decadencia del imperio germánico, desaprobaron su empresa, considerándola inoportuna y muy por cima de sus fuerzas morales.

El más temible de estos príncipes era Federico Hohenstauffen, hermano de Conrado, el que indignado contra Lothaire por la severidad con que le había tratado, reunió á sus partidarios en actitud amenazadora para arrojarle del país. A pesar de tantas dificultades, Lothaire insistió en sus proyectos y comprendiendo que sólo el prestigio de la corona imperial podía elevar su vacilante autoridad y legitimar ante los príncipes la majestad de la soberanía, se entregó á las eventualidades de una peligrosa, aunque necesaria empresa, con el fin de recibir la corona de manos del Sumo Pontífice.

Con inauditos esfuerzos consiguió reunir un pequeño ejército de mil quinientos á dos mil hombres, los que al llegar á la villa de Augsbourg, que se había declarado en favor de los Hohenstauffen, fueron recibidos con marcadas muestras de desdén y desprecio. Sangrientos combates siguieron á esta actitud hostil, y poco después la población casi en su totalidad era presa de las llamas. Lothaire se vió obligado á abandonar la ciudad incendiada, continuando su marcha á pesar de las dificultades que esta catástrofe ofrecía. Mientras tanto, Inocencio II habíase trasladado á Italia acompañado de San Bernardo, donde le esperaban, según lo con-

venido, las tropas que habían de facilitarle la entrada en Roma. Durante este tiempo no permanecieron inactivos en aquel desdichado país, centro del cisma y de la anarquía. La repentina llegada de ambos y la noticia de la expedición de Lothaire impresionaron muy favorablemente también á los italianos, y mientras que los partidarios de Conrado y Anacleto permanecían en prudente reserva esperando, sin comprometerse, las consecuencias de los acontecimientos, las de Inocencio y Lothaire reanimáronse con la esperanza de una victoria próxima.

Este estado de cosas parecía ordenado por la Providencia para restablecer la unión católica, siendo Bernardo el elegido por el Señor para la realización de esta grande obra. En efecto; sin cesar predicaba á los principales pueblos de la alta Italia, exhortándolos á la paz, esforzándose por reconciliar á los pueblos y desterrar las discordias que contribuían á dividirlos é irritarlos. Pisa y Génova principalmente se distinguían por su implacable enemistad: á la antigua rivalidad de aquellas dos potencias marítimas había que añadir nuevos resentimientos que aumentaban su antagonismo, dando motivos á continuados y recíprocos ataques, en los que no respetaban ni la propiedad ni los derechos de la guerra. Milán, Pavia, Crémona y la mayor parte de los pueblos de la Lombardía, sufrían

estos funestos estragos de las guerras civiles, aún más enardecidas por las disidencias religiosas.

El Santo Abad del Claraval, obedeciendo órdenes del Pontífice, apareció en medio de aquel campo de batalla predicando la paz en el seno de la guerra. Los genoveses, embriagados aún con la victoria, fueron los primeros en abandonar las armas, dando libertad á los prisioneros y aceptando un convenio dictado por San Bernardo. Pisa á su vez, no menos conmovida con las predicaciones de este servidor de Dios, renunció á las represalias, prestándose también á una sincera reconciliación. Otros pueblos siguieron su ejemplo, cumpliéndose las palabras del Profeta: «Los valles se elevan; las montañas se abaten, los caminos se allanan y toda senda torcida se endereza.»

El hombre de Dios había conquistado el corazón de aquellos pueblos, pretendiendo formar uno solo con todos ellos. Su mayor aspiración era unir á todos los cristianos en un solo lazo de caridad, aplicando cuanto posible le era las leyes evangélicas, con las cuales florecen la unión de las comunidades religiosas y la constitución política y civil de los pueblos. Este era el pensamiento fijo de sus predicaciones y escritos.

Caridad; he aquí el texto inagotable de sus sermones: con la divina magia que encierra esta palabra apaciguaba la cólera y cimentaba la paz. Los

pueblos mostraban tanto empeño en oírle como él en instruirlos; por la mañana, tarde y muy entrada la noche, sin cesar, dedicábase á evangelizarlos, y en sus predicaciones y conferencias particulares dábase á todos, como todos se daban á él, según dice el apóstol. El éxito de esta misión excedió á cuanto de ella pudiera decirse; la admiración que causó á los genoveses fué tanta, que hasta el Arzobispo quiso dimitir su cargo con el fin de que él lo desempeñase; pero el santo monje no cedió ni á los votos de los fieles ni á las súplicas del Pastor. No es empresa fácil referir la transformación que sufrieron aquellas agitadas repúblicas. Documentos escritos por San Bernardo nos dan á conocer mejor la situación de aquella época.

«A los cónsules, magistrados y ciudadanos de Génova:

»¡Cuántos consuelos experimenté en el corto intervalo de tiempo que permanecí con vosotros!
»¡Pueblo fiel, jamás te olvidaré! Cuando os predicaba la palabra divina acudíais presurosos á escucharla. La paz llevaba conmigo, y como sois hijos de ella en vosotros reposó. La buena simiente arrojé en tierra benéfica, produciendo el céntuplo; y aunque apremiado por la necesidad del tiempo, nunca encontré en vosotros obstáculos ni aplazamientos; tuve la dicha de sembrar y recoger el fruto en un mismo día. Libertad llevé á

»los cautivos, esperanza á los desterrados, terror á
»los enemigos, compunción á los cismáticos, gloria
»á la Iglesia, y á los cristianos todos, la dicha...

»Sólo me resta ahora, amados míos, exhortaros
»á la perseverancia, virtud que muy principalmente
»corona á las demás y caracteriza á los héroes. Sin
»ella el soldado no alcanzaría nunca la victoria.
»Hermana es de la paciencia, hija de la magnani-
»midad, amiga de la paz, compañera de santas afec-
»ciones, lazo de concordia y testimonio de perfec-
»ción. En una palabra; para la salvación, poca cosa
»es el empezar; preciso es para conseguirla conti-
»nuar y perseverar hasta el fin.»

A Pedro, obispo de Pavia, que le escribió col-
mándole de elogios, le contesta en esta forma: «El
»fruto que se recoge de la simiente sembrada en
»buena tierra pertenece al que entregó la simiente,
»fecundiza la tierra y hace crecer la espiga y madu-
»rar el grano. De todas estas operaciones ¿cuál es
»la que puedo atribuirme? ¡Desdichado de mí si á
»Dios usurpara la gloria! Él es, y no yo, el que
»transforma los corazones. Los bellos rasgos de un
»escrito, no son ciertamente obra de la pluma que
»los traza, sino de la mano que la dirige; así pues,
»todo lo más que puedo concederos en la ocasión
»presente, es que mi lengua sirvió de pluma á un
»hábil escribano. Yo, en efecto, abrí la boca, pero
»vos, dignísimo Prelado, abristeis vuestro corazón

«á la gracia, trabajando más y mejor que yo, y mereciendo por tanto mayor recompensa.»

Al comunicar á Inocencio II el resultado de su misión en Italia, su carta, semejante á las anteriores, exhala un delicado perfume de verdadera humildad.

«Una constante adversidad, sin duda abate nuestro espíritu extraordinariamente, mientras que una prosperidad siempre igual nos conduce irremisiblemente á la vanidad. Por esto la sabiduría Divina, ordenando bien las cosas, ha dispuesto que en la vida humana alternen los acontecimientos prósperos y adversos, con el fin de que los males nos hagan apreciar los bienes, y éstos modifiquen aquéllos. Demos pues, gracias al Todopoderoso, que esta vez ha enjugado nuestras lágrimas, derramando bálsamo sobre las llagas.»

Muy á pesar nuestro compendiamos aquí los documentos que contienen la relación de los principales sucesos de aquella época, en la vida de nuestro Santo.

Sus trabajos apostólicos en Lombardía vencieron mejor que un formidable ejército, los muchos obstáculos que detenían del otro lado de los Alpes á Lothaire. Hasta la primavera del año 1133, las tropas alemanas no entraron en Italia y casi no encontraron entonces enemigos á quienes combatir. Sin embargo, el exíguo número de este ejér-

cito contrastaba tanto con la grandeza de la empresa, que los italianos se burlaban de él, y aunque los partidos permanecían en prudente expectación, nadie presagiaba, ni aun San Bernardo, el triunfo de Lothaire. Mientras examinaban los medios de llevar á cabo la campaña, éste escribió al Rey de Inglaterra, recomendándole, en carta láconica pero enérgica, la causa de Inocencio II.

«Os escribo, sencillamente para deciros que nos encontramos á la vista de Roma, y casi á punto de entrar en ella. La justicia nuestra es; pero ésta desagrada á muchos, como sabéis; Dios, sin duda alguna, combate con nosotros, y nuestras tropas hacen temblar á los enemigos; pero necesitamos aun socorros humanos. Nada más añadiré para suplicaros que completéis la obra comenzada, asegurando el triunfo del Pontífice, á quien habéis tributado homenaje de respeto y amistad.»

La pacificación de la alta Italia felizmente venció muchas dificultades. Unicamente Roger, el nuevo rey de Sicilia, inspiraba serios temores á Lothaire, y éstos se disiparon también, haciendo innecesarios los recursos pedidos al rey de Inglaterra. Roger, que no solamente reinaba en Sicilia, sino que se hacía llamar rey de Italia, tenía sobrados enemigos, para pensar seriamente en sostener por la fuerza los compromisos adquiridos con el anti-papa. Además, los derechos que la casa Normanda

disfrutaba herían la susceptibilidad de los príncipes de Italia, excitando aún más estas desaveniencias la conducta brutal de Roger. Muchas veces había empleado la fuerza para extender su autoridad en Italia; pero después de varias derrotas, habíase visto obligado á volver á Sicilia para reparar sus fuerzas.

Estas circunstancias tan favorables á la Santa Sede permitieron á Lothaire continuar su marcha, y acampar muy cerca de Roma. Los romanos aterrados no se defendieron, y en su perplejidad escucharon la voz de la prudencia, que les aconsejaba ganar tiempo y entrar en negociaciones. Hiciéronlo así, ofreciendo á Lothaire la entrada en la ciudad que era lo que más deseaba. Con un puñado de hombres tan solo, no pretendía hacerse dueño de Roma, ni tampoco profesaba tan sincero afecto á Inocencio para intentar la solidaridad de su triunfo; lo que le interesaba únicamente era conseguir la corona imperial, y esto lo consiguió.

El 29 de agosto del año 1133, Lothaire hizo su entrada en Roma, sin oposición alguna. Concentró sus tropas en el monte Aventino, y el Papa fijó su residencia en el palacio de Letrán. Las repúblicas de Pisa y Génova enviáronle auxilios por mar, pero no los necesitó, porque Roma permaneció impasible ante tan insólita invasión.

El anti-papa, no queriendo exponerse á las eventualidades de una resistencia, se retiró con sus

adictos á la fortaleza del Santo Angel, y dueño del barrio de San Pedro, lo fortificó con barricadas, permaneciendo atrincherado en la torre, sin emprender tentativa alguna por falta de recursos. Estas dificultades impidieron que la coronación se verificase en la Basílica del Príncipe de los Apóstoles, efectuándose no obstante esta ceremonia tan laboriosamente pretendida y visiblemente favorecida por la Providencia, en la antigua y augusta metrópoli de San Juan de Letrán, donde se efectuó sin ostentación, cambiando por completo este acontecimiento la situación de la Iglesia y del Imperio.

En efecto: debido á este solemne acto, las dos potencias se consolidaron nuevamente ante la faz del mundo. El Pontífice, al colocar la corona sobre las sienes de Lothaire, consagraba sus preeminencias y propias prerrogativas, á la vez que las consolidaba en el emperador; y éste, reapareciendo en el trono de Alemania con la doble sanción de la religión y la victoria, devolvía al Imperio su prestigio, poder y esplendor.

Anacleto, comprendiendo toda la extensión de su derrota, manifestó deseos de entrar en negociaciones con el emperador, y éste de acuerdo con el Papa, le envió á San Bernardo y al Arzobispo San Norberto, los cuales le encontraron aún tan soberbio, que creyeron prudente suspender toda tentativa de reconciliación.

«Los cismáticos, sin considerar los hechos ya consumados, escribe el Abad del Claraval, reclama que se decida en un concilio la legitimidad del sucesor de San Pedro. De un subterfugio se trata. El mismo Dios ha decidido lo que aun ellos pretenden juzgar. No existe consejo donde Dios habló; y su palabra, extendiéndose con rapidez por el mundo, ha sometido á los reyes y á los pueblos bajo la obediencia del Papa Inocencio II.

»¿Quién es el osado que se atreve aun á reclamar? Dios ha manifestado ya su justicia, y en tan claro día brilla, que preciso es estar ciego para no ver su luz; pero en verdad que las tinieblas y la luz, para los ciegos una misma cosa son.»

El Santo rechazó indignado la astucia de los cismáticos, y suspendió las negociaciones entabladas. Lothaire con sus tropas abandonó á Roma, apresurándose á pasar los Alpes, con deseo de hacer aun más gloriosa á los ojos de los príncipes del Imperio la expedición que acababa de realizar.

El 8 de septiembre, encontrábase en Würtzburg donde los príncipes de Alemania, admirados del prodigioso resultado que había alcanzado en su atrevida empresa, le tributaron grandes homenajes. Favorecido por la fortuna, todos elogiaron su valor, y hasta sus más implacables enemigos no se atrevieron á contrarrestar aquel torrente de alabanzas.

Pero en Italia los acontecimientos tomaban otro

rumbo con la precipitada marcha de Lothaire. Los partidos, entregados á su propio encono, dispuestos estaban á llegar á las manos, y Anacleto, más soberbio aun que anteriormente, aprovechó esta circunstancia para salir de su fortaleza como león furioso, según dice un cronista, lanzando amenazas y palabras provocativas.

Inocencio, sostenido por los auxiliares de Génova y Pisa y la parte más sana del partido Romano, no quiso que su presencia en Roma provocase nuevos disturbios; y para evitar luchas fratricidas, abandonó la población, retirándose á Pisa, donde provisionalmente trasladó la Sede Apostólica.

El Soberano Pontífice hasta entonces había constantemente conservado cerca de sí á San Bernarpo; pero, informado por un mensaje de lo que ocurría en Alemania, se vió obligado á enviarle allí.

Lothaire, al volver de Roma, había fijado su residencia en Bamberg, donde los grandes vasallos del Imperio le prestaron juramento; realizándose en esta solemne circunstancia un acto de gran trascendencia. Los audaces Hohenstauffen, Federico y Conrado, cuya rebeldía había causado tantos desastres al Imperio, pidieron reconciliarse con Lothaire. Este aceptó gustoso, pero al otorgarles el perdón, les impuso condiciones humillantes, con objeto de abatir el orgullo de aquella soberana estirpe. Exigió que los dos hermanos, revestidos con

hábitos de penitentes y en presencia de los príncipes y grandes del Imperio, se prosternasen á los pies del trono. Realizado este acto, el emperador les prometía su amistad y dominios confiscados.

Los príncipes, descendientes ambos de dinastía imperial, experimentaron invencible repugnancia en acceder á las exigencias del vencedor. Uno y otro retrocedieron, en el momento mismo en que Lothaire, sentado en su trono y rodeado de su corte, esperaba este acto de sumisión. Entonces fué cuando San Bernardo, enviado por el Soberano Pontífice á Bamberg, se presentó en nombre del Dios de la paz entre aquellos príncipes de condición indómita; disipó el rencor, desvaneció la discordia y unió los corazones mediante la influencia regeneradora de la divina gracia. Bernardo al fin proclamó públicamente la reconciliación solemne de los Hohenstauffen con el emperador, devolviéndoles éste los estados de Suavia, y comprometiéndose aquéllos á auxiliarle en la campaña de Italia.

Al estipular estas condiciones, San Bernardo tuvo muy en cuenta los beneficios que habían de reportar á la Iglesia; porque además del terror que causaba á los cismáticos la expedición proyectada, perdían en Conrado á su jefe político, y Anacleto tan sólo podía apoyarse en Roger de Sicilia.

Este último juzgó ocasión propicia la ausencia

de San Bernardo para emprender un ataque en favor de Anacleto, á quien debía la corona. Intentó primero corromper á los Pisanos con agasajos ó amenazas; pero, al conocer su intento el Abad del Claraval, dispuso inmediatamente volver á Italia, escribiendo una carta llena de celo apostólico días antes de su llegada, elogiando su fidelidad en favor del verdadero Papa.

«A los cónsules, senadores y ciudadanos todos
»de la villa de Pisa. Con especialidad habéis sido
»elegidos por Dios para poseer su heredad. El Se-
»ñor ha hecho de Pisa una nueva Roma, estable-
»ciendo allí la silla del Jefe del Catolicismo. Esta
»elección no es ciertamente debida á la casualidad
»ni á la política, responde á un mandato del cielo,
»á un especial favor de la Providencia; y porque
»ama aquellos de quienes es amado, por eso inspiró
»á Inocencio su Vicario, que residiera entre vos-
»otros y os colmara de bendiciones. Tan valientes
»y prudentes sois, como soberbio es el tirano de
»Sicilia. Sé que permanecéis inflexibles á sus ame-
»nazas, inaccesibles á sus halagos é indiferentes á
»sus amaños. ¡Pueblo feliz! Yo os felicito por las
»gracias con que el Señor os favorece. ¿Qué pueblo
»no envidiará tu dicha? Vigilad cuidadosamente el
»depósito que os ha sido confiado y respetad á vues-
»tro Padre, que es el Padre común de la Cristian-
»dad...»

Estas palabras fortalecieron la constancia de los Pisanos. A principios del año 1134, un nuevo concilio fué convocado en Pisa. Con dificultad el Santo pudo trasladarse allí. Los pueblos todos corrían en tropel á su paso, para contemplar aquella noble figura extraordinariamente demacrada por la penitencia, oír su voz llena de dulzura, y recoger también las bendiciones que con su sola presencia derramaba. Los Milanese, muy principalmente, pedían sus consejos y reclamaban su intervención. Abandonados á sus propias fuerzas por Conrado, á quien anteriormente habían reconocido por rey, y desanimados con el ejemplo de las repúblicas vecinas, deseaban reconciliarse con el Papa, someterse á Lothaire, y encomendar á San Bernardo el éxito de sus aspiraciones. La proximidad del concilio le obligó á suspender su viaje á Milán, escribiendo á los milaneses la siguiente carta:

«En el mensaje que acabáis de dirigirme ponéis
»de manifiesto la estimación que me profesáis, y,
»como yo nada tengo para merecerla, la caridad,
»sin duda, es la causa que os la inspira. Mucho me
»conmueven esas demostraciones de una ciudad
»poderosa é ilustre, apreciándolas aun más, porque
»ellas manifiestan el deseo de renunciar al cisma,
»y entrar en el seno de la Santa Madre Iglesia. Si
»honroso es para mí, vil y abyecto como soy, que
»una noble ciudad me elija por árbitro de la paz

»que desea, me atreveré, no obstante, á decir las ventajas que mi intervención reportará...

»Con premura acudo al concilio, é inmediatamente después iré á vosotros, para asegurarme si es verdad que me estimáis, y si así es, ruego á Dios, único autor de esto, bendiga mis anhelos, y conceda un término feliz á todos los asuntos pendientes.»

El concilio se aplazó por razones desconocidas para la historia; lo que se sabe es, que por motivo de una cuestión entre Inocencio II y el rey de Francia, éste prohibió á los obispos del reino, que fueran á Pisa. Intereses encontrados acumulaban dificultades, y preciso fué también la intervención de San Bernardo, para que terminara este nuevo conflicto.

»Los imperios, lo mismo que los soberanos que los gobiernan, escribió á Luis el Craso, únicamente prosperan cuando viven subordinados al poder de Dios. ¿Por qué, pues, Vuestra Alteza resiste al elegido del Señor, aquel á quien reconoció por Padre y fué el Samuel de sus hijos? Soportad que el último de vuestros súbditos, por condición, pero no por fidelidad, os diga que no debéis crear dificultades en un asunto que á todos interesa. Razones muy importantes tengo para hablaros así, y con seguridad aquí las expondría, si no supiera que el consejo basta al hombre que como

«vos es sabio y prudente. Además, si la inflexibilidad de la Santa Sede os desagrada, los obispos franceses que asistan al concilio pueden pretender la revocación de lo que puede ser revocable... En cuanto á lo que á mí concierne, os prometo hacer cuanto pueda, si me otorgáis vuestra confianza...»

Este consejo obtuvo buen resultado. Los obispos franceses reuniéronse á otros muchos prelados del occidente, y la augusta asamblea abrió sus sesiones bajo la presidencia del Pontífice.

El objeto principal que el concilio se proponía era fortalecer la autoridad de la Santa Sede, y acabar con los abusos que, continuamente, volvían á reproducirse. Los ministros de la Iglesia, semejantes á los profetas en Jerusalén, no se cansaban de exhortar á los reyes y á los pueblos, y con tanto repetir verdades, hicieron triunfar la religión sobre las desordenadas pasiones de la humanidad, introduciendo al fin en las leyes civiles y costumbres sociales los principios de la moral cristiana.

El concilio de Pisa dió mayor fuerza á los cánones ya promulgados en Rems, siendo este el tercer concilio, sin contar el de Troya, donde los consejos de San Bernardo prevalecieron.

Los diversos acuerdos del concilio, no pueden copiarse aquí por su mucha extensión; pero diremos el más importante, que fué la excomunión de

Pedro León, y la degradación irrevocable de los prelados adictos á su partido, decreto que se llevó á cabo con todo rigor, subsistiendo aún en nuestros días.

Terminado el concilio, el Papa envió á Bernardo á Milán, para que la ciudad rebelde tributara obediencia á la Santa Sede y al emperador. Pero ¿cómo seguir al incansable Apóstol en su nueva empresa? ¿Cómo referir la multitud de hechos prodigiosos y triunfos de la gracia, que señalaron su presencia en la capital de la Lombardía?

¡Poderosa palabra la de los Santos! Por todas partes donde resuena, penetra, conmueve, abre los corazones y hace derramar lágrimas; reconcilia los enemigos, repara las injusticias, hace renacer la piedad y con la piedad la nobleza de los sentimientos, la paz y el amor; nada resiste á este poder sobrenatural; todo se allana, cede y humilla ante el hombre extraordinario, que sobre la tierra arroja ese aliento abrasador del fuego divino.

CAPÍTULO CUARTO

Disturbios en Sicilia.—Estancia de San Bernardo en Roma.—Conferencias en Palermo.—Extinción del Cisma.

Las provincias italianas más directamente dominadas por Roger de Sicilia, no participaron de los beneficios que la intervención de Bernardo comunicó á las agitadas comarcas del Norte. El espíritu de independencia que animaba á aquellos pueblos, las rivalidades que de antiguo los separaba y muy principalmente la envidia que provocaba el progreso de Venecia, excitaron tal violencia en los ánimos que la palabra apostólica fué impotente para calmar aquel orden de cosas.

Los pueblos fieles al emperador, y que San Bernardo había pacificado con su palabra, se resintieron de aquellos choques políticos, no pudiendo permanecer neutrales ante las diversas exigencias que cada Estado reclamaba con las armas en la

mano. El cisma en Roma contribuía poderosamente á sostener las hostilidades, puesto que á pesar de los triunfos alcanzados por Inocencio, el anti-papa contaba aún con grandes recursos para permanecer en Roma, y luchar contra el legítimo Papa: Alemania y casi todas las potencias católicas le sostenían, pero Anacleto poseía la ciudad de Roma y estaba de hecho sentado en la silla de San Pedro, disfrutando del prestigio que acompaña á tan poderosa dignidad; además, los súbditos más inmediatos á la Santa Sede le prestaban su apoyo, contándose entre ellos á Roger de Sicilia, el que le mostraba tanto mayor afecto, cuanto que los ilegítimos títulos de que disfrutaba, unidos estaban á la causa del Papa cismático.

Roger, después de su derrota, volvió á Italia á la cabeza de un numeroso ejército, compuesto de Sarracenos, Lombardos y Normandos, y para estimularlos al combate les prometió el saqueo de las ciudades conquistadas. Inauditas crueldades marcaron su derrotero, á través los diversos países que atravesó y preciso fué que la Providencia le enviara un rudo golpe para detenerle en el camino de sus victorias y dar tiempo al emperador Lothaire para prepararse á entrar en campaña.

De noble carácter la mujer de Roger, tan solo ella ejercía predominio sobre su ánimo, y más de una vez modificó la suerte de los pueblos que le

estaban sometidos; pero al morir ésta repentinamente, dejó sumido al rey en profunda melancolía. Cansado del mundo y sus triunfos, se entregó á su propio dolor dejando sin jefe al ejército y al Estado, dando motivo su largo retiro para que le creyesen muerto, creencia que produjo entre los descontentos grandes represalias. Noticioso de ello Roger, y aún más iracundo que anteriormente por consecuencia de su inmenso dolor, desmintió por sí mismo la noticia, no pretendiendo otra gloria, sino inmolarse á sus enemigos á su propia venganza. Con ninguna de las ciudades sitiadas usó de clemencia; todas sufrieron los efectos de su crueldad, dirigiéndose el vencedor á Roma entre sangre y ruinas.

Esta era la situación de Italia cuando el emperador, apremiado por Inocencio II y San Bernardo, apareció á la cabeza de un numeroso ejército. Su paso á través la Lombardía no encontró obstáculos y aunque la mayoría de los pueblos eran contrarios á la dominación alemana, todos abrieron sus puertas al acercarse Lothaire.

En Bolonia únicamente empezó la resistencia y mientras más se acercaba á Roma, mayores dificultades encontraba; Bolonia al fin capituló pero no así Ancona que se mantuvo firme, resolviendo entonces el emperador dejar á Roma á la derecha y dirigirse á la Pulla, donde esperaba que los napolitanos se uniesen á él como le habían prometi-

do. Allí precisamente era donde el rey de Sicilia le esperaba, pero inferior en número su ejército y mal equipado evitó un encuentro decisivo, contentándose con ostigar á las tropas alemanas por distintos lados á la vez.

El emperador, sin embargo, se hizo dueño de varias fortalezas que estaban en poder de Roger, y siempre victorioso lo arrojó de Capua, Nocera y el Monte Casino, persiguiéndole hasta las puertas de Palermo, donde el rey de Sicilia tenía establecido su cuartel general y era el punto central de las operaciones. Las flotas de Pisanos y Genoveses, en unión del ejército ayudaron á tomar la ciudad, de la cual iba á depender la suerte del Sud de Italia; pero dada la señal de asalto los habitantes se entregaron y aun á riesgo de disgustar á los que esperaban el saqueo; Lothaire, siguiendo los dos consejos del Papa, evitó el derramamiento de sangre, y otorgó á los vencidos ventajosas condiciones: Palermo capituló, y el emperador, después de conceder á Ranolfo el mando de las tropas alemanas, se unió á Inocencio para acompañarlo á Roma: entre tanto, el abad del Claraval llegaba á Palermo.

En Viterbe habíase visto obligado á detenerse por la enfermedad de su hermano Gerardo, á quien amaba con especial predilección y cuyos consejos le eran muy necesarios; viéndole un día á las puertas de la muerte se arrodilló con gran fervor de es-

píritu, pidiendo á Dios conservase la vida de su hermano, siquiera fuera hasta su vuelta al Clavaval.

Esta súplica llegó al cielo; muy pronto después, Gerardo, recobraba la salud: soldado antiguo y educado en los usos de la guerra y del mundo, Bernardo muchas veces recurría á su experiencia. Los dos, al abandonar á Viterbe, dirigieronse al monasterio del Monte Casino con el fin de extinguir el cisma y someter á la obediencia á los religiosos extraviados. Esta misión obtuvo un éxito completo, pero aniquilaron las fuerzas físicas de Bernardo.

A su vez cayó gravemente enfermo, y persuadido que iba á morir lejos de sus hijos y en tierra extraña, dirigió una conmovedora carta á los abades del Cister, la cual termina con las siguientes palabras: «Al Espíritu Santo, en cuyo nombre estáis unidos, pido que por los santos vínculos que unen nuestras almas, me asocie á vuestros trabajos, y que al mismo tiempo os haga también sensibles al dolor que experimento y á los motivos de tristeza que me abruman, por la simpatía de caridad fraterna que entre nosotros existe... Mi debilidad, la debilidad humana es la que se expresa así, y humanamente también se congratula de que Dios tenga á bien diferir mi muerte, para que pueda reunirme con vosotros y exhalar el último suspiro en vuestros brazos.»

Pero Dios, diremos como Baronius, queriendo confundir las cosas más poderosas de la tierra por intervención de un hombre débil y moribundo, escuchó la plegaria de su servidor y le conservó la vida tan dignamente consagrada al servicio de la iglesia.

Bernardo, milagrosamente restablecido de su grave enfermedad, se trasladó á Roma para reunirse al emperador y al Soberano Pontífice. El anti-papa, separado de Roger y alarmado con su derrota, volvió á encerrarse en la fortaleza del Santo Angel, desde donde gobernaba una gran parte de Roma, pero Bernardo renovó en el punto central donde se agitaba el cisma, los prodigios que dos años antes había obrado en Lombardía. Con la dulzura de su palabra, poder de sus razonamientos, y santidad de su vida, conquistó los espíritus más rebeldes. Al principio sólo ejercía influencia sobre algunos enemigos aislados del anti-papa, pero muy pronto después extendió su autoridad también, sobre la masa del pueblo, triunfando siempre de los más: varios miembros de la familia de Pedro León se sometieron al abad del Claraval, y desde entonces se presintió la total extinción del cisma.

Un acontecimiento inesperado, hizo temer por algún tiempo que las cosas volvieran á su anterior estado; Lothaire cayó enfermo; abrumado de cansancio y presintiendo su fin, no pensaba más que

en volver á Alemania para terminar allí sus días, pero con dificultad pudo ser trasladado á Trente, donde impaciente siempre, por volver á su patria, intentó todavía atravesar los Alpes, pero las fuerzas le faltaron en el camino, espirando en la cabaña de un pastor.

Este príncipe, avanzado en edad, no tuvo sin duda el vigor necesario que en aquellos borrascosos tiempos se necesitaba; sin embargo, en ocasiones mostró una nobleza de alma poco común, y su perseverancia más aún que su valor, le hizo ejecutar grandes cosas. Fácil será comprender los temores que este fallecimiento ocasionó en Alemania é Italia, donde rápidamente fué transmitida la noticia. En las críticas circunstancias que se encontraba la iglesia, la muerte de un emperador que le era adicto, podía arrastrar complicaciones funestas. Intereses encontrados existían y el rey de Sicilia, muy principalmente fomentaba con increíble audacia nuevos motivos de guerra.

Durante esta inesperada crisis, San Bernardo, ayudado por la divina gracia no debilitó la energía de su espíritu. Con la anuencia del Papa, directamente fué en busca de Roger, con intención de convencerle, si posible era, de que pusiese un término á los males que affigían á Italia.

Mucha osadía era esta encontrándose en aquellos momentos las tropas de Roger y de Ranolfo unas

frente á otras, Bernardo sin embargo llegó al campo de batalla y con palabras de paz y concordia, rogó á Roger depusiera las armas, pero éste, sordo á tan generosa solicitud no escuchó razones, obligando al mensajero de Jesucristo á retirarse, el que le anunció de parte de Dios una gran derrota. La batalla empezó, y después de un encuentro audaz y sangriento, Ranolfo, con un puñado tan solo de soldados derrotó al ejército Siciliano. Refiérese que después de la victoria este piadoso capitán puso una rodilla en tierra exclamando: *Doy gracias á Dios y también á su servidor porque reconozco que á su fe y fervientes oraciones se debe esta victoria*, y montando inmediatamente después á caballo, persiguió al enemigo hasta conseguir su total derrota.

San Bernardo durante la batalla, permaneció como Moisés, con las manos levantadas al cielo, y animando á los guerreros con el fervor de sus oraciones. El Rey de Sicilia, era creyente, pero, un interés particular le había ligado á la causa cismática. Cediendo á las exhortaciones de Bernardo y á los reveses de la fortuna, consintió entrar en negociaciones pacíficas, indicando no obstante antes, el deseo de conocer mejor las formalidades llevadas á cabo en la elección del Sumo Pontífice. A delegados de ambos partidos, sometió la cuestión, fijando la reunión en Palermo, y presenciando él mismo

las deliberaciones para resolver según el dictamen de su conciencia.

Inocencio encomendó al Abad del Claraval que hablara en este arduo debate, en unión del cardenal Heimerico y Gerardo. Anacleto por su parte eligió para que defendiesen su causa á tres cardenales que le eran adictos: Mateo, Gregorio y Pedro de Pisa, este último, notable por su elocuencia, vasta erudición y habilidad en la dialéctica, fué expresamente designado por Roger, con la esperanza de que confundiría al temido monje del Claraval.

Al empezar la conferencia Pedro de Pisa pronunció un elocuente discurso en defensa de Anacleto: sostuvo con argumentos jurídicos y canónicos la validez de su elección, refutó las objeciones de sus adversarios y creyó haber destruído por completo todas las razones sobre las cuales se fundaba Inocencio.

El Abad del Claraval, tomó la palabra: «no ignoro, dijo, dirigiéndose á Pedro de Pisa, que sois hombre de ciencia y erudición, y ójala Dios permitiese que consagraséis vuestros talentos á la buena causa, porque es seguro que si así lo hicieréis nadie en el mundo resistiría á ella, muy principalmente nosotros, rudos monjes más apropósito para labrar la tierra que para entrar en estos debates; pero ¿cómo callar cuando Anacleto protegido por el príncipe que en este momento nos escucha,

»desgarra y hace pedazos la túnica de Jesucristo,
»que ni paganos ni judíos se atrevieron á dividir?

»Solo existe una fe, un solo Señor, un solo bautismo: no reconocemos doble fe, doble bautismos
»ni dos Señores y remontándome al origen de la
»historia diré también, que sólo existió una sola y
»única arca durante el diluvio donde ocho personas
»solamente se salvaron mientras que todos los demás
»más miserablemente perecieron. Figura de la
»Iglesia era ese arca, pero como una nueva ha sido
»construída en nuestros días, y dos no pueden existir,
»preciso es que una ú otra desaparezca; si de
»Dios es el arca de Anacleto, necesario es que la de
»Inocencio perezca y con ella todas las Iglesias de
»Oriente y Occidente, Francia, Alemania, Inglaterra,
»España, los reinos más apartados, las órdenes de los
»Cartujos, Graudmonts, Presmons-tratense y del Cister,
»multitud de servidores de Dios con sus Obispos, Abades
»y Príncipes cristianos serán envueltos en este naufragio
»y todos morirán; todos excepto Roger, Roger tan solo se
»salvará... No, Dios no permitirá que la religión perezca
»en todo el universo, y que únicamente el ambicioso
»Anacleto posea el reino de los cielos.» Estas palabras
animadas por la gracia penetrante que despidió el Espíritu
de Dios, conmovieron al príncipe y toda la asamblea.
Pedro de Pisa no se atrevió á contestar; San Bernardo
entonces acer-

cándose á él le apretó la mano y le dijo: «Creedme, permanezcamos unidos en una misma arca y viviremos en paz», en otras conferencias íntimas y particulares acabó por convencerle y los dos reunidos se dirigieron á Roma, donde Pedro se sometió á Inocencio II.

En cuanto al rey de Sicilia, á pesar del resultado obtenido no se atrevió á decidirse por ninguno de los dos partidos; sus intereses se oponían al dictamen de su conciencia, por lo que á semejanza de Pilatos, preguntó la verdad y no la escuchó; sin embargo, el conflicto llegaba á su término. Anacleto enfermó abrumado de cansancio y disgustos, perdiendo poco á poco todas sus esperanzas y viéndose abandonado hasta de sus más celosos partidarios; pero estos contratiempos no hicieron más que agriar su carácter sumiéndole en un profundo abatimiento que acabó por consumir el resto de su vida, muriendo al fin en los primeros días del año 1138.

El cisma desdichadamente no se extinguió. Los cardenales adictos á su causa estaban demasiado comprometidos para someterse á Inocencio, por lo que deseando éstos agradar al rey de Sicilia, y favorecer su causa, apresuráronse á elegir al Cardenal Gregorio, Papa que tomó el nombre de Víctor. Incalculables desastres podían sobrevenir de este nuevo cisma; pero San Bernardo, poseído de la mayor ansiedad desplegó todos los recursos de

su ingenio para preservar á la cristiandad de mayores males. Con el fervor de sus oraciones, más aún que con la vehemencia de sus discursos, consiguió al fin desarmar á los ambiciosos; el mismo Víctor, el nuevo anti-papa arrepentido, cedió á la voz de su conciencia, dirigiéndose pocos días después de su elección y durante la noche en busca del Abad del Claraval, manifestándole los más vivos sentimientos de arrepentimiento y humildad.

Bernardo le recibió con extrema alegría, conduciéndole á los pies de Inocencio II, Papa legítimo contra el cual, ni las armas, ni la astucia, ni el cisma, ni la heregía, ni esfuerzo alguno del infierno había podido prevalecer.

Demostraciones de la más viva alegría estallaron en Roma al conocerse el triunfo de esta causa, trasmitiendo la noticia con la mayor urgencia á todos los países católicos. En todas partes se bendecía el nombre del Santo Abad del Claraval; él también participaba de este universal regocijo; después de siete años de trabajo y constante lucha, Dios le concedió el presenciar la derrota del orgulloso cismático. No es posible leer con serenidad el conmovedor relato que el mismo Santo hace sobre este grande acontecimiento.

«En el octavo día de la Pentecostés hemos obtenido del Señor el cumplimiento de nuestros más anhelados deseos, viendo la paz restablecida en

»Roma y la unión de toda la Iglesia. Los partidarios de Pedro de León se han prosternado ese día á los pies del Soberano Pontífice, tributándole obediencia y prestándole juramento de fidelidad. El clero del anti-papa se ha sometido también al Pontífice y en la hora presente todos han entrado en la unidad de la Iglesia. Este feliz acontecimiento ha llenado de júbilo á todos los fieles. Si no hubiese acariciado este presentimiento, hace tiempo hubiera vuelto entre vosotros, pero en la actualidad nada me detiene, y en vez de despedirme como otras veces diciendo volveré; digo ahora, vuelvo. Sí, marchó sin tardanza, llevando como premio de mis trabajos la victoria de Jesucristo y la paz de la Iglesia.

»El portador de esta carta sólo me precederá de algunos días. He aquí una buena noticia pero aún son mejores las obras; marchó cargado de frutos. Preciso es ser un insensato ó un impío para no regocijarse con estos acontecimientos. Hasta la vista.»

THE HISTORY OF THE

... of the ...

... of the ...

... of the ...

... of the ...

... of the ...

... of the ...

... of the ...

... of the ...

... of the ...

CAPÍTULO QUINTO

La paz se restablece en los estados católicos.—Concilio general de Roma.—Sumisión de Roger de Sicilia.

San Bernardo no disimulaba la aflicción inmensa que afligía su corazón por la pérdida de su querido hermano Gerardo, pero no se dejaba abatir en los días de la tribulación cumpliendo con los preceptos del libro de sabiduría. La cruz, á la cual vivía estrechamente unido, le comunicaba energía para practicar la virtud, y sus religiosos, con solícito anhelo le prodigaban también el bálsamo de la caridad fraterna.

El mundo ni conoce, ni aun presiente, las dulzuras de esos íntimos consuelos. Idea no tiene de los tiernos afectos que en las almas consagradas á Dios se desarrollan, bajo el exterior austero de la vida religiosa. Los conventos donde reina la caridad de Jesucristo, residencias son divinas. El hombre carnal únicamente contempla la severidad de

sus muros exteriores, alejándose de allí como el que juzga de sabroso fruto, por lo áspero de la corteza, ó como el paseante que no apercibe más que la red de espinas que rodea precioso jardín: Nada en el mundo; ni halagos, ni popularidad, ni el favor de los grandes, ni el triunfo, podía reemplazar en San Bernardo los incomparables goces que disfrutaba en compañía de sus queridos monjes.

Sin embargo, ni aun los cortos intervalos de reposo que gozaba en su monasterio exentos estaban de penas. Algunos días después de su vuelta al Claraval ocurrió el fallecimiento del obispo de Langres, suceso que le proporcionó nuevos disgustos. El duque de Borgoña, para ocupar la silla vacante, había nombrado á un monje de Cluní, incapaz é indigno de sustituir al prelado que por tanto tiempo había gobernado aquella importante diócesis. El Claraval hallábase en la jurisdicción de Langres, por lo que San Bernardo, viéndose obligado á luchar contra la autoridad del duque de Borgoña, y los poderosos abades de Cluní, acudió al Papa para la solución de este asunto, consiguiendo al fin anular el nombramiento y elevar á la silla de Langres un religioso del Claraval, que santamente desempeñó esta dignidad por espacio de veinte años.

En aquella época, Italia recogía ya los beneficios de su intervención. Inocencio II, desde la terminación del cisma, dedicábase con especial em-

peño á tranquilizar los espíritus, remediar los muchos males que existían en su siglo, y extender sobre la cristiandad los ventajosos frutos de la paz.

En los primeros meses del año 1139, convocó bajo su presidencia, en el palacio de Letran, un concilio general donde se reunieron más de mil Obispos de diversas partes del mundo. Entre éstos distinguíanse los Patriarcas de Antioquía y Aquiles, aunque un cronista de la época dice que la venerable figura de Inocencio II se destacaba entre los demás por la majestad de su semblante y la elocuencia de sus palabras.

Célebre es este concilio en la historia, por la imponente solemnidad con que promulgó sus cánones; á la vez que extirpaban los desórdenes que el cisma había introducido en la disciplina, precavía también las reincidencias en los actos de rebeldía; los padres, secundando unánimemente los desig-nios del Papa, declararon la degradación de los partidarios del cisma y la destitución de los prela-dos que á él hubieran contribuido.

Con el mayor rigor se llevó á cabo esta senten-cia, sin eliminar al Cardenal Pedro de Pisa, el que habiendo sido uno de los más ardientes defenso-res del cisma, habíase sometido á San Bernardo, abjurando sus errores á los pies del Papa; y recon-ciliado desde entonces, con la Iglesia no creía me-recer tan severo castigo; éste reclamó la protección

del abad del Claraval, quejándose del rigor con que le trataban.

Bernardo amparó su causa con solícito interés, dirigiendo varias cartas á Inocencio II en favor del Cardenal, pero á ninguna de ellas recibió satisfactoria contestación. Con sus reiteradas reclamaciones molestaba al Papa, pero su alma sedienta de justicia, no podía resignarse á sacrificar legítimos derechos, y aun á riesgo de perder el favor que el Soberano Pontífice le dispensaba, volvió á escribirle en estos términos:

«¿Quién me hará justicia en la actualidad? escribe al Soberano Pontífice. Si en la tierra hubiera un juez superior á vos á él recurriría y con esto bastante os digo, del modo que en la ocasión presente querría proceder. El Tribunal de Dios, existe, no lo ignoro, pero Él no permita jamás que allí tenga yo que acusaros, antes al contrario, mi deber es poderos defender. Al que tiene la misión de hacer justicia en la tierra apelo, y que vuestra propia conciencia resuelva.»

Tan enérgica reclamación produjo efecto inmediato. El Papa accedió, restituyendo á Pedro de Pisa en su dignidad.

Inocencio II había ya reconquistado y fortalecido la plenitud de su poder en Roma y demás estados de la cristiandad. Los príncipes de Alemania, reunidos en Majensa, elevaron al trono por

consejo del Papa cinco meses después de la muerte de Lothaire, al duque Conrado de Hohenstauffen, el que durante el reinado anterior habíase hecho proclamar rey de Italia, pero desde entonces Conrado había dado pruebas inequívocas á la Santa Sede, de abnegación y fe sincera, conduciéndose en las últimas campañas con valor y lealtad; su elección obtenida, con perjuicio del yerno de Lothaire, Enrique el Soberbio, fué de fatales consecuencias para Alemania, estableciendo la interminable lucha entre Güelfos y Gibelinos; sin embargo, á pesar de tan violentas luchas, Conrado III fué coronado en Aix la Chapelle por un delegado del Soberano Pontífice el 6 de Marzo de 1138.

Con este motivo, escribió al Santo Abad del Clavaval participándole su coronación y quejándose al mismo tiempo con amargura de las ofensas que habían inferido á la dignidad real. Muy significativa fué la contestación de San Bernardo.

«Jamás he deseado debilitar el poder real, escri-
»be, porque en la Escritura leo las siguientes pala-
»bras: Todo aquel que resiste á los poderes, á Dios
»resiste. Os exhorto, pues, para que á vuestra vez
»practiquéis también esta divina máxima tributan-
»do á la Santa Sede el respeto que pretendéis que
»el Imperio os profese. Otras cosas más añadiría,
»pero prefiero comunicároslas de viva voz.»

Estas breves palabras son un compendio de todo

gobierno católico. Los pueblos obedecen más fácilmente al Soberano que se somete á Dios que á esos hombres absolutos que pretenden mandar por su propia voluntad. La dignidad de la obediencia y la legitimidad de los poderes únicamente existe cuando se reconoce en Dios el principio de autoridad.

Inocencio había dado pruebas de energía durante su destierro, pero consolidado ya en la silla del Príncipe de los Apóstoles, y vencedor de las derrotas anteriores, supo añadir al ascendiente del papado las prerrogativas que había concedido á los príncipes de la tierra. Este augusto poder volvió á tomar paulatinamente en los asuntos del mundo su soberana dirección, persiguiendo, con maravilloso resultado, el movimiento de unificación social que Gregorio VII había empezado.

La guerra residía aún en los castillos, donde los príncipes se atrincheraban pretendiendo su independencia. Pequeñas fracciones en lucha siempre unas contra otras, habíanse extendido por todas partes ocupando el Sepulcro de los Scipiones, los terrenos de Caracalla, la Torre de Crescente y también el Coliseo. El Papa, á veces con paciente benignidad y otras con terroríficos anatemas espirituales, conseguía moderar, aunque no extinguir, la efervescencia de los partidos. ¡Espectáculo sublime ofrecía al mundo un sacerdote indefenso dominando las pasiones é intereses todos de la tierra y ha-

ciendo prevalecer en todas partes los sagrados deberes de la justicia! La supremacía del papado, que libertó á Roma de su esclavitud contribuyó, con no menos éxito, á la libertad de las repúblicas italianas. He aquí el testimonio de uno de los más sabios historiadores de Italia:

«La autoridad del Pontífice volvió á unir, dice, las diversas repúblicas en una especie de unidad, que sin perjudicar su independencia, hizo de la Italia una nación más sólidamente constituida que Francia y Alemania. Verdad es que no reunían sus fuerzas en el palacio de un rey, pero las agrupaban con enérgica autoridad alrededor de tres grandes poderes: la iglesia, la casa capitular y el castillo. Debido á esto, Italia habría llegado á muy alto destino si los emperadores, para formar sus partidos, no la hubieran destruído.»

¿Qué habría sido de la Europa con estos continuos conflictos que estallaban entre los soberanos y el feudalismo y el feudalismo con el pueblo, si una autoridad superior y generalmente reconocida no se hubiera apoderado con mano fuerte de las riendas de la civilización constituyendo el orden social, consagrando los límites del derecho y salvando la unidad católica.

Un solo enemigo tenía Roma á quien combatir, y éste, interesado en fomentar nuevos cismas, residía en el centro de Italia. Roger de Sicilia había

sabido disimular sus rencores mientras que Ranolfo, á las puertas de Palermo, había tenido constantemente en jaque á la ciudad; pero muerto éste, y habiendo sobrevenido en Alemania cambios que favorecían á nuevos pretendientes, Roger acudió á las armas, amenazando otra vez los Estados de Roma. El Papa, alarmado, no tuvo tiempo para esperar socorros de naciones extranjeras, viéndose obligado á levantar por sí solo un ejército y marchar al frente contra el rey de Sicilia; su celo y apremiantes peligros le inspiraron temerarias resoluciones; necesitaba concluir con aquel intrépido adversario, y una batalla tuvo lugar, siendo su resultado definitivo ventajoso para el Pontificado á costa de las humillaciones que sufrió el Pontífice. Reunidos los dos ejércitos, Roger, con una hábil maniobra, envolvió al Papa con la mayor parte de su ejército, haciéndole prisionero.

Este suceso ocurría el 22 de julio de 1133. El Papa prisionero fué conducido á la presencia de Roger, pero conmovido éste á la vista del Padre de la Cristiandad, arrojóse á sus pies expresando el respeto que la fe cristiana le inspiraba. Inocencio, conmovido también con la conducta del vencedor, mostróse dispuesto á la clemencia, y ambos resolvieron poner fin á las hostilidades por medio de un tratado de paz. En este concordato Inocencio II confirmó las prerrogativas que el anti-papa había

concedido al rey de Sicilia, y Roger á su vez consintió en recibir la investidura de su dignidad de manos del Pontífice, y debido á estas recíprocas concesiones, por segunda vez obtuvo la corona en calidad de vasallo de la Santa Sede.

Así fué como Sicilia fué constituida definitivamente en reino, quedando las ventajas materiales para la casa de Roger y las espirituales á favor de la Santa Sede.

Roger, sometido ya al Pontificado, dedicóse á harmonizar los distintos y heterogéneos elementos de que se componían sus Estados; una multitud de diversos pueblos, distintos unos de otros en origen, costumbres, idiomas y tradiciones formaban entonces la Sicilia, y entre aquella población flotante, de griegos, normandos, árabes, musulmanes é indígenas, abatidos por el servilismo, no existían leyes fijas, magistratura ni gobierno regularizado. Roger, cansado de guerras y disturbios, comprendía que sólo la religión posee el secreto de civilizar á los países conquistados. En efecto, la verdadera civilización no es otra que aplicar los principios evangélicos á la sociedad civil.

A San Bernardo le dirigió una apremiante carta suplicándole se trasladase allí con una comunidad de monjes del Claraval. Bernardo no fué, pero envió á sus religiosos con una carta concebida en los siguientes términos:

«Vuestra alteza hace merced á mi pequeñez, indicando deseos de tenerme en su presencia. Presente estoy; sino en cuerpo en espíritu: Porque; ¿quién me separará de los hermanos que os envió? con ellos voy hasta el fin del mundo y al tenerlos en vuestros dominios á mí me tenéis también. La pupila de mis ojos son mi espíritu, mi corazón... ¿qué importa, pues, que no tengáis la parte más flaca de mi persona? Débil como está mi cuerpo no podría seguramente seguir al alma: á la tumba únicamente pertenece hoy.»

El rey de Sicilia acogió con munificencia á los religiosos del Claraval, cediéndoles vastos terrenos que muy pronto se convirtieron en hogar de oración, caridad y edificación.—El espíritu de Bernardo estaba allí.

CUARTA ÉPOCA

CAPÍTULO PRIMERO

Movimiento intelectual en la Edad Media.

 Las cuestiones filosóficas cuando agitan profundamente los espíritus, no resultan jamás aisladas; á la vez que revelan la vida intelectual de una época, caracterizan también su tendencia; y tan es así que las cuestiones discutidas en el siglo de San Bernardo, desautorizan en absoluto la opinión por largo tiempo sustentada, de que la Edad Media fué una época de ignorancia y barbarie: Los ricos y numerosos monumentos que aquellos tiempos legaron á los nuestros, atestiguan gran vigor intelectual, y el siglo XII muy principalmente, se distingue por la sutileza de la razón y la sublimidad del pensamiento.

La idea filosófica y reflexivamente cristiana que dominaba en la Edad Media reconocía su origen en la fe, considerándola como base de todas las cien-

cias. La fe católica era el centro común de los diversos conocimientos humanos, y de este centro vivo y harmónicamente desarrollado brotaba, como de un manantial inagotable, raudales de luz y verdad.

La realización de esta idea coincidió con el período más crítico de la inteligencia humana. Los pueblos todos de Occidente habían llegado á esa edad en que la imaginación agotada por profundos extravíos, empezaba á obscurecerse ante el positivismo; edad núbil, llena de escollos y peligros, en la vida moral como en las esferas físicas. El hombre al entrar en el pleno uso de la razón, siente su propia dignidad al mismo tiempo que adquiere la conciencia de su libertad: juzga, compara y presiente: se posee de su poder, se vanagloria de su fuerza y se irrita contra los obstáculos que se le presentan.

De aquí provienen las impaciencias, no solamente en imaginaciones fogosas, sino también en la fría razón, en desacuerdo constante con todo lo que es oposición y aspirando únicamente á su independencia, desconoce autoridad.

El siglo XII se declaró á favor de dos distintas escuelas: la idea cristiana iluminando las ciencias mediante la fe, y el racionalismo estableciendo la fe como consecuencia de la filosofía humana; la una personificada estaba en San Bernardo; la otra representada por el ya demasiado célebre Abelardo.

Estas dos escuelas, en diversas formas han dividido en todos los tiempos al mundo científico. Al lado de las doctrinas sagradas que enseñan las tradiciones divinas y terrenas, se producen las doctrinas racionalistas que pretenden crear ciencias sin misterios; de ahí el antagonismo entre la ciencia cristiana que se funda sobre los principios eternos de la revelación y de la ciencia humana que lo hace sobre las mudables concepciones del entendimiento.

De estos dos modos de proceder nacen dos opuestas doctrinas de las cuales proceden los demás sistemas.

No será inútil para la cuestión que nos ocupa, presentar algunas consideraciones sobre ambas escuelas que por otra parte son las mismas que se destacan de las discusiones sostenidas por San Bernardo, dándonos á conocer al mismo tiempo el movimiento intelectual de aquella época.

Cuando el cristianismo vino al mundo las ciencias humanas encontrábanse en la mayor decadencia. Lo que llamaban filosofía, no era sino una mezcla de sistemas, opiniones y doctrinas heterogéneas, cuya fusión, ó mejor dicho, confusión, componían una especie de *eclecticismo*; palabra extraña que sin expresar francamente el desdén hacia la verdad, supone por lo menos indiferencia é impotencia por averiguarla.

Cuando el espíritu humano no puede por sí solo producir nuevas combinaciones, cuando ha agotado ya todas sus teorías, forma una amalgama de antiguos sistemas y descomponiéndolos los vuelve á constituir. Destruye los viejos edificios para entresacar de sus ruinas, material con qué edificar un nuevo edificio.

En otros términos: el eclecticismo es un gran mosaico; acoge lo verdadero como lo falso; busca la verdad en un caos de principios contradictorios y pretende hallarla en los confusos elementos de la Torre de Babel. Esta era la famosa escuela que predominaba en Alejandría cuando el Evangelio fué conocido.

Las más incompatibles teorías y opuestas doctrinas se encontraban en una misma escuela, y no para unirse y ponerse de acuerdo, sino para formar el más monstruoso conjunto que jamás han presenciado las escuelas filosóficas.

Las tradiciones antiguas de judíos y persas se unieron á las ideas de Platón y abstracciones del estoicismo, resultando una enseñanza extravagante por medio de la cual la sutileza de la imaginación griega se unía á la superstición del Oriente, á las exageraciones del fanatismo y á las ilusiones de la magia. Bien puede decirse que la Providencia al hacer que el mundo entrara en una nueva era, permitía al hombre, erigir un monumento que perpe-

tuase á los siglos futuros el delirio de la sabiduría humana, cuando busca la ciencia y la verdad fuera de su centro que es Dios. En este estado los predicadores del Evangelio encontraron la civilización pagana.

La doctrina positiva é inmutable de los apóstoles formaba contraste con las constantes variaciones de la filosofía humana.

La ciencia que con tanta autoridad enseñaban, fundábase en tradiciones divinas, Santas Escrituras, y Fe de los Patriarcas y profetas.

Iluminados por luz divina, y maestros de una escuela más sublime que cuantas habían sido conocidas anteriormente, los llamados á interpretar los Santos Evangelios hicieron comprender á los hombres la triste experiencia de su vanidad, é impotencia del espíritu humano para llegar, por sí solo, á la verdad.

El apóstol San Pablo, el sapientísimo doctor de las naciones insiste sobre lo mismo en su epístola á los fieles de Corinto.

«Escrito está. Destruiré la sabiduría humana y rechazaré la ciencia de los sabios... ¿Qué ha sido de ellos? ¿Qué ha sido de los doctores? ¿Qué, de esos espíritus llenos de curiosidad por las ciencias del siglo? ¿Por ventura no ha confundido Dios la sabiduría de este mundo?...

»En cuanto á mí, continúa el Apóstol, cuando

»os prediqué el Evangelio no lo hice con sutileza
»humana ni con medios persuasivos á la razón, sino
»únicamente os hablé de los efectos sensibles del
»Espíritu Santo y poder de Dios, con el fin de que
»vuestra fe no se funde jamás en la sabiduría de
»los hombres, sino exclusivamente en el poder del
»Altísimo.»

Este es el punto de donde parten las enseñanzas apostólicas; la diferencia de doctrinas existe entre lo que dimana de la palabra revelada y la que se debe á la inteligencia humana.

En los libros sagrados depositado está el germen de la verdadera filosofía que es ciencia y saber. Ella revela los misterios de Dios, del hombre y del mundo, y lo que al hombre concierne respecto á Dios y al mundo. Enseñan la primitiva caída, la dispersión de razas, el progreso del mal al lado del bien, la libertad del individuo y el plan divino preconcebido de la rehabilitación del hombre y el restablecimiento de la paz entre el cielo y la tierra.

Estas son las bases fundamentales de toda ciencia; de generación en generación se propagaron puras é intachables en una de las ramas procedentes de Sem, pero alteradas y más ó menos degradadas en los demás descendientes de Noé. Moisés, iniciado en los secretos de Dios, imprimió en las Santas Escrituras sus divinas revelaciones. Un

pueblo milagrosamente elegido entre los demás recibió este sagrado depósito, trasmitiéndolo á la Iglesia con sus primitivas tradiciones, y la Iglesia desde entonces ofrece continuamente á las naciones todas del universo estos tesoros de ciencia.

De este modo se han conservado y perpetuado á través de los siglos las doctrinas divinas y humanas que son luz de la vida, y éstas las mismas que profesaban los primeros filósofos cristianos, nacidos algunos en el paganismo y otros en el seno de la Iglesia; todos entresacaban de las revelaciones divinas los principios que enseñaban.

San Justino, Clemente de Alejandría, Orígenes, San Atanasio y muchos más trabajaron continuamente por dirigir los espíritus al manantial de la verdadera ciencia que tiene por principal objeto enseñar al mundo las verdades eternas, y por inmediato resultado no solamente las delicias de la contemplación, sino también el deseo de practicar el bien.

La enseñanza de estos doctores, como ya hemos dicho, no era argumentativa; demostraban por el contrario la verdad de un modo sencillo, positivo, y dogmático; fundándola, no, sobre conjeturas de la razón humana, sino sobre testimonios irrecusables de Dios. No hemos sido enviados dice San Juan Crisóstomo para lanzarnos en las luchas de la discusión, sino para someter los espíritus á la fe.

Tampoco recibimos la misión de exponer nuestros propios pensamientos, sino únicamente transmitir á los hombres las verdades que Dios nos ha revelado.

Fieles á este sistema apostólico, los filósofos cristianos presentaban el dogma como condición indispensable á la ciencia, demostrando sus principios inmutables, como consecuencia de la analogía que guardan con las leyes mismas de la naturaleza, dictámenes de la conciencia y ejemplos que la historia registra.

Sin embargo, no desdeñaban la argumentación cuando combatían los errores ó protestaban de su fe. Científicamente hablaban á los sabios, demostrando el acuerdo que existe entre la doctrina cristiana y las necesidades del hombre, su poder y facultades. Los doctores enseñaban los textos de la escritura que explicaban en conformidad á las tradiciones divinas, entresacando de ellas aplicaciones prácticas. Y cuando alguna vez comprometían el dogma, por falsas interpretaciones, los Obispos, depositarios y guardadores de la fe se reunían bajo la autoridad del Jefe infalible de la Iglesia, para resolver las cuestiones controvertidas y determinar el sentido preciso y ortodoxo de la verdad revelada.

Así fué como se formó la filosofía católica y siempre ésta unida al dogma no admitía otras deducciones racionales que aquéllas que se desprendían de las inflexibles bases de la religión.

El rigor de este sistema contraría el espíritu de independencia que bulle en el hombre. Su presuntuosa razón no se contenta con profundizar la verdad dogmáticamente definida, históricamente justificada y lógicamente demostrada, sino que pretende crear la ciencia fuera de sus vías normales; pero esta ciencia, según el hombre, está en directa oposición con la ciencia, que es de Dios.

Procede ésta de la sabiduría divina de donde dimana el hermoso nombre de filosofía, pero la otra es únicamente fruto de la sabiduría humana que codicia la verdad y usurpa el nombre. Para ella, la filosofía no es amor á la verdad, es pretensión por averiguarla, y como dice San Bernardo es el arte de buscar siempre la verdad sin jamás hallarla. Este sistema temerario llegó á convertirse en rival de la ciencia cristiana pretendiendo por medio de silogismos explorar los misterios más ocultos.

Mientras que la filosofía, vivió sometida á la autoridad espiritual, no empañó las enseñanzas de la Iglesia; por el contrario, la prestó su contingente; pero convertida en auxiliar de la razón insubordinada contra la fe, degeneró en racionalismo, en argumentación sofística y pueril que comprometía la santidad de la doctrina cristiana aun en aquellos mismos casos que intentaba sostenerla.

Así fué como en el siglo XII el libre pensamiento, se declaró en abierta lucha contra la teología

positiva, aunque anteriormente ya había intentado su independencia: las escuelas fundadas por Carlo-Magno estaban contaminadas de este espíritu nuevo.

Carlo-Magno emprendió en Occidente lo que el célebre califa Haroun-al-Raschild hizo en Oriente.

Escuelas secundando la libertad del pensamiento se instituyeron por todas partes. Aristóteles llamó la atención de los árabes, y esta nación dotada de facultades extraordinarias se ilustró con los trabajos, mal traducidos, del filósofo de Stagiro; y por la intervención de los judíos que residían en España el Occidente participó de sus doctrinas.

La filosofía cristiana, que hasta entonces había permanecido subordinada á la teología, empezó á desviarse y á trabajar en distintas esferas.

El impulso que Carlo-Magno comunicó á los estudios, la excitación que presentó á la razón exponiéndole multitud de cuestiones curiosas, produjeron discusiones más apropósito para obscurecer la ciencia que para secundar sus progresos.

La filosofía, por las atrevidas deducciones que saca de los textos sagrados, pretende siempre su omnipotencia aun estando sometida á las enseñanzas de la Iglesia. Un monje de Corbié, apoyando su teoría en un libro de San Agustín, enseñaba que una sola alma animaba á todos los hombres. Dos teólogos, llamados Rastramme y Paschase, promo-

vieron grandes discusiones sobre el modo de estar presente el Santísimo en el Sacramento del altar. Otros escritores discutieron la manera de haber sido concebido el Divino Mesías en las entrañas purísimas de la Virgen, y otra multitud de cuestiones graves ó pueriles fueron también objeto de investigaciones por la razón humana. La autoridad de Aristóteles llegó á tomar tal preponderancia que era considerado como padre de la Iglesia. Ni los Papas, ni los concilios pudieron dominar la invasión de sus doctrinas, en todos los sistemas.

Sin embargo, no puede desconocerse que el sistema escolástico, muy extendido y adoptado por el genio cristiano á la enseñanza de la teología, contribuyó poderosamente al desarrollo analítico de las verdades eternas, y si este sistema casi unánimemente adoptado en la Edad Media, si los más ilustres doctores la aplicaron con feliz éxito á exponer los diversos conocimientos de la ciencia cristiana para hacer de ellos una sola doctrina, un compendio de teología, preciso es creer que respondía á la necesidad de los tiempos, y preciso será también abstenerse de menospreciar este sistema, aunque algunos partidarios demasiado exclusivistas hayan podido añadir algunos abusos; por otra parte escuchemos lo que enseña un sabio:

«La teología es una sola, é invariable; es la palabra de Dios escrita, ó no escrita, conservada por

»la tradición en las obras de los Santos Padres, concilios de la Iglesia y constituciones de los Papas. »En la Edad Media adoptó un sistema más severo »y en algún tanto más geométrico; atacó quizás más »que otras veces, las investigaciones del pensamiento, autoridad de Aristóteles, y antiguas escuelas »paganas, pero en el fondo su objeto es siempre »el mismo, la materia no cambia y únicamente difiere el modo de tratarla... La enseñanza en los »últimos siglos, se diferencia de la primera edad, »de la Iglesia, en la forma analítica y dialéctica de »Aristóteles, aplicada á la teología...

»Por otra parte, continúa el autor, un espíritu »curioso y razonador sobre los misterios, muy cerca está del error y fácil es vacilar y caer alguna »vez en terrenos resbaladizos, y esos escolásticos »osados por haberse atrevido á penetrar demasiado »en las profundidades de Dios, quedaron desvanecidos ante los resplandecientes rayos que envuelve »la majestad divina y derribados en tierra por el »esplendor de su gloria. Tantas censuras de los Papas, de los concilios, de la facultad teológica, contra multitud de proposiciones concebidas por el »espíritu curioso é inquieto de aquellos tiempos, »dan testimonio de la eficaz vigilancia que la »Iglesia ejerce sobre el sagrado depósito de las »sanas doctrinas que le está encomendado y el peligro que existe en la intemperancia de la razón

«que intenta sobrepujar los límites señalados por la fe.»

Al final del siglo xi las escuelas dominadas por una pasión excesiva de raciocinar sobre todas las cosas, degeneraron en torneos públicos, donde la verdad no era más que un juego en el cual se ejercitaba la razón, armada de silogismos.

Un teólogo antiguo que era considerado como sofista porque discutía las pretensiones del racionalismo (Juan el sofista) sentaba como principio que las abstracciones de la razón no podían reemplazar la realidad de las ideas y que la ciencia no debía fundarse sobre palabras que sólo expresan las nociones del espíritu. Sobre esta tesis se promovió una célebre discusión que dividió el cisma de los doctores en dos campos opuestos: á unos se les designaba con el nombre de doctores viejos porque se declararon en favor del antiguo sistema, y los otros se llamaron innovadores (*doctores novi*) porque abrazaron el sistema de Aristoto. Juan Rósce-lin, canónigo de Compiègne sostenía que las ideas no eran sino palabras (*flatus vocis*) por medio de las cuales expresamos las nociones ó abstracciones de la razón. Él y su escuela recibió el nombre de *nominalista* por oposición á la escuela *realista* que consideraba las ideas como conceptos que corresponden á objetos reales y verdaderos. Ambas escuelas, aunque de ideas contrarias, se defendían

por silogismos; el racionalismo dominaba sin embargo en el espíritu del siglo.

Abelardo fué, el que personificando esta doctrina, se puso á la cabeza del movimiento, popularizando en algún tanto, estas tan delicadas cuestiones. Apasionado por la gloria y lleno de confianza en su indiscutible genio, emprendió con una libertad desconocida hasta entonces la empresa de probar la verdad de los dogmas por el solo argumento de la razón, aplicando la filosofía á todos los misterios teológicos; y sin retroceder ante las consecuencias de un sistema tan peligroso dogmatizó sobre todas las tesis que encierra la fe y la moral. Abelardo permaneció sometido á la Iglesia; pero sus discípulos menos piadosos y más audaces que él, llevaron el nuevo sistema más allá de sus últimos límites, separando en absoluto la teología de la filosofía.

La fama del racionalismo que había invadido un gran número de escuelas, no pudo ejercitarse por mucho tiempo, sin engendrar aberraciones y funestas herejías. La exaltación de la razón individual no reconoció freno: la ciencia abrió su santuario á las teorías más incoherentes, y antiguos errores ya condenados, aparecieron con multitud de nuevas sutilezas.

Entre las falsas doctrinas cuyos gérmenes habían ya más de una vez producido envenenado fruto,

en los comienzos de la Iglesia, la de los Maniqueos, muy principalmente, se reprodujo en el siglo XII. No es fácil analizar esta horrible herejía, la que bajo una denominación común, reunía las diversas sectas de los antiguos Gnósticos. Admitiendo dos principios coeternos el autor del bien y el autor del mal, los reformadores del maniqueísmo modificaron paulatinamente su sistema buscando medios más ó menos harmónicos con objeto de igualarse á la doctrina cristiana. De aquí resultó una mezcla extraña de sensualidad y austeridad de incredulidad y de superstición, de eclecticismo y panteísmo, que dieron por resultado, enseñanzas absurdas y prácticas odiosas.

En el siglo IV y V, los emperadores romanos recurrieron á medios severos para exterminar aquellas sectas cuyas ocultas asambleas inquietaban los poderes y agitaban los corazones honrados. Unicamente consiguieron hacerlos callar, y ya parecía que estaban exterminados, cuando el año 660 una mujer celosa por la secta de los maniqueos emprendió la tarea de avivar las creencias. Su hijo, llamado Pablo, se condujo como apóstol que pretende purificar el cristianismo, y empezando por romper con las jerarquías católicas, dogmatizó sin autoridad, y excluyendo tradiciones buscó en los libros sagrados un nuevo símbolo de fe.

Sus discípulos, los Paulicianos, dignos anteceso-

res de los herejes que vamos á ver aparecer, padres de los Albigenes y precursores de las herejías del siglo xvi; los Paulicianos no querían de religión más que el texto escrito del Evangelio, que sometían á la libre interpretación de sus propias inteligencias, considerándolas iluminadas por virtud del Espíritu Santo.

Consecuentes con estos principios, sucesivamente fueron negando, como después veremos, los dogmas y misterios que sus inteligencias no podían comprender; y cuando el sentido literal de las Escrituras contradecía evidentemente sus arbitrarias interpretaciones, se perdían en el tenebroso laberinto de la figura y la alegoría.

En el siglo ix, contrariados aquellos sectarios por las persecuciones de que eran objeto, y animados por el número, mezclaron la política á sus prácticas religiosas, manifestándose opuestos á los poderes sociales. Su conducta lógicamente se harmonizaba con sus doctrinas. Sin reconocer autoridad alguna en el orden espiritual, no tardaron en sacudir también el yugo de la autoridad temporal; esta será siempre la tendencia del espíritu humano.

Durante más de treinta años duraron las sublevaciones en Asia. Las numerosas sectas del maniqueísmo, á pesar de los horribles suplicios que sufrían, se extendieron insensiblemente en Occidente, donde en diferentes puntos formaron asociacio-

nes cuyo objeto declarado era la reforma de la Iglesia y del Estado. La degeneración de una parte del clero, la ignorancia del pueblo, la depravación de las costumbres públicas y la codicia, favorecieron en mucho las conquistas de estos sectarios.

Tantas pasiones y errores fomentados por el fanatismo y el interés político estallaron al fin.

En el siglo de San Bernardo, esta nube cargada de pólvora vino á obscurrecer el horizonte de la Iglesia.

Infinidad de sectas distintas por sus nombres y enseñanzas se unieron, en odio común, contra el catolicismo, y franqueados ya los límites, no hubo exceso contra el cual no se dirigieran las pretensiones, doctrinas y enseñanzas. El racionalismo por sí solo era ya una calamidad para la Iglesia: pero unido á tantos gérmenes de disidencia desolaba á la Cristiandad y exigía una fuerza más que humana para poder triunfar.

Sin embargo, el Espíritu Santo que vela por la Iglesia prometiéndola apoyo eterno, no la abandonó en tan difíciles tiempos. El Santo Abad del Clavaval, como brillante faro iluminaba este mar borrascoso señalando con energía los peligros. ¡Que no sorprenda pues, las temeridades del siglo xiii! ¡Que no sorprenda el celo de Bernardo ni el encarnizamiento con el cual le veremos combatir frente á frente contra gigantes de orgullo.

Abelardo y Gilberto de la Porrée atacaban con argumentación racional el antiguo sistema de la enseñanza teológica. Pedro de Bruys y el monje Enrique sublevaron á los pueblos contra la Santa Sede. Herberto negaba la eficacia de los sacramentos é impedía el matrimonio; los Puritanos rechazaban el antiguo testamento y los escritos de los Santos Padres. Arnolfo de Brescia, más vehemente que los demás, reclamaba la supresión de las jerarquías eclesiásticas: Eon de la Estrella se hacía pasar por Jesucristo, é infinidad de teorías extravagantes unas, más que otras, predicábanse por todas partes y en alta voz contra el catolicismo: para sujetar este vasto desbordamiento de ideas, se necesitó nada menos que el poder de un San Bernardo.

CAPÍTULO SEGUNDO

Pedro Abelardo.—Sus doctrinas, vida é infortunios.

Pedro Abelardo, hombre extraordinario por sus doctrinas y vida novelesca; el sofístico de la Edad Media y patriarca del racionalismo moderno, ha sido calificado del siguiente modo por un escritor de nuestros días: «Abelardo es en teología lo que en filosofía; ni enteramente ortodoxo ni del todo hereje, pero mucho más hereje que ortodoxo.» La historia de sus desdichas escritas por él mismo, y la de sus doctrinas combatidas por San Bernardo, forman el gran episodio del siglo XII, episodio muy conocido y que por espacio de seiscientos años viene agitando las ciencias y dando materia para escribir multitud de romances. Nada más común en los anales de la miseria humana que el extravío de la razón por la pasión, y ciertamente que las aventuras de Abelardo y Eloísa no merecerían por este motivo los honores de la

historia. Pero cuando el hombre á quien la pasión arrastra y precipita ha sido con justicia considerado como el más preclaro entendimiento de su tiempo; cuando ese hombre se presenta como apóstol del racionalismo pretendiendo ser el fundamento de la fe, derecho hay para examinar la solidaridad de tales bases y apreciarlas por los efectos de su vida práctica. Las fuerzas especulativas del espíritu humano, reconciliándose con sus propias debilidades reales, presentan lecciones tan importantes que no deben pasar desapercibidas á las observaciones del filósofo.

Abelardo nació en 1079 en la villa de Palais, cerca de Nantes, en Bretaña. Su gran elocuencia, unida á una extraordinaria sutileza de entendimiento y á una vasta erudición en autores sagrados y profanos, prematuramente le designaron el primer rango entre los maestros más nombrados de su época. Las condiciones exteriores de su persona contribuían también al ascendiente que su ingenio ejercía en la multitud. De estatura esbelta y arrogante, noble y digno continente, sus facciones todas expresaban varonil energía.

Roscelin el nominalista, y Guillermo de Champeaux el realista, fueron sus famosos maestros. No es nuestro objeto hacer aquí un estudio sobre los múltiples colores de estos dos sistemas; bastará para reasumir la controversia, recordar únicamente

la divergencia que existe entre las dos escuelas. El realismo respondía á la doctrina platonista que admite la *realidad* de las ideas, es decir, la existencia real y permanente del objeto á que corresponden. El *nominalismo*, por el contrario, seguía á Aristóteles, y confundiendo las ideas con las nociones abstractas, negaba la realidad del objeto, declarando que no eran más que vocablos.

La cuestión, reducida á su más sencillo significado, consistía en averiguar si las cosas invisibles, contempladas por la inteligencia, existían realmente con forma ideal; ó bien si no eran más que abstracciones, nociones de la razón ó símbolos únicamente de nuestro lenguaje.

No es esta ciertamente una cuestión pueril; presenta por el contrario los más importantes problemas de la filosofía y de la religión, resultando de su último análisis el espiritualismo ó el materialismo. Sin duda alguna que las consecuencias de este problema no se llevan jamás hasta su último término; varían según el tiempo y diversas tendencias del espíritu; pero siempre y en todas partes colocan el eje alrededor del cual gravitan las investigaciones de la ciencia humana, por lo que hablando con verdad, ni á Roscelin ni á Guillermo de Champeaux puede imputárseles el principio de esta controversia; su origen se remonta á la cuna de la historia; su raíz está en el corazón del hombre; aparece en

la primera edad de la infancia, en esa primera pregunta que el niño dirige: «¿Es esto verdad?» El adolescente pretende averiguar si la realidad ó la mentira es el objeto de vuestro relato, y esta pregunta eminentemente filosófica es la misma que, elevada á un orden superior, se agita bajo diversas formas entre Platón y Aristóteles, Salomón y la academia realista y nominalista y entre la filosofía racional, que parte de la tierra para remontarse al cielo, y la filosofía divina, que baja de lo alto para iluminar las cosas del mundo. Los filósofos de todos tiempos han tomado parte en estos debates y todos continúan la misma discusión, á pesar de la solución dada hace más de dieciocho siglos por el más sublime de los doctores. «No contemplamos solamente las cosas visibles, ha dicho «San Pablo, sino las invisibles también; éstas son «eternas, mientras que las otras únicamente temporales».

Esta sentencia del apóstol es la condición de la verdadera filosofía, pero ella exige la sumisión del espíritu á la autoridad divina, y he aquí lo que en todos tiempos ha sublevado el orgullo de la razón.

Pero sea de ello lo que quiera, fácil es comprender las diferencias fundamentales que separan las dos escuelas filosóficas, y si oportuno fuera, señalaríamos aquí las mismas consecuencias en todos los ramos de las ciencias, artes, moral, política,

legislaciones y orden de todo género de cosas. Las producciones del espíritu humano pueden ser consideradas bajo el punto de vista del reflejo divino ó de fenómenos terrestres; pero no perteneciendo estas digresiones al objeto principal de nuestro relato, nos concretaremos á exponer la gran parte que Abelardo tomó en este conflicto y las consecuencias que resultaron.

Versado Abelardo en las doctrinas platónicas de Guillermo de Champeaux y las doctrinas de Roscelin, emprendió la difícil tarea, después de haber combatido á sus dos maestros, de conciliar ambas doctrinas opuestas y formar de ellas una teoría intermedia. Oportuna pareció entonces esta tentativa, reinando en los dos campos la mayor anarquía.

Ni los realistas ni los nominalistas entendíanse. Los primeros, en el acaloramiento de la discusión, perdieron de vista la *idea*, que en efecto se pierde cuando se abandona por la vanidad del debate; los segundos, haciendo alarde de palabras, confundían las abstracciones artificiales del espíritu con las nociones verdaderas y naturales. La razón y el error dominaban en ambos campos. Si Abelardo con tendencia franca hubiera separado sencillamente la *noción* y la *idea*, si al exponer la doctrina de la *noción* hubiera reconocido la diferencia que existe entre las que tienen su raíz en las ideas y las que son

puramente elaboraciones más ó menos arbitrarias de la razón, hubiera podido poner de acuerdo, si no á los doctores, por lo menos á sus doctrinas; y sin atacar las verdades de un orden superior hubiera podido concluir con el *realismo* de las nociones naturales y con el *nominalismo* de las nociones artificiales (1).

Pero esto fué precisamente lo que Abelardo no hizo y su sistema intermediario llamado *conceptualismo*, no fué, sino una nueva opinión sin fundamento, entregada á la polémica de los sabios. Abelardo como la mayoría de los filósofos de su época, no admitía más que una sola especie de noción enseñando con apariencias de ironía que no eran cosas ni palabras. ¿Qué son pues? preguntaban los nominalistas y los realistas. Abelardo respondía que las nociones eran conceptos, que no existían más que en las formas de nuestra razón; solución evi-

(1) La dificultad de estas materias consiste en entenderse sobre el verdadero sentido de las palabras. Llamamos *nociones naturales* aquellas que corresponden al orden natural de las cosas y que espontáneamente se forman en nuestro espíritu, como las nociones de caballo, árbol, etc. Términos generales que encierran todos los caracteres de un género ó de una raza de individuos; las nociones artificiales, por el contrario, son aquellas que no tienen tipo marcado en las cosas del cielo ni de la tierra; estas son las clasificaciones ficticias de ciertas ciencias modernas que no subsisten más que en los hombres, y no contienen por tanto más que un nominalismo más ó menos arbitrario. Así sucede en botánica, por ejemplo: existe una clase de monocotiledoneas que comprenden á la vez la azucena, la palmera, el espárrago, etc., etc.; la familia de los gatos en zoología comprende el león, la pantera, el tigre, el leopardo, etc., etc. Esas son las llamadas nociones artificiales; no concuerdan jamás con la realidad de la naturaleza.

dentemente igual á la doctrina nominalista. Por otra parte la mayoría de las obras de Abelardo revelan esta tendencia por lo que es considerado nominalista; y él fué el que por medio de su talento y la nueva forma que dió al sistema de Aristoto hizo prevalecer la ciencia de las palabras sobre la ciencia de las cosas.

Sin retroceder ante ninguna de las consecuencias lógicas del nominalismo, consideró el arte de raciocinar como el punto céntrico de la filosofía; redujo la averiguación de la verdad, á una hábil dialéctica, especie de mecanismo racional con ayuda del cual pretendía construir un sistema general de conocimientos humanos.

Hizo más; no contento con sostener los principios de Roscelin y de ponerlos en vigor con nuevo nombre, los introdujo en el campo de la teología, sometiendo los dogmas de la religión á la argumentación de la lógica. En el sistema de Abelardo, la fe no era sino estimación (*æstimacio*) esta es su palabra; es decir, una opinión provisional, un presentimiento ó una conjetura; á la razón humana encomendaba la tarea de demostrar y justificar la verdad; y discurriendo así sobre los dogmas, recogiendo textos y pasajes de la Escritura y de los Santos Padres, discutía á favor ó en contra, las tesis de teología, reduciendo á problemas las materias de fe con el fin de resolverlas magistralmente.

Esta tentativa llevada á cabo con habilidad extraordinaria sublevó á todos los teólogos ortodoxos muy principalmente á San Bernardo; todos declararon la aspiración divina de la fe, independiente y muy por cima del juicio de la razón, sosteniendo que las pruebas racionales nada añadían á la autoridad que la palabra divina lleva en sí.

Al leer estas tristes discusiones el lector preguntará; porqué materias tan árduas, principalmente en filosofía cautivaban tantas inteligencias atrayendo tan gran número de discípulos! Los contemporáneos atestiguan, que una multitud increíble de oyentes de todos los países, edades y clases marchaban tras el célebre maestro, apasionados extraordinariamente de sus enseñanzas; millares de discípulos le siguieron á Melun, Corbeil, Saint-Víctor de París, Saint-Denis, á los pueblos, á los desiertos y á la montaña de Santa Genoveva; nada los detenía y las hospederías eran pequeñas para contener tanta multitud. Los Parisienses no eran solamente los que llenaban los grandes claustros; entre sus discípulos había una multitud de Alemanes, Romanos, Ingleses, Lombardos, Suecos y Daneses: los hombres más notables mezclábanse también á la multitud, ávidos de escuchar las sabias lecciones del audaz maestro.

¿De qué provenía esta popularidad? ¿por qué cuestiones de un filósofo tan sutil excitaban tanto entusiasmo? No es difícil resolver el enigma

y explicado está por la tendencia propia de la naturaleza humana. Abelardo indudablemente era el hombre de su tiempo; secundaba la pasión secreta de su siglo, el espíritu de independencia que bajo todas las formas y diversos nombres excitaba á la multitud deseosa de sacudir toda especie de yugo. Abelardo pretendía el progreso por la razón humana mientras que San Bernardo lo deseaba por medio del poder de Dios. Era una fuerza atractiva, abierta á las presunciones de la ciencia que no obligaba á *creer* sin haber antes *comprendido*: vanagloriándose secretamente el espíritu humano de hacer comparecer ante su propia jurisdicción los dogmas revelados, con el fin de constituirse juez y declararlos después válidos.

Verdad es que Abelardo profesó siempre un respeto sincero hacia la Iglesia. Unía á las audacias de su sistema una fe viva y dócil; sus errores existían en su lenguaje más aun que en su voluntad y las proposiciones heterodoxas que emitió, dependían de su lógica más bien que de sus opiniones personales. Por esta razón ha sido acusado siempre de todas las herejías en general y justificado sobre cada punto en particular. Pero su inexcusable falta consiste en haber sometido las verdades sagradas á un libre examen introduciendo la anarquía en las cosas santas puesto que sobrepone la soberanía del hombre á la autoridad divina.

Esto es, tuviera de ello conciencia ó no, lo que explica la fama y el peligro de sus enseñanzas. Dando á la teología base humana, justificó el racionalismo, el que en su primer desarrollo ejerció, sobre la multitud apasionada la misma fascinación que el protestantismo produjo tres siglos después y que el liberalismo renueva en nuestros días con éxito no menos funesto. La idea de independencia, de cualquiera forma ó nombre que se revista, excitará siempre las simpatías del hombre, y toda filosofía que exalte el orgullo humano, toda enseñanza que reproduzca la palabra de sublevación que pervirtió al hombre en sus principios, seguramente será acogida con entusiasmo por el vulgo ciego é ignorante.

Abelardo se encontraba en el apogeo de su fortuna y dogmatizaba con gran aplauso del mundo, cuando tropezó en su gigantesca carrera contra dos grandes obstáculos; uno le hirió, pero el otro lo aniquiló bajo su propio peso. Eloisa hizo que perdiera su nombre de filósofo y San Bernardo le arrebató su reputación de teólogo.

Antes de asistir á las interesantes luchas que muy pronto explicaremos, daremos á conocer al hombre que las promovió; ya le hemos visto dominar á la ciencia con el cetro de su razón, y ahora veremos esa soberbia razón eclipsarse por el frágil atractivo de una mujer.

En la época que el nombre de Abelardo tenía mayor prestigio en París, vivía una joven que era también maravilla de su tiempo. Eloisa no había llegado aún á los diecisiete años cuando era ya conocida su rara inteligencia; versada en filosofía, letras y artes, cultivaba con igual éxito el griego, el hebreo y el latín. Su belleza no era menos admirable que su ingenio, constituyendo la alegría y el orgullo de su tío, el Canónigo Fulbert que la había criado. Fulbert nada había economizado para acrecentar la reputación de su hija adoptiva, y llevando al colmo su solicitud, confió sus cuidados al más ilustre de los maestros de su época. Pero no contento con haber obtenido que Abelardo le diera lecciones quiso también proporcionarle los beneficios de una conversación diaria, ofreciendo á Abelardo una habitación dentro de su morada y confiándole por completo la educación de Eloisa.

Necesario es convenir en que Abelardo había pasado ya la edad de las pasiones; cerca de cuarenta años contaba, y además su título de beneficiado, su perspectiva de entrar en el estado eclesiástico donde podía alcanzar eminentes puestos, y la austeridad reconocida del filósofo eran títulos suficientes para inspirar confianza al canónigo.

Sin embargo, estos motivos y otros, aun más sagrados, no impidieron que la pasión mancillara el corazón del maestro y de la discípula. Pre-

ciso fué que el escándalo se hiciera público para que despertara las sospechas de Fulbert; pero ya era tarde. Abelardo había seducido á la desgraciada Eloisa conduciéndola secretamente á Bretaña.

Pronto volvió éste cerca de Fulbert, descubriéndole su situación y ofreciéndole casarse con Eloisa con la condición de que no habían de publicar el matrimonio; Fulbert consintió en ello, y los dos esposos se casaron en su presencia, permaneciendo separados con el fin de que el vulgo ignorara una unión que podía perjudicar á su reputación de filósofo y comprometer su porvenir.

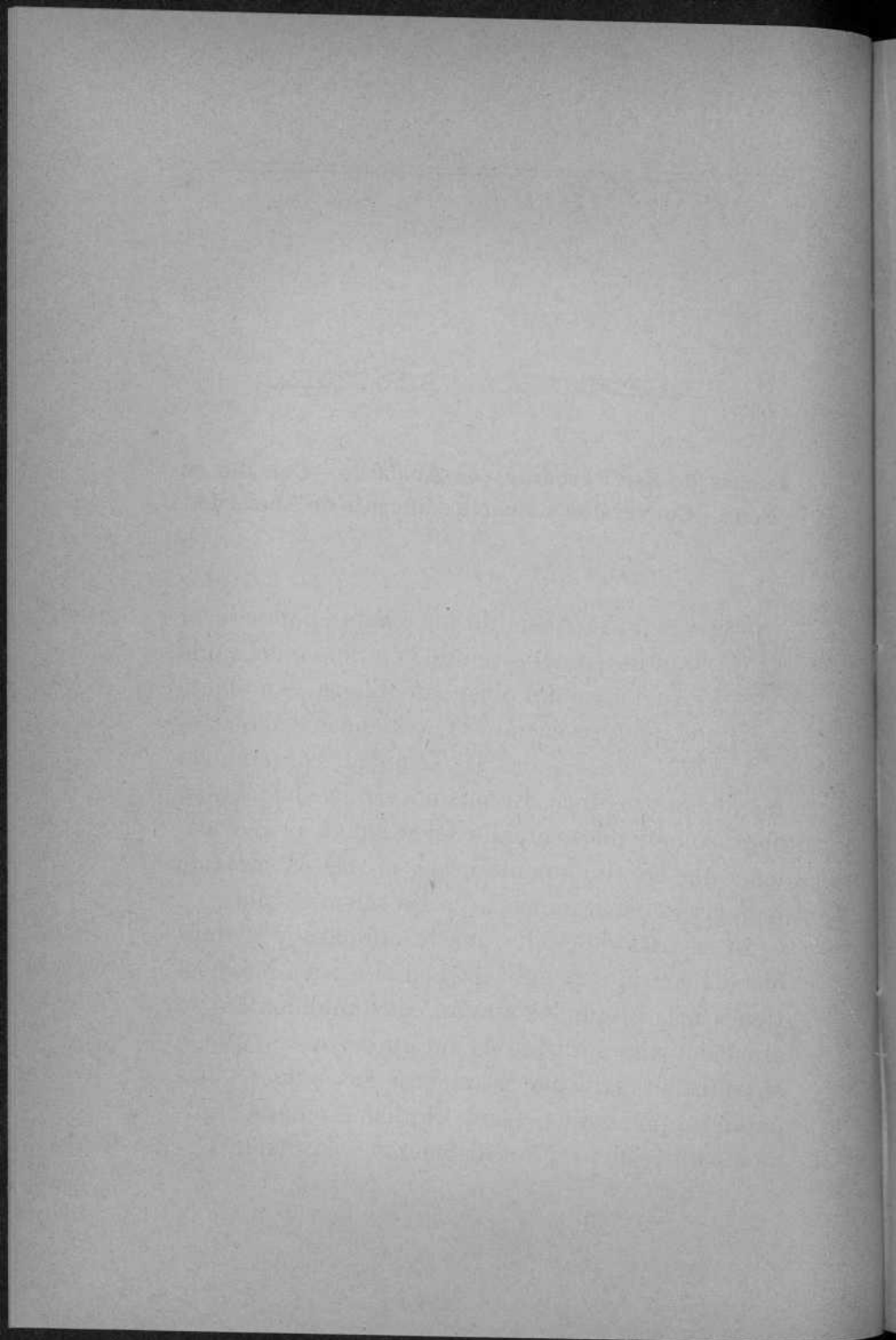
El misterio no quedó oculto. El mismo Fulbert lo divulgó con objeto de salvar la reputación de su sobrina; pero ésta, apreciando la gloria de Abelardo más que su propia honra, negó públicamente su casamiento. En estas circunstancias Abelardo, con el fin de evitar á su esposa los malos tratamientos de Fulbert, le proporcionó un asilo en el monasterio de Argenteuil; pero caro pagó los resentimientos de un tío ultrajado, siendo víctima de su implacable venganza.

Una noche, mientras dormía, Fulbert, acompañado de cuatro sicarios, fué introducido por un criado en la morada de Abelardo, y precipitándose sobre él le amordazaron y sujetaron, ejecutando en su persona bárbaros procedimientos. Sus gritos de dolor conmovieron á todo París.

Fulbert se escapó, pero le confiscaron sus bienes y destituyeron de su empleo; el ayuda de cámara y sus cómplices fueron descubiertos, sufriendo la pena de su crimen, y Abelardo, haciéndose insoportable á sí mismo, retiróse á un claustro para ocultar su pasión aún viva y su existencia mancillada.

Eloísa no tardó en seguir su ejemplo, tomando el velo de religiosa con el fin de dedicar su vida á Abelardo más bien que de inmolarla á Dios; y el uno y el otro, por largo tiempo separados, alimentaron su terrible pasión, que vicisitud alguna pudo disminuir, con una comunicación frecuente de cartas. «Busqué en la filosofía y en la religión armas »con que combatir esta llama que nuestras desdichas aún más han acrecentado; pero ¡ay de mí! »comprometiéndome con votos á olvidaros sólo consigo olvidar estos votos».

Estas fueron las tristes debilidades del filósofo durante los primeros años de su retiro. Pero su carrera no había terminado aún; su caída no había comprometido más que su persona; sus doctrinas subsistían, pero también las veremos caer por la influencia de San Bernardo.



CAPÍTULO TERCERO

Luchas de San Bernardo con Abelardo.—Concilio en Sens.—Conversión y muerte edificante de Abelardo.

 El año 1121 Abelardo fué citado á comparecer ante un concilio reunido en Soissons bajo la presidencia del obispo de Rems, con objeto de que presenciara la condenación de su libro escrito sobre la Trinidad, conteniendo manifiestos errores. Él mismo arrojó al fuego su obra, sometiéndose al fallo del tribunal; pero el sistema que continuamente usaba en las cátedras de teología le hacía reincidir en las mismas faltas.

El espíritu de osadía que le animaba y la suficiencia con la cual aplicaba la dialéctica á las cuestiones más profundas atraían constantemente á su alrededor una multitud de antiguos oyentes, que le apremiaban para que reanudara sus conferencias públicas, pidiéndole, según él mismo refiere, argumentos filosóficos que satisficieran á la razón. Ce-

diendo á sus instancias volvió á sus interrumpidas lecciones, con gran alegría de la multitud de sus discípulos.

Habíase hecho monje en Saint-Denis; pero su espíritu siempre inquieto no pudo permanecer mucho tiempo en el monasterio. Salió para establecerse en la diócesis de Troya, donde sus amigos le ofrecieron un lugar que no tardó en poblarse de numerosos partidarios. Allí construyó un oratorio, al cual dió el nombre de Paraclete, y rodeado de jóvenes que acudían de todos los países, empezó sus disertaciones sobre la naturaleza de Dios, misterios del hombre y las más árduas cuestiones de metafísica y moral, como en otro tiempo el filósofo de Stagire en los jardines de la Academia. Nada semejante á la alegría que experimentaba su soberbia cuando presenciaba el éxito de sus conferencias; sinceramente la expresa en una de sus cartas: «Mientras que mi cuerpo encerrado está en este estrecho lugar, la reputación de mi nombre vuela por el mundo entero; por donde pasa, el eco de la fama lo divulga.»

Pero este triunfo no duró mucho tiempo.

San Bernardo, el infatigable centinela de la Iglesia, hacía tiempo que observaba la tendencia de las nuevas doctrinas, señalándolas á los Obispos: Abelardo eludía con subterfugios las advertencias del poderoso Abad del Claraval; y con objeto de evitar

la tempestad que cernía ya sobre su cabeza, abandonó el Paraclete y aceptó la Abadía de Saint-Gildas que le ofrecieron en Bretaña. Verdad es que motivos de otra naturaleza, contribuyeron también á esta determinación.

Las religiosas del monasterio de Argenteuil habían sido expulsadas, y la triste Eloisa, esposa sin esposo, religiosa sin religión, alma profundamente desconcertada, se encontraba sin reposo y sin asilo. Abelardo le ofreció el Paraclete, donde la instaló con varias de sus compañeras. El Obispo de Troya ratificó después esta cesión, y el Papa Inocencio II, accediendo á las recomendaciones de Pedro el Venerable, concedió á Eloisa el título de Abadesa de la nueva comunidad.

Abelardo, languidecía en Saint-Gildas; y aunque enfermo y consumido siempre por violentas pasiones, estaba impaciente por reaparecer en la escena del mundo y acercarse también al Paraclete, donde le llamaban sin cesar las apremiantes cartas de Eloisa. Ya había abandonado su retiro y vuelto á emprender sus elocuentes discursos, cuando San Bernardo intentó desengañarle de sus errores. Abelardo, según testimonio de Geoffroi de Auxerre, se conmovió por la solicitud evangélica del Abad del Claraval, prometiéndole modificar sus doctrinas; pero nuevos escritos que circularon clandestinamente por las escuelas, desmintieron la promesa,

manifestando, por el contrario, mayor audacia; y enardecido por el celo de sus discípulos, se quejó á su vez de San Bernardo acusándole de calumniador.

Entonces fué cuando el servidor de Dios habló persiguiendo al innovador con su invencible energía. Las cartas que escribió á los Obispos, Cardenales y aun al mismo Papa, demuestran su vigilancia y merecen ser conservadas:

«El hermano Bernardo, Abad del Claraval, ofrece sus humildes homenajes al Papa Inocencio. A vos, Santo Padre, debemos dirigirnos cuando el reino de Dios peligra ó sufre escándalo, en lo que se refiere á la fe. Este es el privilegio de la Sede Apostólica, puesto que únicamente á Pedro se le dijo: *He rogado por vos para que vuestra fe no desfallezca*. Preciso es, pues, exigir del sucesor de San Pedro lo que seguidamente se dice: *Cuando estéis convertidos, fortaleced á vuestros hermanos*; tiempo es hoy de cumplir esta palabra, ejerciendo vuestra primacía, indicando vuestro celo y honrando vuestro pontificado.»

«En Francia existe un hombre que de antiguo doctor se ha convertido en nuevo teólogo. Después de haberse burlado en su juventud del arte de la dialéctica, se divierte hoy en publicar sus ensueños sobre las santas Escrituras, preciándose de no ignorar nada de lo que existe en el cielo y en la

»tierra. Decide todas las cuestiones sin jamás vacilar... dispuesto está siempre á raciocinar sobre todas las cosas, y aun pretende también explicar aquellas que están por cima de la razon.»

He aquí, por ejemplo, el sentido que aplica á las palabras del sabio: *«el que con ligereza cree, es un temerario.* Dice que creer con ligereza es hacer caminar la fe antes que la razón; aunque bien sabido es que el sabio no habla de la fe que debemos á Dios sino de nuestra facilidad en creer lo que al hombre se refiere.»

«Por otra parte, el Papa Gregorio enseña que la fe divina no tiene mérito cuando la razón le sugiere las bases. María es alabada porque substituyó la fe á la razón. Zacarías fué castigado por haber buscado en la razón los fundamentos de la fe. Pues nuestro nuevo teólogo habla muy distintamente... En las primeras líneas de su extravagante teología, define la fe como una opinión (*æstimatio*, una conjeture prealable), como si los misterios de nuestra fe, dependieran de la razón humana, en vez de estar apoyados, como lo están, sobre los inquebrantables fundamentos de la palabra de Dios.»

«Pues qué, ¿puede por ventura ser dudoso lo que existe de mayor verdad en el mundo! San Agustín no habla así. La fe dice, no es una conjetura ni una opinión que se forma en nosotros por elaboración de nuestra inteligencia; es una convicción

»íntima confirmada por la conciencia. Pero dejemos
»esas teorías problemáticas á los filósofos peripaté-
»ticos, que se imponen la obligación de dudar de
»todo, cuando en efecto nada saben. En cuanto á
»nosotros concretémonos á la definición del doctor
»de las naciones.»

«*La fe, dice este apóstol, es la sustancia de las
»cosas que se esperan y el fundamento de lo que no
»se ve.* Es por tanto una base, y no una opinión, ni
»tampoco una deducción de nuestros vanos pensa-
»mientos; es una verdad y no una probabilidad.»

En otra carta dirigida al Cardenal Haimérico, Canciller de la corte romana se ocupa de la misma cuestión con igual solicitud.

«He leído, dice, por mis propios ojos, lo que hasta
»ahora únicamente había oído hablar sobre los libros
»y doctrinas de Pedro Abelardo. He meditado bien
»sus expresiones y reconocido el pernicioso sen-
»tido que encierran. Este corruptor de fieles, espí-
»ritu contagioso, muy apropiado para perder las
»almas sencillas, pretende someter á su razón lo
»que no puede ser comprendido sino por medio de
»una fe viva y dócil. El verdadero creyente, cree
»sin argumentaciones, pero ese innovador, no se
»contenta con tener á Dios por garantía de sus
»creencias, sino que pretende constituir su razón
»en árbitro de todas las cosas. El Profeta, dice: *No
»perseveraréis sino creéis*; el nuevo doctor acusa

»de ligereza la fe que parte del corazón, abusando
»de las siguientes palabras de Salomón: *el que lige-
ramente cree, es un temerario.*»

«Pedro Abelardo, escribe al Papa, trabaja por
»destruir el mérito de la fe, obstinándose en que
»puede comprender la omnipotencia de Dios, con su
»sola inteligencia. Se eleva hasta el cielo, baja á los
»abismos, no hay altura ni profundidad que se exi-
»man de sus investigaciones; se considera grande
»á sus propios ojos, discutiendo sobre la fe y contra
»la fe, y ensoberbecido con su ciencia, se introduce
»en los secretos de Dios, para emitir herejías.»

«Os envío, dice al Cardenal Gregorio, los escritos
»de Pedro Abelardo con objeto de que conozcáis el
»espíritu de ese filósofo. En ellos veréis que supone
»categorías en la Trinidad como Arrio, y eleva
»el libre albedrío por cima de la gracia, como Pe-
»lagio; ¿por qué hemos de temer al soplo envene-
»nado del dragón después que supimos escapar de
»las garras del león? El segundo no llevó su rabia
»más allá de la tumba, pero el primero pretende
»legar sus malas doctrinas á los siglos futuros.»

La actividad perseverante del Abad del Claraval detuvo al doctor racionalista en el curso de sus triunfos. Pero Abelardo confiando en sus doctrinas ortodoxas y contando además con el número é influencia de sus amigos, protestó contra las acusaciones de que era objeto, anunciando públicamente

la intención de sincerarse de ellas ante un concilio general.

Esto ocurría el año 1140. Gran número de prelados y teólogos estaban citados para reunirse en la Villa de Sens en la Octava de Pentecostés. Abelardo escribió al Arzobispo de aquella diócesis anunciándole que estaba dispuesto á justificar sus doctrinas ante la asamblea convocada, rogándole eficazmente citara al Abad del Claraval con objeto de resolver por medio de una discusión pública las herejías que le imputaban. El Arzobispo, que también deseaba someter al juicio del Concilio las cuestiones controvertidas, invitó con este motivo á San Bernardo y á Abelardo para que los dos, al mismo tiempo, asistieran.

«El Arzobispo de Sens, escribía San Bernardo
»á Roma, me llama para que luche cuerpo á cuerpo
»con Abelardo; me fija el día en que ese doctor
»ante la asamblea de Obispos va á defender sus im-
»pías doctrinas contra las cuales me he atrevido á
»protestar. Me niego á asistir porque mi adversario
»es soldado aguerrido en las discusiones y opino
»que es vergonzoso someter la autoridad de la fe,
»fundada en la palabra de Dios, á las sutilezas ar-
»gumentativas de la razón humana; por este motivo
»he contestado que Abelardo no necesita más acu-
»sadores que sus propios escritos. Además, este
»asunto no es de mi incumbencia, pertenece á los

«Obispos guardadores é intérpretes de la doctrina católica.»

Sin embargo, el solo anuncio de una controversia pública entre los dos personajes más célebres de la época excitó gran interés en toda la Francia.

Se trataba, en efecto, de juzgar no solamente á dos hombres notables por su elocuencia, sino también á dos jefes de escuelas que representaban las dos opuestas tendencias de su siglo. El primero admitía el principio de autoridad divina; el segundo proclamaba la primacía de la razón humana; ambos combatían por la causa de Dios; el uno con sabiduría divina, y el otro con ciencia humana.

Esta lucha prometía un espectáculo conmovedor. El rey y los dignatarios de la corte quisieron presenciarla, y llegado el día, todo el personal más ilustre de la nación y de la Iglesia, acudió á Sens donde estaban reunidos los Prelados y Padres del Concilio.

Escuchemos lo que sobre él refiere San Bernardo: «Preciso fué ceder á los ruegos de mis amigos. Veía que todo el mundo se preparaba á esta conferencia como si se tratara de un espectáculo; temían que mi ausencia desanimara á los débiles y que el error triunfara; me trasladé, pues, á Sens con lágrimas en los ojos y amargura en el corazón, sin más preparación que la que recomienda el Evangelio: *No meditéis lo que habéis de respon-*

«der; os será dado en el momento preciso; el Señor es mi apoyo; no temeré á los hombres.»

Estas fueron, dice un cronista, las únicas armas del nuevo David cuando entró en combate contra Abelardo; otro Goliath con poderosa armadura de ciencia humana.

Los dos atletas presentáronse reunidos ante la augusta asamblea, y sobre ellos se concentraron todas las miradas. Presentáronse las obras, los puntos capitales de la acusación se enumeraron, y en profundo silencio se esperaba la defensa de Abelardo, cuando con gran sorpresa se vió que al querer hablar no podía articular palabra, quedando sin movimiento á la vista de San Bernardo.

El servidor de Dios no quiso aprovechar tan ventajosa situación; rehusó confundir á un adversario que estaba ya vencido, y concretándose á señalar los principales errores que constaban en los escritos de Abelardo, le dejó en libertad para retractarse ó defenderse de sus doctrinas; pero el filósofo permaneció en silencio, declarando al fin del Concilio que se sometía á la deliberación del Papa.

Este desenlace inesperado conmovió extraordinariamente á los circunstantes. El juicio de Dios dictaba por sí mismo la sentencia, y no obstante la apelación á Roma, la condenación de Abelardo fué inmediatamente pronunciada. «Vé, exclama San

»Bernardo, como David, ví al impío elevarse por
»cima de los cedros del Líbano, pero al pasar ya no
»existía.»

Este triunfo, lejos de enorgullecer al humilde monje del Claraval, hacía por el contrario que se lamentara de las miserias humanas; y en una carta dirigida al Papa, que quisiéramos copiar íntegra, se expresa en los siguientes términos:

»Necesario es que el escándalo llegue; pero preciso es convenir que es una triste necesidad; el
»Profeta exclama: *¿Quién me dará alas de paloma para volar á un lugar tranquilo?* Salir de este
»mundo es mi deseo, ¡tan afligido estoy! ¡Insensato
»de mí! Esperaba algún reposo después que el león
»se hubiese calmado y que la Iglesia hubiera reconquistado la paz. De paz goza ahora, pero yo
»no la disfruto.

»No olvido nunca que habito en un valle de lágrimas, tierra ingrata cubierta de abrojos y espinas que renacen á medida que se extinguen. ¡Ay de
»mí! la caridad se entibia pero la iniquidad aumenta.»

Las actas del Concilio fueron trasmitidas á Roma. El Papa Inocencio, después de haber examinado las proposiciones heterodoxas, confirmó la sentencia, imponiendo silencio eterno al autor.

Abelardo se encontraba entre dos vías contrarias; la una conduce á la vida, la otra á la

muerte. Podía por sumisión á la autoridad de la Iglesia eternizar su nombre en el libro de la vida; pero también con orgullo indómito podía seguir aquellos espíritus soberbios que en su elevación como en su decadencia imitan la antigua rebeldía del príncipe de las tinieblas. La gracia conmovió el corazón de Abelardo; la humillación abrió en aquel corazón enfermizo profunda herida; un nuevo sentimiento, emoción parecida al terror, se apoderó de aquel espíritu gigantesco, y á las profundidades de su alma bajó el rayo victorioso de la verdadera luz.

Abelardo publicó una retractación cuyos fragmentos dicen así: «A todos los hijos de la Santa Iglesia, Pedro Abelardo el más pequeño de todos.

«Máxima común es que las mejores cosas pueden ser pervertidas, y como dice San Jerónimo, escribir muchos libros es merecer muchas censuras. «Comparando mis obras á las de los demás considero las mías poco numerosas. No he podido, sin embargo, evitar la censura aunque no encuentren en mis libros faltas que no pretendo disculpar si en ellos existen. Quizás me equivoqué al tratar de algunas materias; pero á Dios pongo por testigo que nada dije por malicia ni por perversidad voluntaria. Mucho hablé en distintas escuelas públicas, pero nunca lo hice con intención torcida. Si en la multitud de mis conferencias indiqué conceptos atrevidos, escrito está que el que mucho

«habla muchos errores comete; el deseo de defenderme obstinadamente no me arrastró nunca á la herejía; siempre estuve dispuesto, cumpliendo con mi deber, á modificar lo que estaba mal dicho. Estos son los sentimientos que jamás negaré.»

Este acto fué el primer paso de una retractación más completa. Abelardo pensaba trasladarse á Roma y arrojarle á los pies del Soberano Pontífice cuando dócil á la inspiración divina quiso abrir su conciencia á Pedro el Venerable, el sabio Abad de Cluni. Su corazón amó el lugar que le comunicaba la paz; pidió allí un asilo, y fatigado con tantas discusiones, hastiado de los aplausos que habían exaltado su orgullo, apartó la vista de las cosas fugitivas de la tierra para elevarla como San Pablo al cielo. Pedro de Cluni, cuya caridad tierna y solícita había preparado esta feliz conversión, condujo á Abelardo al lado de San Bernardo, poniendo el sello de su intervención evangélica con la reconciliación de aquellos dos grandes hombres que desde entonces se profesaron recíproco afecto y estimación. Abelardo saboreando la dulce paz que la religión le comunicaba vivió dos años más, durante los cuales dice el cronista de Cluni, todo parecía divino en él: su espíritu, discursos y acciones. La muerte lo encontró preparado, gracia debida á una continua y saludable penitencia; y la humildad sola, la humildad siempre victoriosa en los com-

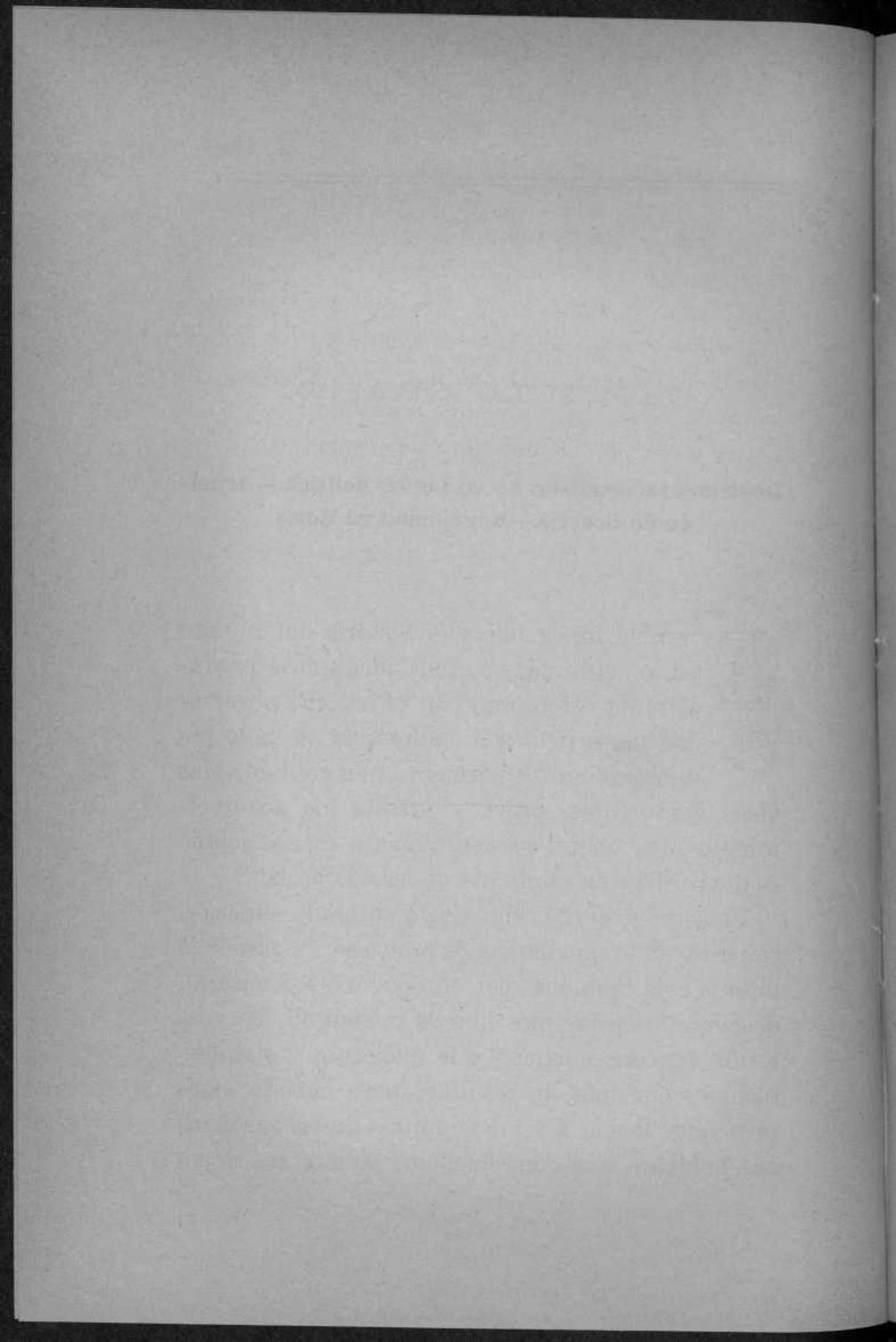
bates de esta vida, siempre eficaz para curar las llagas del corazón, le purificaron de los males que la soberbia le había ocasionado. Copiamos aquí las últimas palabras que escribió á Eloisa; dignas son de ser conocidas:

«Víctima habéis sido de mi amor, sedlo también de mi arrepentimiento: cumplid fielmente lo que Dios quiere de vos. A su grandeza conviene que el hombre reconozca su propia miseria. Lamentemos la nuestra, al pie de los altares.»

«De nosotros espera, para poner fin á nuestros males, que le consagremos nuestros corazones, contritos y humillados; que nuestro arrepentimiento sea tan público como lo fueron nuestras faltas. ¡Triste ejemplo somos de las imprudencias de la juventud! Demostremos á nuestro siglo y á la posteridad después, que el arrepentimiento de nuestras faltas mereció el perdón de Dios, y hagamos que el mundo admire en nosotros las maravillas de la gracia Divina, única que ha podido triunfar sobre la tiranía de nuestras pasiones; no os desaniméis si aún latén en vuestro corazón sentimientos de ternura; ejercicio heroico de virtud es el combatirlos y vencerlos, y la experiencia de vuestras propias debilidades os enseñarán á soportar mejor las flaquezas de los demás.»

«Si pervertí vuestro espíritu, comprometí vuestra salvación y mancillé vuestro honor, perdonad-

»me Eloisa y acordáos de la misericordia evangé-
»lica para olvidar el mal que os hice. La providencia
»quiere salvarnos, no lo evitemos, no me escribáis
»más. En cualquier lugar que muera ordenaré que
»mi cuerpo sea conducido al Paraceto; oraciones y
»no lágrimas necesitaré entonces. Volveréis á ver-
»me sí, pero para fortalecer vuestra piedad; y mi
»cadáver más elocuente que mis palabras, os mos-
»trará lo que es amar cuando se ama á un hombre
»en el mundo.»



CAPÍTULO CUARTO

Doctrinas racionalistas aplicadas á la política.—Arnoldo de Brescia.—Revolución en Roma.

s verdad innegable, y la historia del mundo así lo confirma, que toda idea nueva produce tarde ó temprano su efecto. El observador que se dedica á contemplar su siglo penetrando en los gérmenes que contienen las ideas dominantes, prevé y predice los acontecimientos que en un porvenir más ó menos lejano se desarrollan en el círculo de la vida social.

Estas previsiones, elevadas á su grado superior, constituyen lo que llamamos profecías. Inspirada la inteligencia humana por un poder sobrenatural, descubre los principios que se inician en los misterios, las consecuencias que encierran y manifestaciones que han de resultar; pero cuando estos principios llegan á ser del dominio de las enseñanzas públicas, sus consecuencias inherentes dejan

de ser un misterio, y la razón ayudada por severa lógica, señala los resultados inmediatos y las consecuencias lejanas que han de producir. San Bernardo, dotado del don profético y de la previsión humana, fué el primero en protestar contra las doctrinas de Abelardo y predecir, con una seguridad que parecía exagerada, las herejías y alteraciones que habían de producir en los siglos futuros.

Varios contemporáneos le han reprochado estos rigores; los siglos modernos, y muy principalmente el nuestro, le acusan de haber usado contra Abelardo un ensañamiento poco digno de almas nobles y santas, pero la historia le justifica. Por otra parte, este es el destino de los hombres que velan desde lo alto de la montaña: ser calumniados por aquellos que tranquilamente reposan en la sombra.

A las nuevas doctrinas siguieron las revoluciones del siglo xii. La sentencia contra Abelardo acababa de ser pronunciada, y ya sus discípulos, más audaces que el maestro, introducían en los asuntos políticos el mismo sistema de libre examen producto de su filosofía, que anteriormente habían aplicado á las cuestiones religiosas. El racionalismo teórico y práctico ofrecía á los espíritus inquietos poderoso incentivo; los principios fundamentales de la ciencia eran discutidos, y al mismo tiempo que el espíritu de independendencia se sublevaba contra la autoridad de la Iglesia, se rebelaba también contra

el orden político, amenazando destruir las bases sociales.

En Roma, alrededor del trono más poderoso del mundo, fué donde primeramente se agitaron las nuevas doctrinas. Hombres influyentes reclamaban para la razón el derecho de hacer en política lo que se había hecho ya en religión, y excitando las pasiones febriles de la multitud, predicaban la libertad con menoscabo del principio de autoridad.

Este espíritu de indiferencia desde Roma se propagó al resto de Italia y la mayor parte de los pueblos de Alemania y varias provincias de Francia. En los designios de la Providencia entraba, sin duda alguna un movimiento de renovación que partiendo de un mismo impulso se desarrollara bajo la influencia de un curso lento y regulador, pero empujado más allá de sus límites y separado de los principios inmutables de orden y estabilidad, desvióse de su fin abortando antes de nacer.

La era de libertad política había comenzado; no podía ni debía ser restringida; la Iglesia, esa sabia tutora de los pueblos, tenía la misión de dirigir el movimiento y contenerlo en prudentes límites. Las grandes comunidades se declaraban libres, el clero seguía también su emancipación cuando se indicaba en las jerarquías eclesiásticas y bajo la influencia del espíritu cristiano; oponiéndose, por el contrario, cuando las pasiones impacientes por

la lentitud de la Providencia pretendían adelantarse á la marcha de los pueblos exigiendo los nuevos derechos por medios violentos y rebeldes.

Las circunstancias eran críticas y en extremo graves. Se trataba de conservar la unidad de la Iglesia dentro de diversas constituciones políticas y organizar la libertad sin desprestigio de la autoridad. Este era el problema que dominaba en el siglo, tanto en teoría como en práctica, y que los acontecimientos iban á encargarse de resolver.

La Francia y una gran parte de Europa ofrecían el curioso espectáculo de que las grandes comunidades, separándose del yugo de los poderosos poderes feudales, pretendiesen gobernarse por ellas mismas y constituirse en pequeñas repúblicas, semejantes á las de Italia, estableciendo una libertad sin trabas en su vida civil y política. La mayoría de estas comunidades eran ordinariamente cofradías ó asociaciones formadas bajo una bandera religiosa por medio de la cual se comprometían, con juramento, á reclamar sus privilegios y defender sus derechos. Estos eran otorgados ó confirmados por los obispos y aplicados en un principio exclusivamente á los grandes pueblos, poco á poco se extendieron hasta las más pequeñas villas. Este fué en su principio el movimiento regulador de la libertad; pero principalmente en Roma este

movimiento sufrió una notable desviación, resultando de él la anarquía.

Las guerras de Italia, las cuestiones sobre el Papado y el Imperio, el cisma que aun después de haber sido extinguido tenía partidarios, todos aquellos elementos de discordia encontrábanse en plena efervescencia, pretendiendo cada una de las teorías imponerse á las demás como doctrina positiva. Las cuestiones políticas, diferidas más de una vez por la suerte de las armas, habían quedado especulativamente indecisas, teniendo terrible desenlace, cuando la razón humana se encargó de resolverlas.

Arnoldo de Brescia, celoso por el sistema de Abelardo, propagó en el siglo XII el racionalismo político, cuyas doctrinas volvieron á agitar al mundo en el siglo XVI engendrando el protestantismo y proclamarlo después en el siglo XVIII y XIX con el nombre de liberalismo, comunismo ó socialismo. El espíritu de independencia opuesto á toda clase de jerarquías, produce siempre y en todas partes los mismos fenómenos, en filosofía como en religión y política. Identidad existe entre el derecho que la razón humana se irroga para discutir, primero los principios de la ciencia y de la fe, y los principios del orden social y político después. La protesta contra la autoridad se encuentra en el fondo de toda doctrina subversiva, como en esa espe-

cie de sabor que despiden los diversos venenos que produce la naturaleza.

La historia moderna quizás ha enaltecido demasiado á Arnolde, pero siempre será considerado como un personaje notable en el desarrollo del movimiento filosófico comenzado por Abelardo.

Arnolde fué un monje cuyos antecedentes se ignoran; de espíritu entusiasta y temerario; imaginación febril y voluntad activa y extremadamente orgulloso bajo un exterior austero. Los vicios que observaba en su siglo agriaron su carácter; la sentencia condenatoria de su maestro, extraviaron su celo; el rencor, el espíritu de oposición y la pasión inflamaron su elocuencia. Nuevo Oza pretendía sostener con su débil mano el edificio de la Iglesia, porque como dice la Escritura: *Los bueyes que conducían el arca santa la hacían vacilar*. No se conformó con lamentar el desorden, se impuso la obligación también de perseguirlo y exterminarlo y sin calcular las consecuencias de sus provocaciones, excitaba á los pueblos á la codicia, al poder y á las riquezas. Semejante á aquellos imprudentes obreros cuyo celo el Salvador censura, arrancaba el buen grano á la vez que la cizaña; y con el fin de corregir abusos, atacaba las más santas instituciones.

Su pensamiento sutil y seductor en la forma, pero exento de sentido en el fondo, aspiraba á que la

Iglesia retrocediera á su primitivo estado, es decir, á las condiciones y proporciones de su origen; su objeto principal era destruir lo que tantos siglos habían fundado, reconstituir la obra de los apóstoles, y volver á fundar la sociedad cristiana sobre sus primitivas bases; en una palabra, ignorancia crasa sobre las leyes del progreso y los hechos consumados; é intentando, por decirlo así, que el árbol entrara en su propio germen, predicaba una reforma disciplinaria cuya tendencia era que la Iglesia retrocediese á los tiempos de su infancia. Esta tentativa tuvo la suerte de toda revolución anacrónica; no tuvo éxito pero produjo lamentables desastres.

Arnoldo predicó primero en su patria; pidió que se redujese al clero á la mayor pobreza, que los Obispos no poseyesen bienes y que hasta el Papa renunciase á sus dominios y soberanía temporal. El primer efecto de estas locas teorías fué una sublevación del pueblo de Brescia contra el Obispo de la provincia, sublevación que obligó al mismo Arnoldo á huir de su patria.

Refugiado en Roma encontró allí círculo más amplio para propagar sus ideas; predicó contra el lujo, los vicios del clero, el poder temporal del Papa, la codicia de los grandes y de los ricos, á los cuales atribuía la esclavitud del pueblo. En elocuentes discursos el fogoso apóstol, invocaba á la vez las máximas de Tite Live, y San Pablo, y los

nombres de Caton, Flavio y Padres de la Iglesia. Recordaba á los romanos su antigua libertad, los esplendores de la república y dignidades de la antigua Roma, olvidando que esas dignidades únicamente las disfrutaron durante el paganismo, un pequeño número de patricios, viéndose la multitud desheredada de toda clase de privilegios y que los esclavos que poblaban la república no sólo no eran considerados como ciudadanos pero ni como hombres.

Con tanto adular á los codiciosos, su auditorio aumentó extraordinariamente. Llamado por orden del Papa vióse obligado, para evitar el castigo, de abandonar á Italia; y esparciendo por todas partes las funestas semillas de sus doctrinas, atravesó la Francia y Suiza para establecerse en Zurich donde permaneció algún tiempo.

Tranquilo vivía el Episcopado respecto á las ultteriores tentativas de Arnolde, cuando un hombre desde el fondo de su soledad dió la voz de alerta á los centinelas de la Iglesia; este hombre llamábase Bernardo.

«¿Ignoráis, escribía al Obispo de Constanza, que
»el ladrón ha entrado á media noche en la casa del
»Señor cuyo guardador sois vos? ¿será posible que
»ignoréis lo que pasa en vuestra propia casa cuando el ruido ha llegado ya á la nuestra, tan alejada
»del mundo? ¿sabéis de quién hablo?

»Desearía que la predicación de Arnolde fuera

»tan sana como es austera su vida. Es un hombre,
»que según dicen, ni come, ni bebe, no le preocupa
»otra cosa, como al demonio, que posesionarse de
»las almas. Pertenece al número de gentes de quien
»dice el apóstol que *tienen el exterior de la piedad*
»*sin poseer el espíritu*; de esos de quienes el Señor
»dice, *vendrán cubiertos con piel de oveja lobos de-*
»*voradores*.

»En todas partes donde ha vivido ha dejado hue-
»llas tan tremendas que no se ha atrevido á reapar-
»recer; su patria agitada con su presencia, le ex-
»pulsó..., desterrado de Francia enseña en vuestro
»país los errores de Abelardo con una obstinación
»que sobrepaja á la de su maestro... ¡Ay de mí! si
»la Escritura ordena que *se prendan á los pequeños*
»*zorros que destruyen la viña del Señor*, con mayor
»razón deberían atar y encadenar al lobo cruel que
»pretende devorar el rebaño de Jesucristo.»

El respeto que inspiraba la autoridad del Abad del Claraval, hizo que las predicaciones se interrumpieran en Zurich, pero el innovador amenazado en Suiza, encontró asilo cerca del delegado del Papa, el que también había pertenecido al auditorio de Abelardo. San Bernardo fué el que por sus enérgicas advertencias, volvió á inquietarle en su nuevo asilo, dirigiéndose al Delegado apostólico.

«Arnoldo de Brescia, le escribe, tiene una conversación dulce y seductora pero su doctrina es

»venenosa. Tiene cabeza de paloma y cola de escorpión; criatura monstruosa que la villa de Brescia ha producido, ó mejor dicho vomitado, que Roma y Francia rechazó, y Alemania é Italia no quieren recibir, y á este hombre es al que se dice le dáis asilo. Cuidad, os ruego, que vuestra protección no le anime á propagar más el daño... pues qué ¿no véis sus lamentables huellas por los lugares que atravesó? ¿creéis que sin motivo la Santa Sede le obliga á huir á través de los Alpes? Proteger á un hombre de esta condición es ser infiel al Papa, ó mejor dicho á Dios mismo.»

La vigilancia de San Bernardo perseguía por todas partes á Arnolfo; pero mientras que el innovador se sustraía á la sentencia pronunciada contra él, sus doctrinas repetidas por numerosos partidarios, resonaban en todas partes produciendo, muy especialmente en Roma, una efervescencia siempre en aumento.

Los pueblos de Roma y de Tívoli estaban en continua guerra; su recíproca odiosidad aumentó tanto en los combates, que el Soberano Pontífice, después de haber vencido á los habitantes de Tívoli, tuvo que defenderlos del furor de los romanos. Su intervención evitó una matanza general y que la población fuese entregada al saqueo y el pillaje.

La clemencia del Papa irritó á los romanos. A una señal dada los descontentos se precipitaron so-

bre el viejo Capitolio, deslumbrados siempre con la aspiración del paganismo; aquellos pueblos insensatos formaron una liga para resucitar la antigua república, apresurándose á constituir un Senado, que ya en tiempos de Carlo Magno no existía.

Esta extraña revolución no se llevó á cabo sin efusión de sangre. El pueblo que se enardece con el triunfo y es indómito en el desbordamiento, mancilló los primeros actos de su emancipación con el asesinato y el pillaje; varios edificios fueron saqueados, y el delirio engendró el crimen, hiriendo á varios prelados y asesinando á un Cardenal.

Inocencio II, avanzado en edad y fatigado con un pontificado tan laborioso, únicamente opuso medios de conciliación á las exigencias populares. Abrumado por tantos disgustos, sus males aumentaron con las calamidades públicas, muriendo el 22 de Septiembre de 1143.

Desde el siguiente día Celestino II fué elevado á la silla apostólica, el que también murió pocos días después de su elevación, y Lucio II, su sucesor, sólo subió al trono de San Pedro para pagar con su vida el celo que desplegó contra los excesos de un pueblo extraviado.

Estos terribles acontecimientos aumentaron la solicitud de San Bernardo y redoblaron su energía consagrada á las necesidades de la Iglesia. Veía en Arnolfo de Brescia el promotor de aquellos males,

y pedía que se le encerrara para que no pudiera avivar la llama que ya había atizado.

Arnoldo se trasladó furtivamente á Roma, y presentándose de repente al pueblo de quien era el ídolo, reanimó con su vehemente palabra las pasiones codiciosas, poniendo por obra todo el plan preconcebido. Renovó las antiguas formas gubernamentales; nombres antiguos, dignidades, magistraturas, fiestas republicanas parodiando cuanto le fué posible las instituciones paganas de la vieja Roma, y llevando la extravagancia de sus ilusiones hasta la puerilidad, emprendió la reconstrucción del Capitolio como si el prestigio de esta ilustre ruina pudiera resucitar el valor del antiguo pueblo romano.

La presencia de Arnoldo imprimió á estas agitaciones una febril energía: su principal intento era destruir la soberanía temporal de la Santa Sede. Pero esta soberanía auxiliar del poder espiritual, era un hecho con demasiada vitalidad, adherido á las costumbres, necesidades é intereses de las instituciones todas del orden social del cristianismo, para que pudiera ser seriamente atacada, y monstruosa tentativa era además hacer la guerra contra el doble cetro que equilibraba á los príncipes y á los pueblos, contribuyendo todos unidos á la unidad religiosa y política, dirigiendo la marcha de la civilización. Pero este sacrílego atentado, como los demás, no se exime nunca de la visible reprobación

de Dios que castiga con la impotencia todo lo que se inclina á comprometer la majestad de la silla de San Pedro.

La revolución romana opuesta á los designios providenciales, no pudo tener ni duración ni solidaridad, y como sucede siempre, los que la fomentaron fueron sus primeras víctimas. El pueblo también se cansó del desbordamiento de la ciudad eterna y de sepultar en los mismos escombros las cosas sagradas y profanas. El genio destructor cede al mismo tiempo que la fiebre que produce un entusiasmo ficticio, y sin esperar la llegada de Conrado, que sucedió al emperador Lothaire, abrieron las puertas de Roma al soberano Pontífice.

Desde el año 1145 esta breve pero sangrienta revolución habíase apaciguado; las causas de su origen continuaban, sin embargo, propagándose; las subversivas teorías no habían desencantado más que á aquellos que habían experimentado sus prácticos resultados, pero los espíritus inquietos seguían reuniéndose, considerándolas como los dictámenes más sanos de la razón.

Arnoldo de Brescia, retirado en Toscana, lejos de abandonar sus proyectos los seguía con mayor tenacidad, tomando tan solo las precauciones necesarias para defender su existencia. Hasta diez años después de las sediciones de Italia, año 1155, el emperador de Alemania no ordenó que le

prendiesen y condujesen á Roma. Condenado á perecer en una hoguera sufrió su castigo ante la multitud, la que después de haberle exaltado como á un héroe, lo desdeñó como á un insensato, aplaudiendo el castigo.

CAPÍTULO QUINTO

Libro de la consideración.—Ideas generales sobre la filosofía y teología mística de San Bernardo.

San Bernardo en el libro llamado *La Consideración* como en sus demás escritos, considera simultáneamente y nunca la una sin la otra, la vía activa y la vía contemplativa; la fe y las obras; el amor y sus efectos; la caridad y sus prodigios. El objeto principal de sus enseñanzas, es el mismo que se desprende de la práctica de su vida: unión con Dios por medio de la contemplación y el amor; unión con los hombres por la acción y la caridad. En las instrucciones que dirige á Eugenio, Pontífice que entonces reinaba y había pertenecido á sus monjes del Claraval, después de explicar la influencia que el Pontífice debe ejercer respecto á las cosas de este mundo, lo trasladada al mundo invisible de los ideales divinos, para explicarle la ciencia que se adquiere, por el

acto visual de un corazón puro que contempla la Verdad en sí misma. Aquí el Santo Doctor, con vuelo audaz, se eleva y asienta de algún modo en las regiones celestes. Considera primero á los ángeles; explica sus nombres, diversas jerarquías, prerrogativas y funciones augustas, y abordando después los más eminentes puntos de la teología, contempla la majestad divina é inefables perfecciones de Dios, desarrollando el dogma, tan fecundo en aplicaciones, de la unión del Verbo Divino con la naturaleza humana.

San Bernardo, como todos los escritores ascéticos funda la ciencia en el amor, iniciando al hombre en los misterios de las eternas verdades, por medio de la pureza del corazón y la práctica de las virtudes con preferencia á la argumentación humana.

«Las cosas que están por cima de nosotros, dice, no pueden ser explicadas por la palabra; necesitan ser reveladas por el espíritu, y para conseguirlo preciso es que la contemplación averigüe, la oración suplique, y la santidad obtenga lo que la palabra no puede expresar.

»Bien aventurados los puros de corazón porque ellos verán á Dios.»

Dios es la verdad misma. Para contemplar la verdad en el seno de su misterioso abismo, preciso es empezar por purificar el corazón separándolo de

los intersticios que se interponen entre él y la verdad; las sombras que envuelven su mirada, y la divina luz que la ilumina.

En estos caracteres profundamente cristianos se reconoce la escuela de filosofía práctica á la cual pertenecía San Bernardo como Hugues y Ricardo de Saint-Victor; escuela que desdeñando especulaciones abstractas, establece la ciencia, en armonía con las necesidades verdaderas é íntimas del alma.

En las obras del Santo ciertamente que no encontramos un conjunto de doctrinas científicas, pero todas ellas contienen datos fecundos, y perspectivas luminosas, que dan luz al vasto campo de la filosofía.

Partiendo del amor divino como hogar, de donde procede la ciencia, establece que la pureza del alma, condición necesaria para comprender la ciencia que es pura, está en armonía con el amor á las cosas divinas, como la impureza del alma, causa del error y la obscuridad, lo está con el amor á las cosas terrenas. El aumento de amor, en proporción á los diversos grados de purificación, acerca al hombre á Dios; preciso es que el alma progrese en virtud para que el amor divino la dilate y extienda el poder de su mirada.

Entonces amará y contemplará: contemplará lo que ama y amará lo que contempla; y estos dos

actos, el de la voluntad que ama y el de la inteligencia que contempla, se confundirán en uno solo para unir al hombre con su Dios en la eternidad.

El hombre es hombre porque ama y comprende; el que ama con mayor pureza comprende mejor; y para conocer bien el objeto eterno de amor, preciso es estar purificado para sentir en sí mismo la acción de Dios. Este sentimiento, semejante es á la aurora de un sol espiritual que nace en el alma, haciéndola presentir las sublimes realidades de un mundo invisible; momento solemne é indefinible para el cual no existen expresiones que puedan explicarlo. «Cuando mi alma lo sienta, decía »humildemente San Bernardo, no podré jamás hablar de ello. No es la lengua, sino la unción de la »gracia la que enseña estas cosas. Ocultas están á »los grandes y ricos del siglo; Dios únicamente las »revela á los pequeños.»

La prueba, no obstante, más sensible y segura de estas expansiones, es la fuerza interna que arrastra á la práctica del bien, y cierta intuición sobre el conocimiento de nosotros mismos, condición muy principal que se necesita para elevarse á una ciencia superior. San Bernardo trata de averiguar este misterio en su propia experiencia. «¿Me preguntáis cómo pude conocer que el Verbo estaba »cerca de mí?... ¿Queréis saberlo? Desde el momento mismo que entró en mi alma la despertó de

»su letargo; conmovió, enterneció é hirió mi corazón, que es de piedra y está enfermo. Empezó por arrancar y destruir, edificar y sembrar, iluminar mis tinieblas y abrasar mi corazón que era de hielo... Penetrando en mis profundidades sentí su contacto por la emoción de mi corazón; y conocí la eficacia de su presencia por la enmienda de mis vicios, moderación de mis pasiones carnales, corrección de mis faltas, renovación de mi vida y un sentimiento general que me hacía constantemente admirar sus perfecciones.»

El alma que aspira á esta luz divina, debe primeramente, y por todos los medios posibles, aplicarse á agradar á Aquel que es el centro de todo bien. Preciso es que por mucho tiempo viva de una fe oscura, pero desarrollándose ésta poco á poco, se expresará en obras generosas. Recogida en sí misma y atrayendo á su centro más íntimo por los deseos todos de su corazón el rayo divino, gradualmente se iluminará y transfigurará, resplandeciendo delante de Dios con el calor ardiente de la caridad. «A esta altura, dice San Bernardo, necesario será que el alma se manifieste al exterior como llama que jamás se extingue... El cuerpo, imagen del alma, participa también de esa luz que refleja y brilla en sus acciones, palabras, miradas y continente... La belleza visible de la virtud es signo de nubilidad en el alma, que la hace dig-

«na de la unión espiritual con el Verbo Divino.»

Esta unión, este divino enlace es el punto donde San Bernardo dirige el objeto de todas sus enseñanzas. La unión íntima del alma con Dios, es el fin principal de la teología mística. Comienza y se perfecciona en esta vida para consumarse después en la eternidad. El Santo Doctor repite multitud de veces esta misma idea, y considerándola en todas sus fases, se dedica á separar lo que puede empañarla, demostrando la posibilidad de esta unión. «Que no se crea, dice, que la desigualdad »la hace defectuosa ó impide su realización. El »amor llena el vacío, colma el abismo y forma un »lazo indisoluble, haciendo perfecto el enlace espiritual.»

Explica este misterio y descorre el velo de su gloriosa prerrogativa. «Amor santo y casto es, suave, »enérgico, íntimo y ardiente, que de dos hace uno, »según testimonio de San Pablo. *El que se adhiere »á Dios no forma más que un solo espíritu en Él...* »Dichosa el alma que se une por medio de este sagrado lazo. ¿Cómo la esposa del amor no había de »amar al esposo? ¿Cómo el Amor, que es el Esposo, dejaría de ser amado por la esposa?»

Explicado el modo, las condiciones y el objeto de esta sublime unión, San Bernardo trata otro punto no menos delicado. Admite como todos los ascéticos la transformación del hombre en Dios; y

separando cuidadosamente toda identificación panteística, distingue con precisión y sencillez dos sustancias: la sustancia creada y la sustancia increada, que no pueden confundirse, evitando así el escollo contra el cual tantos filósofos han zozobrado. El sermón LXXI del *Cántico de los Cánticos* contiene sobre este punto fundamentales enseñanzas: «La unión del hombre con Dios consiste en la conformidad de la voluntad y no en la confusión de las naturalezas. Entre las tres personas divinas existen unidad de esencia y sustancia; entre el alma y Dios únicamente unidad de afecto y sentimiento.»

Esta misma verdad repite en otros escritos en forma más didáctica: «Dios, dice para precaver las objeciones del panteísmo, es el sér de todas las cosas, pero las cosas no son lo mismo que él; de él son, en él y por él. El que crea las cosas esencia es de esas mismas cosas, pero de tal manera es el sér de los séres, que siendo el principio no es la materia.»

San Bernardo en sus discusiones con Abelardo y Gilbert de la Porrée, insiste sobre la necesidad de explicar con rigurosa exactitud el sagrado dogma de la Trinidad; á semejanza de la mayoría de los Doctores de la Iglesia considera este dogma como principio, base y defensa de la ciencia cristiana.

Tres personas distintas en *Una* sola completan la idea de la Divinidad. Como dice la Escritura, Dios puede ser considerado como Sér, luz y amor. Como Sér, el Padre es el abismo absoluto é infinito de todo sér; el Hijo, la manifestación infinita y absoluta del sér; el Espíritu Santo, la vida absoluta é infinita del sér. Considerado como luz, el padre es el objeto eternamente conocido; el hijo es el sujeto eternamente conocido también, y el Espíritu Santo es la relación viva y eterna entre el objeto y el sujeto. Por último, el Padre considerado como *amor* ama eternamente; el Hijo es el término eternamente amado que desde la eternidad responde á este amor, y el Espíritu Santo es la relación sustancial entre el Padre y el Hijo; el amor procediendo eternamente del uno y del otro.

Residiendo la plenitud de Dios en el dogma de la Trinidad, si podemos expresarnos así, por esa misma plenitud queda excluída la *necesidad* de la creación para complemento de la Divinidad, como también toda confusión sutil entre lo finito y lo infinito. Fuera de la ortodoxia de esta doctrina, los filósofos no distinguen la creación de la sustancia increada; resultando de aquí los antiguos y modernos errores del dualismo, panteísmo y politeísmo.

San Bernardo, apoyado en estas verdades primordiales, no teme profundizar todo lo que tiene relación con el origen de las cosas creadas. Repro-

duce y desarrolla los pensamientos de San Agustín admitiendo, como él y los más eminentes teólogos, la preexistencia de la criatura en la Sabiduría Divina.

«¿A quién atribuir la razón de ser, dice San Agustín, sino á la misma sabiduría del Creador? Fuera de él no podía contemplar ningún modelo para la creación. Además nada existe en la inteligencia divina que no sea eterno é inmutable. Lo que Platón llama *ideas* al principio de las cosas, no pueden ser solamente ideas; su sér, infaliblemente es sér, verdad».

Orígenes enseñaba «que la razón de las cosas existía en la Sabiduría por quien todo fué creado, sacando en consecuencia que allí también existió un mundo más hermoso, más adornado, más grande que el mundo presente.»

Esta es también exactamente la doctrina de San Bernardo; el prototipo de las cosas de la tierra, según él, se encuentran en el cielo, y desde allí contempla, de un modo más sublime que Platón, los ideales celestes que preexisten en la sabiduría de Dios.

«La criatura en el cielo, dice, contempla todas las cosas en el Verbo. Ve el Verbo, y en el Verbo lo que ha sido hecho por el Verbo; necesidad no tiene de pedir á las criaturas terrestres el conocimiento del Creador, ni preciso le es bajar entre

«ellas para conocerlo, porque lo contempla en
«un lugar donde se hacen superiores á ellas
«mismas.»

Bernardo llama predestinación á la preexistencia de esas ideas. «La predestinación, dice, no empezó en el origen de la Iglesia, ni comenzó tampoco en la creación del mundo; delante fué de todos los tiempos...»

San Bernardo, consideraba al hombre en cuanto al mundo divino se refiere y al mundo terrestre también; entre estos dos mundos admitía necesarias comunicaciones, y en este sentido decía «que las mismas cosas que están en nosotros por la «sutileza de la naturaleza espiritual, están también «encima por la sublimidad de su ser».

A la idea de la creación une la idea de la Encarnación de Jesucristo; ambas las explica por el amor, siendo su objeto la unión íntima de la criatura con el Verbo.

Los misteriosos símbolos del *Cántico de los Cánticos*, tienen su origen en estas ideas y ellos expresan los diversos grados por medio de los cuales el alma, abrasada y transfigurada por Jesucristo, en algún tanto se *deifica* con Él. San Bernardo desarrolla estos magníficos temas buscando su analogía en ejemplos naturales para deducir de ellos la doctrina de santificación.

«Así como una pequeña gota de agua, dice, arro-

»jada en un vaso lleno de vino deja de ser lo que
»era, tomando el color y el sabor del vino; el hierro
»enardecido por el fuego se inflama y participa de
»sus propiedades, perdiendo su forma anterior, y la
»luz del sol, al penetrar en el aire de algún modo,
»lo transforma apareciendo á nuestra vista ilumi-
»nado del mismo modo; preciso es que toda afec-
»ción carnal se purifique, deje de ser lo que era, se
»transfigure de un modo infalible y totalmente se
»abisme en la voluntad de Dios...

»La sustancia humana subsistirá siempre, pero
»con otra forma, otra gloria y otro poder.»

La redención de la humanidad llevada á cabo por la Encarnación del Hijo de Dios, supone una culpa anterior; misterio que agita el problema del origen del mal en su coexistencia con el soberano Bien, propagación por el mundo, y hasta el modo de transmitirse también. San Bernardo, sin tratar especialmente estas arduas cuestiones, las indica, sin embargo, en varios de sus escritos.

En su libro *La gracia y el libre albedrío* establece que el mal en su raíz como en los actos en que se reproduce y perpetúa proviene siempre de la libertad del sér creado; y esta verdad enseñada tan enérgicamente por el Santo Doctor, supone á sus ojos que la persistencia del demonio en el mal es efecto de su propia voluntad siempre perversa.

«No es, dice, una fuerza extraña y violenta la que hace que el demonio se fije en el mal sin inclinarse nunca al bien, sino una obstinación voluntaria y una voluntad obstinada.»

La naturaleza del mal difícilmente puede definirse, puesto que, según San Bernardo y San Agustín, el mal por sí solo no tiene sustancia propia. Si el mal fuera una sustancia, ésta sería buena... «Lo que es malo, dice también el Santo Obispo de Hippone, es la disminución y la privación del bien.»

Otra cuestión misteriosa y que procede también de las anteriores es la trasmisión del mal á través de las generaciones humanas. San Bernardo emite sobre esto opiniones positivas. El pecado se nos comunica por la generación carnal, y la gracia por la generación espiritual que Jesucristo por medio de su cruz y muerte nos comunica.

En otro opúsculo explica también este pensamiento. «Se comprende, dice, que todos hayamos contraído el pecado de Adán, puesto que en él estábamos cuando pecó, y de su carne nacimos en la *concupiscencia de la carne*. Pero la naturaleza recibida de Dios según el espíritu nos es más íntima que la de Adán, porque á Jesucristo pertenecemos más tiempo por el espíritu que á Adán por la carne.»

De este modo San Bernardo se remonta en las

cuestiones filosóficas hasta el ideal primitivo de las cosas, considerándolas bajo dos aspectos: la ciencia y la práctica; la ciencia para ser verdadera preciso es que refleje la verdad, y la práctica ó la vida real debe conformarse á ese ideal, porque es á la vez tipo y ley superior del hombre.

Aplicando estas consideraciones á los actos todos de la Redención, encuentra la completa realización del plan preconcebido por la Sabiduría divina, dentro de la cual reconoce tres fases relacionadas todas con la acción personal de las tres personas de la Santísima Trinidad. De este modo caracteriza el triple lazo de alianza contractado entre Dios y el hombre. La primera alianza realizada fué por el Padre; la segunda llevada á cabo por el Hijo, como complemento de la primera, y la tercera consagrada por el Santo Espíritu, resulta la perfección de las dos anteriores. En tablas de piedra fué grabada la primera; introducida en el interior del hombre la segunda para unirlo substancialmente á su Dios; y la tercera se expresará y manifestará en la consecución de los tiempos, en la vida de los elegidos del Señor.

«La creación y la reconciliación, dice, concierne á los tiempos presentes; pero la confirmación á los siglos futuros.

»El Padre creó al mundo al principio del tiempo; el Hijo lo reconcilió en la plenitud del tiempo, y el Espíritu Santo realizará su consumación

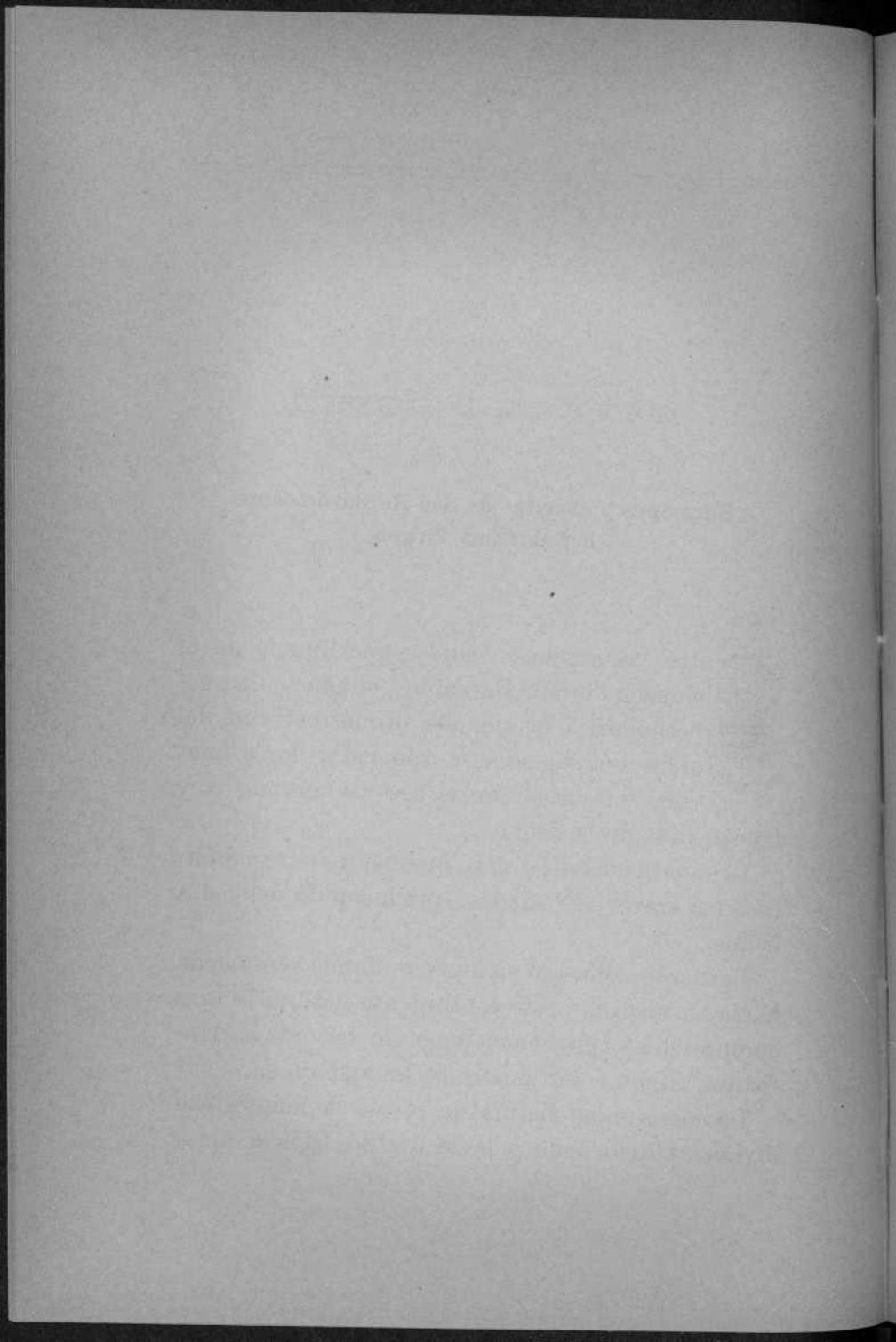
»al fin del tiempo. El Hijo dijo: Mi Padre obró hasta el presente. Hablando de sí mismo añade: Yo obro en el presente. Pero el Espíritu Santo puede decir hasta la consumación de los siglos: El Padre y el Hijo han obrado hasta ahora y yo empiezo ahora, es decir, cuando los cuerpos hayan sido glorificados, la carne unida al espíritu y el espíritu á Dios.

»El Antiguo Testamento nos enseña la creación del mundo prometiéndonos la reconciliación; el Nuevo Testamento realiza esta reconciliación prometiéndonos la consumación.»

Concluyamos este capítulo, en el que sólo hemos indicado someramente los elementos parciales de una sublime filosofía, haciendo notar la libertad con la cual San Bernardo trata las más arduas cuestiones de la ciencia. La escuela contemplativa á la cual pertenecía, llamada de otro modo escuela mística, tenía por base la fe; las especulaciones científicas podían desarrollarse con amplitud dentro de estas dos esferas, siempre bajo la vigilancia eficaz de la Iglesia.

La autoridad eclesiástica, que vela sobre el depósito de las tradiciones sagradas, semejante al padre de familia, no impide jamás las producciones de la inteligencia. Por el contrario, anima, protege y provoca todas las investigaciones del entendimiento, sus anhelos y trabajos; lo que hace es

contener la actividad intelectual en las vías trazadas por la palabra revelada, sin abandonar jamás esta palabra á las interpretaciones arbitrarias del hombre. Así como la cuchilla de la autoridad civil únicamente hace temblar á los malvados, del mismo modo la autoridad de la Iglesia sólo anatematiza el error y la herejía, mostrándose tan inflexible é inexorable contra los espíritus soberbios que el orgullo arrastra fuera de la fe ortodoxa, como confiada y protectora con el genio que permanece fiel.



CAPÍTULO SEXTO

Sermones y escritos de San Bernardo sobre la Santísima Virgen.

Entre las muchas virtudes que inundaban el corazón de San Bernardo, el amor filial sobrepujaba á las demás; primer perfume del alma cuando se abre á la vida; flor primaveral que brota con el beso de una madre y las sonrisas de la cuna.

Los gérmenes de gracia que contiene se comunican á través las edades, produciendo delicados frutos.

Bernardo conservó siempre profunda veneración hacia su madre; y este sentimiento natural le hizo comprender y apreciar mejor el misterio de la Santísima Virgen como madre de la cristiandad.

La maternidad natural le reveló la maternidad divina, y dedicando á la madre de Dios el amor

que profesaba á su madre, espontáneamente elevó su corazón hacia María.

La veneración hacia María, madre inmaculada, caracteriza la piedad cristiana, distingue los verdaderos servidores de Dios, muy principalmente aquellos que á semejanza de San Juan Evangelista viven más estrechamente unidos con Jesucristo, siendo admitidos en su vida íntima.

En efecto ¿sería posible amar al Señor sin amar á su madre? ¿cómo rehusar á esta incomparable hija de David, el tributo de gratitud, respeto, amor y admiración cuando se considera lo que fué y será eternamente delante de Dios y de los hombres? ¡Cuán religioso respeto los apóstoles le tributarían, al conversar con el Divino Redentor, y considerar que esta sagrada Virgen lo había concebido y alimentado con su pecho virginal!

No existen palabras para expresar con exactitud el culto que el alma cristiana tributa á María. El hombre ofrece á su Criador oraciones, culto divino, sacrificios...

Pero el culto á María no es solamente amor, confianza, bendición, entusiasmo, es todo esto reunido y es todavía más. El cristianismo ha introducido en las entrañas del hombre regenerado, dos nuevos afectos; amor al prójimo que se llama caridad; amor á una madre divina que no tiene nombre.

En el siglo iv el elocuente San Agustín se la-

mentaba de que le faltaban expresiones para hablar de María: «Virgen Santa, exclamaba, no existen palabras para alabaros dignamente», y San Bernardo que no cesaba de contemplar las gracias de la madre de Dios, declara que no puede callar ni hablar dignamente sobre este motivo.

En uno de sus sermones sobre la Asunción, dice lo siguiente:

«¿Quién es esa que en medio de un valle de lágrimas, trabajos, dolores y miserias, aparece bajo el sol con tanta majestad y en una superabundancia de delicias?... ¿Por qué callar? lo diré muy alto; su singular prerrogativa consiste en los honores de la virginidad unidos á la gloria de la maternidad, en su humildad, virtud dulce como la miel y la plenitud de sus gracias... pero al pensar en María declaro mi insuficiencia... nada de lo que digo me agrada y me espanta pronunciar un discurso sobre la Virgen Santísima. Además de mi impotencia para hablar de sus privilegios é inefables méritos, preciso es considerar también que todos los fieles le profesan tanto afecto, aman y veneran con tantos títulos que cuanto pueda decir, por lo mismo que se puede decir, es menos digno, puro y elevado que la realidad... ¿Por qué la inteligencia humana es tan incapaz de expresar los misterios de la gloria?... la castidad virginal, unida á la fecundidad maternal, constituye tal prerrogativa, que está muy por en-

«cima de la palabra humana. Y si á este privilegio
»se añade la virtud de Aquél de quien fué madre,
»¿qué lengua ni aun siendo la de los ángeles podría
»alabar dignamente á una Virgen madre? ¡Y madre
»de Dios!

»Maravilla inaudita; aún no he dicho bastante,
»porque María no es solamente por esto por lo que
»no tiene igual. Las virtudes que enriquecían su
»alma existen quizás en otras almas, pero en ella
»existían de un modo extraordinario y sorprenden-
»te. ¿Qué pureza puede ser comparada á la de la
»Virgen que mereció ser el templo del Espíritu
»Santo el Santuario del Hijo de Dios? ¡Qué inocen-
»cia se asoció jamás á una gracia más perfecta! ¡Qué
»grandeza á una humildad más delicada, á una con-
»ciencia más casta y vigilada!»

La voz de San Bernardo es melodioso eco de la multitud de alabanzas que desde su origen han tributado á María. Jesucristo fué el primer testigo de estos homenajes. *¡Beatus ventris qui te portavit! ¡Feliz la madre que te llevó en su seno!* exclamaba la mujer del Evangelio. Y este grito de admiración, repetido en el cielo y en la tierra resuena en todos los corazones á través del espacio y del tiempo; la Iglesia católica hace diecinueve siglos repite con la misma efusión: *Bienaventuradas las entrañas de la Virgen María porque llevaron en su seno al Hijo del Eterno; bienaventurados los pe-*

chos que alimentaron á Cristo Señor Nuestro. La predicción de María tiene fiel cumplimiento. Desde ahora las generaciones me llamarán bienaventurada.

¿Por qué, pues, Dios mío, tantos cristianos redimidos con la sangre de Jesucristo niegan el culto á la Virgen, en cuyo corazón tiene su origen esta sangre adorable? ¿Por qué hombres aparentemente dedicados á estudiar las Santas Escrituras excluyen únicamente á María del precepto que ordena á los hijos que honren á su madre?

¿Por qué obran así? Dicen que temen quitar al Hijo el culto que dan á la Madre; temen tributar á María los honores que deben á Jesucristo. Pero ¿es sensato este argumento, Señor? ¿Es natural? ¿Ocurre en la naturaleza humana que un hijo envidie las glorias de su madre? ¿Se cree el hijo más honrado cuando se deshonra á la madre? ¿Jesucristo hubiera permitido por ventura á sus discípulos ser indiferentes con su madre, á quien amaba con ternura filial y divina? ¿Rehusaréis al Divino Maestro, humanamente considerado, el amor filial, el primero de todos los deberes, y como Verbo de Dios creador de todas las cosas, las cualidades instintivas que ha colocado en el corazón de la última de sus criaturas?

Las Santas Escrituras rinden perpetuo tributo de homenaje á María.

El Antiguo Testamento enseña las deferencias que en el apogeo de su gloria Salomón tributó á su madre Belhsabée.

La humilde Esther, imagen también de María, es llamada á compartir el trono y la diadema del más grande de los reyes. Judith, cuando triunfa de los enemigos de su pueblo, no obscurece con las bendiciones de gratitud que recibe, la gloria de los padres de Israel.

¡Gloria sois de Jerusalén, alegría de Israel y honra de vuestro pueblo!

Estas invictas mujeres imágenes proféticas fueron de aquella que el Génesis anuncia al principio de los siglos que había de aplastar la cabeza de la serpiente; la que los patriarcas esperan como ánora de salvación, y que el profeta Isaías designa al mundo con estas solemnes palabras: *Una Virgen concebirá y dará á luz un hijo que será llamado Enmanuel, es decir, Dios con nosotros.*

«Semilla divina paréceme que veo caer sobre la »tierra, dice San Bernardo, en las promesas hechas »por Dios á nuestros antecesores Abraham, Isaac »y Jacob. En los prodigios que se realizaron á la »salida de Egipto en todas las acciones simbólicas, »en el camino del desierto hasta la Tierra Santa; »en las profecías y predicaciones de los profetas y »en los herederos de la soberanía y del sacerdocio.

»El Salvador del mundo es el fruto que produce

«esta semilla, según las palabras de David: *El Señor extendió sus bendiciones y la tierra produjo sus frutos.*»

Nada más sorprendente ni significativo que los emblemas por medio de los cuales el Espíritu de Dios nos representa á María. Es, según la interpretación de San Bernardo, el retoño de la vara de Jessé, de donde nace como divina flor el Salvador de los hombres; es la tierra de promisión sobre la cual descende el rocío del cielo de donde nace el Mesías; la zarza incombustible donde Dios se revela en medio de la llama ardiente; la vara de almendro que florece espontáneamente produciendo un fruto milagroso; el vellón de Gedeón que se cubre de misterioso rocío en una atmósfera seca; el Arca Santa que encierra el talismán que une á Dios con el hijo de Abraham; el tabernáculo que habita Dios en medio de su pueblo; el vaso de oro donde se conserva el maná del cielo; la nube que derrama sobre la tierra fecunda lluvia; el dulce incienso que exhala sagrado perfume sobre el altar; la puerta oriental del templo descrita por el profeta Ezequiel; la esposa casta de Dios á quien los ángeles saludan. La Madre del Santo de los Santos y Rey de Reyes.

«En sus benditas entrañas, continúa San Bernardo, nace el *trigo para los elegidos y el vino que germina vírgenes*. En su seno virginal dió princi-

»pio la salvación del universo, y el Hijo de Dios se
»revistió de belleza humana saliendo al encuentro
»de la Iglesia su esposa, adornado con vestiduras
»de deslumbradora pureza.

»Allí el muro divisorio levantado por la culpa
»entre el cielo y la tierra fué derribado; allí el
»tiempo y la eternidad formaron estrecha alianza;
»la divinidad y la humanidad se unieron en santo
»ósculo de paz. Allí el profeta Elíseo se empeque-
»ñeció para ponerse á la altura del niño que quería
»resucitar... ¡A quién podría compararos, Madre de
»eterna belleza! Sois el nuevo Edén; la que habéis
»presentado el fruto de vida, fuente de agua viva,
»que emanando del seno mismo del Altísimo, sur-
»gió de vuestro corazón para distribuirse en cuatro
»caudalosos ríos de gracia y extenderse por la tierra
»para colmo de alegría en la ciudad de Dios.»

La Virginal Madre de Jesucristo ocupa en la historia del género humano un puesto tan alto; desempeña una misión tan providencial y ostensible; su participación en los hechos Evangélicos es tan considerable, que no se comprende que su culto desagrade á hombres que se precian de ser cristianos.

¡Inconcebible argumento! ¡Pretenden seguir á Jesucristo, y para conseguir más eficazmente su fin suprimen á María! ¡Para más amar al Hijo, dejan de amar á la Madre! ¡Como si el amor á Jesús fue-

ra incompatible con el amor á María; como si Jesucristo no ordenara el amor á nuestros hermanos; como si la Virgen hija de David y madre de Jesucristo, no fuera hermana y madre de todos los hombres!

Según los protestantes más moderados, María es una mujer vulgar que no pudo ser la confidente de los designios de Cristo; una mujer sobre la cual hay que guardar profundo silencio para prevenir toda superstición; una mujer, en fin, cuyo ejemplo no puede servir de modelo á nadie. ¡Oh María, que nuestra lengua se seque antes de dejar de hablar de vuestras bondades, beneficios, grandezas y tantos títulos como merecéis!

¿Por ventura, los autores sagrados guardan silencio?

Antes al contrario, toda la Biblia está llena de símbolos respecto á María. Si teméis que su culto obscurezca al Hijo de Dios y os arroje en caminos supersticiosos, no escuchéis la salutación del Arcángel, consignada en el Evangelio: *Dios te salve, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita eres entre las mujeres*. Cerrad los oídos á las palabras de Santa Isabel, cuando dice: *Bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre*. Y también cuando añade estas palabras que el Evangelio igualmente consigna: *¿De dónde me viene el favor que la madre de mi Señor venga*

á visitarme? Borrad del libro sagrado el texto en que confirma la sumisión de Jesucristo hacia María. *Sumiso estaba.* Y vosotros pastores de Belén, reyes de Oriente, que buscabáis al Mesías, retroceded; según el texto del Evangelio *encontraréis al Hijo en los brazos de María su madre.*

Que los esposos de Cana, al invitar á María con Jesús para que asistiesen á sus bodas, no manifesten á la Madre su necesidad: ¡cómo había de atreverse ésta á pedir á su hijo el milagro del vino! que no escuchen pues el consejo de María, cuando dijo: *Haced todo lo que ordene.* Cerrad también vuestro corazón para no dejar escapar una sola palabra de admiración y gratitud, cuando el Señor á ruegos de su madre obró su primer milagro.

Guardaos de leer en la Escritura las conmovedoras exclamaciones de la mujer de Israel, cuando para honrar al Divino Mesías bendijo á su madre. *Bienaventurada la madre que te concibió. Bienaventurados los pechos que te alimentaron,* y por último, arrancand del Nuevo Testamento el cántico en el que María en Divino éxtasis profetiza su futuro destino anunciando que será objeto de alabanzas en todos los siglos.

Estos textos sagrados no son los únicos que justifican, animan y ordenan el culto á María; cuando tratamos de contemplar al Salvador en este mundo, le vemos siempre unido á su madre. Ella con Él

comparte sus sufrimientos y fatigas; recoge sus palabras en el corazón; le sigue siempre en el camino del dolor, y permanece de pie al lado de la cruz. Y cuando después de la consumación de todos los misterios, el Espíritu-Santo descende en llamas divinas sobre los elegidos del senáculo, también ella se encuentra allí como Reina en medio del Senado apostólico.

Preciso es pues romper los libros sagrados ó prosternarse á los pies de María.

Los que pretenden reformar la religión, ¡cuán poco conocen el corazón de Dios y el corazón del hombre! El corazón del hombre reclamaba una madre y el de Dios creó á María. «En ella, dice San Bernardo, la justicia y la paz, la ternura de una madre y la misericordia de Dios, se unen».

Y este nombre de madre no es ciertamente una sencilla figura, una expresión alegórica, una exageración piadosa de los hijos de la Iglesia; este nombre expresa un hecho, una inquebrantable verdad. Escuchemos al ángel Gabriel y á San Bernardo.

«¡Dios te salve llena eres de gracia el Señor es contigo bendita tú eres entre todas las mujeres!
«Lo que decimos en honor de la madre, lo decimos también por la gloria del hijo y cuando honramos al hijo honramos á la madre; según la Escritura *el hijo sabio glorifica á su padre; ¡cuánta gloria no tendrá la que es madre de la Sabiduría misma!*

»Á el ángel añade. *Nada temáis María, porque*
»*habéis encontrado gracia delante de Dios, ¿y*
»*qué gracia es ésta? la destrucción de la muer-*
»*te, la renovación de la vida, la paz entre Dios y el*
»*hombre. Concebiréis en vuestro seno y daréis á luz*
»*un hijo que se llamará Jesús. Será grande y será*
»*llamado Hijo de Dios. El Hijo del Altísimo des-*
»*cendiendo á vuestras castas entrañas y unido á*
»*vuestro sér será vuestro hijo. ¡El que fué engendra-*
»*do antes de todos los siglos será vuestro hijo, el*
»*que váis á dar á luz será llamado Hijo de Dios!*

»¡Sí, prosigue el Santo en otra homilía; el Se-
»ñor está contigo! El Padre está contigo; y te entre-
»ga á su Hijo. El Hijo está contigo; y en tí forma
»un admirable sacramento. El Espíritu Santo está
»contigo; confirmándote en el Padre y en el Hijo...
»Eva fué nombrada *madre de los vivientes* aunque
»solo engendró hijos muertos, pero en María se en-
»cuentra la interpretación de la palabra y el cum-
»plimiento del misterio, porque tipo y madre de la
»Iglesia, es madre de la misma Vida, de la Vida
»que hace renacer á los que viven.»

En Adán estábamos en cuanto al germen carnal,
y en Jesucristo en cuanto al germen espiritual. La
Madre de Cristo, pues, es madre de la cristiandad,
no solamente por su solicitud, sino también por el
misterio en sí mismo...

Por vos, ¡Oh Madre Santísima! participamos del

fruto de la vida; del banquete de los sacramentos: y por este fruto de vida participaremos también de los goces de la eternidad.

He aquí, según San Bernardo, los títulos que acreditan la maternidad de María: Es nuestra madre, por la misión sublime que recibió desde lo alto de la cruz; por los sentimientos maternales de su corazón, por su ternura y solícitud, pero lo es aún más por el misterio de nuestra naturaleza espiritual; porque su sustancia unida á la del Hijo de Dios constituye el Sacramento de la regeneración, sacramento que nos une á Jesucristo haciéndonos participar de su vida.

Al escribir los Evangelistas que María dió á luz su hijo primogénito, significaban que en Él estaban representadas las primicias de los innumerables hijos de la Iglesia, hermanos y coherederos de Jesucristo, *miembros de su cuerpo, carne de su carne, hueso de sus huesos*, partícipes de su sangre, de su espíritu y de su savia divina. Además, si los miembros forman un cuerpo, si participan de su propia sustancia según San Juan Crisóstomo; si en él están según el Evangelio, necesario es que los miembros reconozcan por madre á la que lo es del cuerpo; unidos están pues por los vínculos de la gracia y de la sangre, sangre de Jesucristo, lazos mil veces más íntimos, sagrados y permanentes que los lazos del parentesco natural. De aquí resulta una sencilla

conclusión: el cristiano es hijo de María ó no es cristiano.

San Bernardo, el amante y fervoroso devoto de María, le aplica las siguientes palabras del Profeta: «*nuestros hijos habitarán en vos*» porque á la sombra vivimos de vuestras alas, y vuestro amor nos comunica sus ardores. De aquí toman su origen también las exclamaciones tan frecuentemente repetidas por la Iglesia. *En Vos habitamos llenos de alegría ¡oh! Madre de Dios.*

La maternidad de la Virgen no es por tanto una consecuencia accesoría, una deducción lejana de la doctrina evangélica, sino que ha sido formal y positivamente instituída: es el complemento de toda la economía del cristianismo: proclamada fué por el mismo Jesucristo al morir en la cruz. *Exe mater tua* ¡he ahí á tu madre! palabra que pronunció Jesús, con voz de sangre, y que el discípulo amado recibió en nombre de todos los hijos de la Iglesia; porque sólo él reposó en el corazón de Jesús, y sólo el corazón es capaz de comprender el misterio que encierra el amor materno.

El don de una madre; este fué el último acto del testamento de Jesucristo. A los hombres había dado ya la gracia, la luz y la divina palabra; había dado también sus méritos, sus sufrimientos por la salvación del mundo, pero como amaba á los suyos como un Dios es capaz de amar en un Sa-

eramento inefable, legó la sustancia de su amor y de su cuerpo, y para colmo de bondades, dió á los hombres su misma madre también. *¡He ahí vuestra madre!* última palabra de amor, último don de una solicitud infinita, y última prenda de una solidaridad indisoluble. Los que por desgracia no pertenecen á la Iglesia católica no pueden experimentar los sentimientos de los verdaderos discípulos, y sin embargo, ellos participan de los mismos sentimientos que Jesús; el culto que tributan á María es el mismo culto que Jesús tributó á su madre; culto filial que transmitió á sus discípulos, los que con Él sólo forman un cuerpo y un espíritu. Los herejes separados de esta unidad no participan de esos sentimientos; su piedad es árida, su sentimiento no es suave y afectuoso como el que se profesa á la madre de los cristianos, porque en realidad no viven unidos al Hijo. No comprenden que este culto es una necesidad del corazón cristiano, un sentimiento de algún modo natural, y que por nuestra unión con Jesucristo somos hijos de María: *¡Abba Pater! ¡Alma Mater!*

Los que se dedican á estudiar la religión, únicamente con la fría razón no comprenden estos sentimientos; para ellos el cristianismo es sólo una abstracción: preguntan si María era necesaria para la Redención del mundo. San Bernardo en unión de los doctores de la Iglesia, contesta que habiendo

caído el género humano por abuso de su propia libertad, no podía ser redimido sin la aquiescencia de esa misma libertad ya pervertida; que la voluntad del hombre en cuanto á la salvación se refiere, tenía que adherirse á la voluntad de Dios; preciso era, pues, que la humanidad presentase á Dios una capacidad pura, una voluntad humilde y dócil, un alma perfecta en la cual la gracia pudiera ser establecida y la unión entre el cielo y la tierra reanudada. María fué el eslabón de esta armonía; el anillo nupcial que unió al hombre con su Dios.

El universo entero esperaba á la Virgen Inmaculada como la criatura con cuyo consentimiento habían de realizarse las promesas divinas. Escuchemos á San Bernardo cuando describe el solemne momento en que María contestó al mensajero del Altísimo: «La salvación del género humano, Virgen
»María, os ha sido revelada; pronunciad la palabra
»que deseamos para que nuestros huesos se estre-
»mezcan de alegría. El Arcángel las espera; preciso
»es que vuelva á Dios. ¡Oh, Madre de Misericordia!
»los que gemimos bajo el anatema, ansiosos las es-
»peramos también. El precio de nuestra redención
»está en vuestras manos; salvados estamos si os dig-
»náis dar vuestro consentimiento. La palabra de
»Dios formó á la criatura, pero ésta morirá irremi-
»siblemente si una palabra vuestra no la resucita.
»Adán y su triste descendencia condenada está al

«destierro; ¡Abraham, David, el mundo entero os
«suplica que consintáis! de vos depende el consuelo
«de los afligidos, la redención de los cautivos, la li-
«bertad de los culpables, la salvación de los hijos de
«Adán, hermanos nuestros. Pronunciad esa palabra
«tan deseada, esperada en la tierra, en el cielo y aun
«en el mismo infierno. Aquel á quien habéis agra-
«dado, va á manifestaros su amor. En el cielo es-
«cucháis ya estas palabras: *Vos la más hermosa en-
«tre todas las mujeres*. Responded al ángel y por
«medio del ángel á vuestro Criador. Que la palabra
«del Eterno descienda hasta vos y que la vuestra
«suba hasta la eternidad; dilatad, ¡oh, Virgen pura,
«abrid vuestro seno, mil veces bendito y recibid en
«vos, al verbo de Dios, palabra de vida!»

En otra parte, San Bernardo explica el mismo pensamiento y se expresa con igual vehemencia. Regocíjase en apereibir una piedra siempre intacta, intachable en medio de los despojos del género humano. Piedra escogida para servir de base al nuevo edificio. Pero para que esto ocurra, preciso es que la Virgen privilegiada consienta en cooperar á una obra que le ha de proporcionar infinitos dolores.

«¡Oh vos, que exenta estáis de la maldición uni-
«versal! ¡Virgen infinitamente sabia y piadosa, que
«habéis encontrado gracia ante el Señor nuestro
«Dios! ¿Dónde aprendisteis que Dios amaba la cas-

»tidad virginal? ¿qué ley ó pasaje del Antiguo Testamento os enseñó á vivir, vida de ángeles, con cuerpo mortal? *Donde leísteis que sólo las Virgenes cantan el cántico nuevo y siguen al Cordero por donde va.* Mandatos ni ejemplos anteriores pudieron enseñaros estas cosas. La unción de la gracia únicamente os inspiró. La luz de Dios os iluminó antes de revestirse de vuestra carne y llamarse hijo vuestro... ¡preparad vuestro seno, abrid vuestro corazón! *El que es Todopoderoso va á obrar grandes cosas en vos.* ¡Por vuestra intercesión cesará el anatema que pesa sobre vuestro pueblo! en vez de tristes lamentos se oirá la voz de las generaciones todas que os proclaman bienaventurada...

»¡No temáis, María, aceptad el título de Madre! concebiréis, pero concebiréis sin pecado. El Verbo Divino será el fruto de vuestras entrañas. El amor eterno será el fruto de vuestra castidad, Virgen fecunda, esposa virginal, Madre purísima... *bendita eres entre todas las mujeres y el fruto de tu vientre también.*

»La Virgen comprendió el misterio de la Encarnación de Dios. Consintió y el *sí* fué pronunciado. ¡*Fiat!* y este *Fiat lux* que creó la luz del mundo, hizo que descendiese desde lo alto el sol de los espíritus y disipara las sombras de la muerte, ¡*he aquí la esclava del Señor, hágase en mí según su voluntad!* esto dijo y las virtudes todas del cielo

»se estremecieron; las divinas misericordias se dilataron, *el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros*. Y los espíritus angélicos, amigos celestiales del hombre, celebran las maravillas de la reconciliación; *¡gloria á Dios y paz á los hombres de buena voluntad!*

Al *Fiat* de la creación pronunciado por Dios, responde el *Fiat* de la redención pronunciado por María.

San Bernardo contempla con arrobamiento la magnificencia de estos misterios.

»De un manantial que embriaga al cielo dimana la vida eterna, sus aguas con impetuosidad caen sobre el Líbano. ¿Qué manantial de vida es ese? »Nuestro Señor Jesucristo... Las aguas han llegado hasta nosotros, riegan las plazas públicas, un canal descende desde lo alto brotando gracias á medida que nuestras necesidades aumentan...

»Habéis comprendido mi pensamiento, vosotros sabéis quien oyó esta palabra: *¡Dios te salve llena eres de gracia!* Si el género humano por mucho tiempo careció de estas corrientes de gracia es porque la Virgen tan deseada, aún no había llegado y no podía interceder por nosotros...

»¿Cómo María pudo llegar á este manantial? Por la vehemencia de sus deseos, por el fervor de su piedad y por la pureza de su oración; la Escritura dice *la oración del justo penetra en los cielos...*

»¿Si María no lo es, quién lo será en este mundo?
»¡María en cuyo seno nació el sol de justicia! ¡Ma-
»ría á quien los ángeles dijeron *habéis encontrado*
»*gracia delante de Dios!*... Sí, delicioso perfume
»fué derramado sobre Ella. Nuestra fisonomía se
»dilata al aspirar este ambiente de óleo sagrado,
»haciéndonos exclamar: *vuestro nombre se extiende*
»*de generación en generación*. Hombres contemplad
»los designios de Dios, de la sabiduría y de la bon-
»dad. Queriendo refrescar la atmósfera refresca an-
»tes el vellón, y debiendo rescatar al género huma-
»no deposita el precio de la redención en manos de
»María ¿por qué esto? Quizás para calmar los gemi-
»dos del hombre y también para que la culpa de la
»primera mujer fuese reparada por esta otra mujer...

»Consideremos cuidadosamente el honor y el
»amor que debemos á María; depositando el Señor
»en ella toda clase de bienes, quiso que al encon-
»trar en nosotros alguna virtud, reconozcamos que
»á ella se la debemos, porque la superabundancia
»de sus gracias llega hasta nosotros... así, pues, de
»lo íntimo de nuestro corazón, de nuestras entra-
»ñas, con nuestro más ardiente deseo alabemos la
»gloria de María, esta es la voluntad de aquel que
»quiere que por intercesión de Ella obtengamos la
»gracia».

QUINTA ÉPOCA

1145 A 1153

CAPÍTULO PRIMERO

Las Cruzadas: Situación de la cristiandad en Oriente.

ierra Santa! ¡Tierra de humanas miserias y divinas misericordias! ¡Yo te saludo! Tierra profética, patria de Dios y del hombre, sobre tí dirigimos nuestras miradas. Al pronunciar tu nombre, irresistible emoción se apodera de nosotros, y un eco divino resuena en el fondo de nuestra alma. ¡Jerusalén, que mi lengua y mi diestra se sequen si alguna vez te olvido!

Para hablar dignamente de la ciudad de Jerusalén, preciso es usar el lenguaje de San Bernardo.

«¡Ciudad santa, ciudad del hijo de Dios, elegida y santificada para cuna de la salvación! ¡Yo te saludo! ¡Residencia del gran rey de donde proceden antiguos y nuevos prodigios que regocijan al mun-

»do! ¡Soberana de todas las naciones, capital de los
»imperios, metrópoli de los patriarcas, madre de los
»apóstoles y profetas, hogar primitivo de nuestra fe,
»gloria y bendición del pueblo cristiano! ¡Yo te sa-
»ludo! Tierra de promisión donde la leche y la miel
»se prodigaba á tus primeros hijos, produciendo
»alimentos de vida y remedios inmortales para los
»siglos futuros. Ciudad de Dios, grandes cosas se
»han dicho de tí.»

Jerusalén aunque muerta y petrificada á seme-
janza de los huesos del profeta, conserva la virtud
de resucitar á los muertos que se acercan á sus anti-
guas ruinas. Su nombre semejante al nombre de
Dios, de donde toma su origen, conserva un poder
oculto que en ciertos momentos se manifiesta al
mundo como chispa eléctrica comunicando á todos
los lugares, sagrada conmoción; y cuando el mun-
do se extravía ó duerme tranquilo á la sombra de
la muerte, este misterioso nombre lo despierta; el
ángel que descende á la piscina remueve el manan-
tial de la gracia y reanima el espíritu de vida en
las venas de la humanidad.

No existen ideas grandes, iniciativa ni impulso
que venga de lo alto para comunicarse con el mun-
do, que anteriormente no pase por la Tierra Santa.
Allí las lágrimas y la sangre del hombre culpable,
brotaron por vez primera; allí bajo la montaña, lla-
mada de la Calavera, reposan los despojos de Adan

y Eva, madre de los vivientes. Melquisedech ofreció allí el sacrificio de la futura reconciliación; y á los pies del sacerdote nació Salem, villa de paz.

Los descendientes de Sem, Cham y Japhet, unos después de otros mezclaron sus cenizas á las del padre de la humanidad, formando alrededor de la primera tumba humana, primer altar de expiación, el campo sagrado de la muerte, vasto cementerio cuyo recinto se dilata hasta las extremidades del mundo. La sangre de los animales, la sangre del hombre y la sangre de Dios sucesivamente inundaron este místico altar; y desde la cima de este mismo altar, sobre la montaña santa donde Jesús consumó el sacrificio, raudales de gracia divina cayeron sobre las cenizas de los muertos dándoles vida inmortal.

Las naciones todas tienen derecho á la Tierra Santa, todos los principales pueblos antiguos y modernos sucesivamente la poseyeron y ocuparon. Nuevas tribus reclama de tiempo en tiempo y en el flujo y reflujo de la sangre de esos pueblos, Jerusalén, verdadero corazón de la tierra, encuentra la vida de su misteriosa existencia.

El origen de las Cruzadas, ciertamente no va unido á la existencia de estos misterios. Pero considerar en esta memorable epopeya, el entusiasmo de algunos guerreros persiguiendo únicamente la idea de libertar un sepulcro, sería despojar á la

historia de su idea vivificadora; sería también desconocer los designios de la Providencia en el más admirable desarrollo de la obra del Cristianismo.

Ya lo hemos dicho: en los sucesos que la historia humana registra, existe un orden de cosas invisibles, cuyos gérmenes y últimos resultados no son susceptibles á la investigación humana. Únicamente aquí en la tierra, podemos vislumbrar el reflejo y el efecto secundario de causas ocultas, y según la doctrina del Apóstol, la ciencia cristiana debe fundarse más bien en las realidades de un orden superior y permanente, que en fenómenos pasajeros. No obstante, considerando á las Cruzadas bajo el punto de vista de sus resultados positivos, no podemos negarles una idea sublime y en algún tanto un motivo divino.

El plan que venimos siguiendo no nos permite detenernos en esta época notable de nuestra historia. Otros escritores han referido ya las hazañas de los héroes cristianos, sus trabajos, sus conquistas, sus brillantes triunfos; á nosotros nos toca caracterizar en el círculo que tratamos de explicar, el espíritu que animaba las guerras santas y la inmensa influencia que ejercieron en la civilización cristiana.

Reconozcamos primero que las Cruzadas no pretendían averiguar si el santo Sepulcro pertenecía á los discípulos de Cristo ó á los sectarios de Maho-

ma: tratábase únicamente de resolver cuál de estos dos pueblos había de dominar al mundo.

Esta importante cuestión se resolvió ante el pretorio de la ciudad Santa.

Los Turcos habían extendido su Imperio en todo el Oriente, amenazando invadir el Occidente: las naciones europeas debilitadas por la división de su territorio y por disensiones intestinas, temblaban al aproximarse aquel impetuoso torrente de seres humanos; la unión de los pueblos cristianos, únicamente podía contenerlo y rechazarlo.

Pero este concurso, este levantamiento universal, sólo pudo realizarse bajo la acción vivificadora de la idea religiosa. Unicamente el Cristianismo tiene poder para excitar un mismo sentimiento en diversidad de condiciones: unir á todos los pueblos en un solo pensamiento y una misma voluntad.

Nadie sin duda alguna pudo comprender ni prever en su principio la grandiosa idea de las Cruzadas. El hombre ignora muchas veces la obra providencial, para la cual sirve de instrumento; la semilla que siembra no se conoce más que por el fruto que recoge. El ardor de los guerreros cristianos sólo aspiraba á libertar un sepulcro, libertando no obstante á toda la Cristiandad.

Necesario era para fijar la atención y hacerse accesible á los pueblos, que el pensamiento sublime

de la guerra Santa, tomase forma sensible y se revistiese de algún modo de popularidad.

Despojar al demonio de la posesión de la Tierra Santa, con la cual el cielo habíase comunicado directamente para rendir testimonio al Hijo de Dios, he aquí lo que fué comprendido: la divina magia de esta inspiración cautivó las simpatías de todos los pueblos, y como inmediata consecuencia resultó la unión entre distintas naciones, armonía de sentimientos é intereses que puso fin á las discordias religiosas, á los conflictos políticos y á las guerras civiles. Un santo entusiasmo acabó con el egoísmo personal y local; las naciones todas se confundieron en un solo nombre, llamado Cristiandad, y del mundo brotó un nuevo patriotismo, patriotismo europeo evidentemente Católico.

Otro de los resultados de las Cruzadas no menos importante, fué la influencia que restituyeron al Papado, el que reaparece inevitablemente en los asuntos humanos cuando la armonía y la unión se necesita entre los pueblos cristianos. Jamás doctrina alguna, necesidad política ni triunfo alcanzado por las armas ó la palabra, dieron mayor esplendor á la Santa Sede; y en este impulso, en esta gran preponderancia reconoce su progreso la Edad Media y las edades futuras.

¿Quién dejará de admirar la fuerza moral que reunió bajo un solo estandarte á cien pueblos como

si se tratara de una sola familia de hermanos?

En el seno del ejército Católico el Jefe de la Iglesia recobró su influencia, dirigiendo la marcha de la civilización. Y si al espectáculo de este gran movimiento unimos la consideración de las virtudes heroicas que en la guerra Santa brillaron, y si pensando en el extremo opuesto consideramos esa multitud de cristianos ociosos y degenerados, que el Occidente arrojó en Oriente, y en la vastísima purificación—consecuencia inmediata—que estos acontecimientos motivaron, descubriremos en las Cruzadas nuevas perspectivas.

Esta oportuna purificación no se realizó solamente en el mundo moral y material; se verificó también con no menos eficacia en la esfera intelectual.

Ya hemos visto en capítulos anteriores la fermentación activa que agitaba los espíritus y la licencia de la razón que por todas partes desbordaba; si una fuerza poderosa no hubiera tomado en aquella época un nuevo giro, la civilización naciente habríase detenido y la Europa hubiera vuelto á caer en la barbarie. Aquí observamos uno de los efectos más inmediatos y maravillosos de las Cruzadas. El nombre de Jesucristo predicado por todas partes, con la autoridad de la fe, impuso silencio á la razón discutidora; y con el recuerdo de los Lugares Santos donde habíanse realizado los Misterios de la Reden-

ción, la piedad humilde y ferviente despertó. Las lágrimas de la compunción reemplazaron á las discusiones estériles, y á las vanas disputas sucedieron buenas obras, condición que caracteriza siempre los tiempos en que domina la fe.

Difícil es considerar cuál sería hoy la suerte de la Europa cristiana si estas sagradas expediciones no hubieran abierto un nuevo horizonte al desarrollo intelectual del siglo. La civilización comprometida estaba más aún por haberse desviado de la fe, que por la invasión de los bárbaros, é imposible es precisar cuál hubiese sido la mayor desdicha para el mundo, si el triunfo de la herejía, ó el triunfo de Mahoma. Estos dos adversarios de la Iglesia desencadenados á un mismo tiempo, buscaban por distintos caminos prevalecer contra ella; el uno y el otro fueron vencidos por las Cruzadas. El instinto de este doble peligro animaba de tal modo á los predicadores de las guerras santas, que sus palabras se dirigían contra los herejes y contra los infieles, al mismo tiempo que las Cruzadas dirigían sus armas contra los unos y los otros.

Ciertamente que la justicia, la caridad, el amor á Dios no fueron siempre los únicos pensamientos que guiaron á los soldados de la Cruz; no pretendemos justificar los excesos que con lamentable frecuencia mancillaron sus triunfos. ¿Pero, qué acontecimiento humano no participa de estos males?

Lo repetimos, necesario es al dirigir la mirada á las inevitables debilidades de la naturaleza humana, elevarla muy por cima de la idea que domina los acontecimientos. La idea, más aún que los hechos realizados, dan luz á la historia. También nos hará apreciar la intervención activa del hombre de Dios que tan poderosamente secundó los designios de la Providencia.

Medio siglo había transcurrido desde la conquista de la Tierra Santa realizada por Godofredo de Bouillón. La custodia del nuevo reino parecía aún más milagrosa que la conquista llevada á cabo. Los Francos de Oriente confiando en sus derechos adquiridos y llenos de valor y de fe en el porvenir, vivían al día sin inquietarse de las hostilidades que se tramaban en el campo Sarraceno. Humanamente pensando les parecía imposible que pudieran perder esta tierra tan querida, comprada con tantos sacrificios y pagada, por decirlo así, con tanta efusión de sangre cristiana.

Sin embargo, hacia el final del año 1144 un desastre inesperado turbó tanta seguridad haciéndoles perder de improviso todas sus esperanzas. La villa de Edeso, baluarte principal de la Cristiandad en Oriente, la villa de Edeso que según tradición era la más antigua entre todas las ciudades cristianas, puesto que según se dice su rey fué convertido por el mismo Jesucristo, cayó en poder de los musul-

manes. Su derrota hizo temblar á Antioquía dejando sin defensa á la triste Jerusalén, gobernada á la sazón por una mujer. En tan extremo peligro, el Oriente exhaló un grito de espanto que resonó en Occidente. Las desdichas de la Tierra Santa excitaron universal aflicción, pero en ninguna parte encontró tantas simpatías como en Francia.

Esta nación había conquistado y asegurado el nuevo reino; príncipes de sangre francesa eran sus feudatarios, y un hombre de nacionalidad francesa sentado estaba también en el trono de Jerusalén. Aunque todos los estados europeos interesados estaban en la conservación de la Colonia Oriental, la Francia ligada aun más estrechamente á los príncipes de la Tierra Santa, á ella unía muy principalmente su propia honra.

La noticia de la toma de Edeso, llegó á Europa á principios del año 1145 é inmediatamente inspiró el deseo á Luis VII, de ir en socorro de los Cristianos de Oriente. Este joven rey atormentado por su conciencia, esperaba que tan generosa resolución borraría sus faltas, ofreciéndole al mismo tiempo ocasión propicia para demostrar al mundo su valor. El recuerdo de cuestiones injustas sostenidas por largo tiempo con la Santa Sede, el remordimiento que le causaban sus exacciones en Champagne, y muy principalmente la catástrofe de Vitry le Brulé le preocupaba tanto más cuanto que su

hermano el mayor había muerto, sin poder cumplir la promesa de ir en peregrinación á Jerusalén. A pesar de estas poderosas consideraciones, no se atrevía á resolver terminantemente, y ya fuese porque las dificultades de la empresa le parecieron insuperables ó por que los consejos de su ministro Suger debilitaron su celo, el hecho es, que algunos meses transcurrieron sin que la compasión pública se expresase de otro modo más que con lágrimas y ruidosos lamentos.

Al jefe de la Iglesia, al padre común de los fieles en Oriente y Occidente, pertenecía la misión de hacer eficaz el sentimiento que inspiraba Jerusalén. Dirigiendo la vista á Francia, patria de los héroes que cuarenta y cinco años antes habían conquistado el Santo Sepulcro, exhortó á sus hijos para que defendiesen tan gloriosa conquista, ofreciendo á Luis VII, la gloria de la iniciativa. Notable es la siguiente carta que escribió el Papa Eugenio.

«La historia de los tiempos, demuestra los sacrificios que hicieron nuestros predecesores para libertar á la Iglesia de Oriente, y llamar á todos los pueblos cristanos de las diversas partes del mundo, para que acudiesen á la defensa de la Tierra Santa. A la voz de nuestro predecesor Urbano, de feliz memoria, los intrépidos guerreros de los reinos de Francia é Italia inflamados con santo ardor, toma-

ron las armas, y conquistaron con el precio de su sangre, la Ciudad donde nuestro Salvador sufrió por nosotros, y donde se encuentra el monumento de su Pasión.

»Hoy por consecuencia de nuestros pecados y del pueblo cristiano, (lo que decimos con dolor), la ciudad de Edeso ha caído en poder de los enemigos de la Cruz; otras ciudades han experimentado la misma suerte, y el Arzobispo de Edeso ha sido asesinado con todos sus sacerdotes; las reliquias de los Santos han sido profanadas. Un gran peligro amenaza á la Iglesia de Dios y á toda la cristiandad. Si las conquistas de los padres deben ser confirmadas con el valor de los hijos, espero que probaréis al mundo que el heroísmo de los franceses no ha degenerado.»

Las palabras del Pontífice fueron bien acogidas por el rey, el que sólo esperaba una ocasión propicia para manifestar públicamente los designios que había concebido. Esta ocasión no tardó en presentarse.

«El año 1147 día de la Natividad dice un analista, Luis rey de Francia y duque de Aquitania residiendo con su corte en Bourges, convocó con más extensión que de costumbre á los Obispos y grandes del reino, con el fin de comunicarles los secretos que abrigaba en su corazón.

Después de él, Godofredo, Obispo de Langres,

hombre de mucha piedad habló sobre la destrucción de la villa de Edeso, y del vergonzoso yugo que los infieles imponían á los cristianos. Muchas lágrimas hizo derramar al hablar de tan lamentable suceso, invitando después á la noble asamblea allí reunida para que se adhiriese al rey, y prestase ayuda y socorro á sus hermanos.

Las palabras del Obispo y el ejemplo del rey, no dieron por entonces resultado.

Se decidió no obstante que una asamblea aun más numerosa que la anterior, fuese congregada en Vezelay, Condado de Nivernais en Borgoña, para las fiestas de Pascua, con el fin que el día mismo de la Resurrección del Señor, todos aquellos que por gracia divina fuesen llamados, concurriesen á exaltar la Cruz y á combatir por la causa de Jesucristo.

El rey lleno de entusiasmo y solicitud, envió al Papa Eugenio embajadores con el fin de informarle sobre las resoluciones tomadas. Los embajadores fueron recibidos y despedidos con júbilo, siendo portadores de cartas apostólicas por medio de las cuales exhortaba á todos para que en lo concerniente á la guerra Santa, obedeciesen al rey; también ordenaba las armas y vestiduras que habían de usar los soldados de la Cruz; prometiendo la remisión de los pecados y la protección para sus mujeres é hijos, á todos aquellos que siguieran el estandarte de la Cruz.

Una nueva Cruzada se decidió en principio, pero consideraron ventajoso aplazar su realización. Nadie ostensiblemente se atrevió á censurar las resoluciones del rey, pero los inconvenientes políticos y los azares de una guerra lejana, contuvieron un movimiento espontáneo: á tanto combustible ya reunido, sólo faltaba la mecha que había de propagar el incendio. La situación por otra parte no era la misma que en la época de las primeras Cruzadas. Un perfecto conocimiento de los lugares y de los obstáculos que existían, el recuerdo de los muchos males que habían sufrido los compañeros de Godofredo y la experiencia de los ancianos, habían modificado en gran parte el entusiasmo de los guerreros.

El abad Suger, el prudente consejero de Luis VII dominado por miras políticas demasiado positivas, tampoco aprobaba el proyecto de la guerra Santa, buscando medios con que disuadir al rey. Apoyado en estas razones y su propia conciencia no titubeó en someter á la sabiduría del Santo Abad del Clarabal tan importante situación. Este fué llamado á Bourges, y al someterle Suger tan grave cuestión, no creía que San Bernardo con mayor entusiasmo que otros, había de aceptar la idea de las Cruzadas, renovando en medio de una efervescencia general, los prodigios de Pedro el Ermitaño.

No obstante, Bernardo no quiso decidirse sin anteriormente, recibir cartas de la Santa Sede, y según refieren varios historiadores, debido á sus consejos Luis VII envió á Roma embajadores. Pero las cartas particulares que escribió con este motivo á Eugenio III, manifiestan sus sentimientos personales.

«Las noticias de Oriente no pueden ser indiferentes á nadie: tristes y graves son, pudiendo únicamente regocijar á nuestros enemigos. Una causa que afecta á toda la cristiandad, la solicitud debe ser general...

»He leído que las dificultades aumentan el valor de los hombres de corazón, y yo añado que el hombre honrado se engrandece en la adversidad. Jesucristo es perseguido; herido está si me atrevo á decirlo así, en la misma pupila de sus ojos, ultrajado está y sufre en el lugar mismo que otras veces padeció.

»En las presentes circunstancias debéis imitar á aquél cuyo lugar ocupáis. Una voz oigo que dice: A Jerusalén vuelvo para ser de nuevo crucificado. Aunque algunos sean sordos á esta voz y otros la escuchen con indolencia, vos, sucesor de San Pedro, no podéis cerrar los oídos, y obligado estáis á decir: *Aunque todos se escandalicen yo no me escandalizaré jamás.*

»No nos dejemos abatir por antiguas derrotas,

»busquemos por el contrario el medio de repararlas.
»Dios obra como quiere, pero no dispensa al hombre sus deberes. Verdad es, que según el lenguaje de la Escritura, con pan de dolor, y vino de amarguras, hemos sido alimentados.

»¿Es este motivo para que os falte el valor á vos, que sois el amigo del Esposo? Quizá Dios conmovido con nuestras aficciones nos será más favorable en el porvenir. Este es su modo de proceder respecto á los hombres; no lo ignoráis. Los más señalados favores, ordinariamente van precedidos de grandes desdichas. El peligro es inminente, y pide pronto remedio. El celo que me anima me hace hablar con osadía.»

Estas palabras evangélicas, conformes estaban con los deseos del Pontífice, pero como pronto veremos, consecuencias muy lejos de ser previstas por el Abad del Claraval, sobrevinieron.

CAPÍTULO SEGUNDO

San Bernardo recibe la misión de predicar las Cruzadas. — Sus dificultades. — Asambleas reunidas en Vecelay.

 Los sufrimientos de la Iglesia en Oriente en-
tristecían de tal modo á Eugenio III, que á
semejanza del Papa Urbano II, hubiera de-
seado trasladarse á Francia y *empuñar por*
sí mismo, según su propia expresión, *la trom-*
peta evangélica, llamando á los guerreros del muy
cristiano reino para que acudieran á la defensa del
Santo Sepulcro. Pero las recientes revoluciones de
Roma lo detenían más allá de los Alpes impidién-
dole presidir por sí mismo la asamblea de Vecelay.
Esta apostólica misión la delegó en el hombre cuya
autoridad en algún modo sobrepujaba á la del mis-
mo Pontífice: confiar á San Bernardo la predica-
ción de las Cruzadas era asegurar con antelación
el éxito de la empresa.

Las órdenes enviadas por la Santa Sede afligieron al humilde monje del Claraval; cincuenta y cuatro años contaba, y su frágil existencia parecía á todos milagrosa: de tal modo estaba su cuerpo enflaquecido por las austeridades y abatido por el cansancio; con dificultad podía sostenerse, y hacía tres años que únicamente salía de su monasterio para los asuntos más urgentes de su congregación. Dice un cronista que *estaba tan estenuado que á cada momento parecía iba á exhalar el último suspiro*. Sin embargo, aquel cuerpo débil y delicado recuperaba fuerzas sobrehumanas cuando era llamado para servir de órgano al espíritu de Dios.

El monje Wilbold, abad del Monte Casino, que había conocido á San Bernardo pocos años antes, admirado de su elocuencia, se explica del siguiente modo:

«Este hombre venerable, estenuado por las austeridades del desierto, tiene un semblante extremadamente pálido; huellas profundas de humildad, compunción y penitencia lleva marcadas en su rostro, respirando tan perfecta santidad, que sin pronunciar palabra, con su sola presencia persuade; dotado de notable ingenio y de cualidades extraordinarias, habla con sencillez; su palabra es clara, lúcida y convincente; su acción sencilla y natural; su gesto lleno de gracia y energía varonil; la presencia de este gran hombre conmueve; sus sermo-

nes impresionan y su ejemplo arrastra á la virtud.»

La gran reputación de Bernardo y los preciosos dones con que la Providencia le había enriquecido, hicieron olvidar al Pontífice sus debilidades corporales, encargándole la misión de predicar la guerra santa en unión de otros hombres apostólicos. Pero Guillermo de Tyr añade con sinceridad «que entre los encargados de estas misiones, el primero y más principal de todos ellos fué Bernardo, abad del Clavaval, hombre de santa vida y en todo y por todo de imperecedero recuerdo.»

La firmeza de voluntad del Santo Padre prevaleció sobre las muchas vacilaciones que existían á su alrededor, y Bernardo con gran celo obedeció al soberano jefe de la Iglesia aceptando valerosamente tan difícil misión.

Obstáculos de todo género existían; los pueblos á los cuales iba á dirigirse para arrancarlos de sus propios hogares y precipitarlos en el Asia, no se encontraban en las mismas favorables condiciones que en los tiempos de Pedro el Ermitaño. Ya hemos indicado algunas de las causas que contribuyeron á este cambio; sin embargo, no podemos dejar de mencionar una muy principal, que contribuyó á aumentar los obstáculos que se oponían á San Bernardo.

Las obras de arte y trabajos del entendimiento que pertenecen á aquella época indican prodigiosa

actividad. La idea cristiana que bajo todas las formas y orden de cosas empujaba al mundo en una nueva era de renovación, transfiguró el orden arquitectónico en la construcción de los edificios religiosos.

No se trataba ya de la belleza pagana idealizando la vida material, sino de la belleza cristiana simbolizando los pensamientos divinos; los monumentos sagrados multiplicáronse en todas partes, y la novedad de sus formas, originalidad de su estilo y gravedad y nobleza de su carácter dan testimonio de la idea que dominaba la civilización en aquella época. La magnificencia de sus basílicas era el objeto principal de la devoción popular cuando se predicó la segunda Cruzada.

Grandes comunidades formáronse para satisfacer una deuda de gratitud á la Iglesia y perpetuar con testimonios de fe su paso á través de este destierro. Estas comunidades organizáronse de un modo maravilloso; hombres y mujeres, ricos y pobres, soldados y paisanos pretendían el honor de ser admitidos, y ninguno lo conseguía si anteriormente no se reconciliaba con Dios por medio de una humilde confesión y hacía voto de obediencia al superior, prometiendo ayudar y socorrer, según las reglas del Evangelio, á los hermanos enfermos.

Nada tan hermoso como esta disciplina religiosa, que armonizaba en una misma jerarquía á multi-

tud de obreros. Detrás del estandarte marchaban por montañas y valles, dirigidos por un sacerdote, moviéndose todos á la vez como si fueran un solo hombre. Curiosos detalles sobre este motivo leemos en una carta escrita el año 1145 por el superior de un monasterio en Normandía, que vió edificar una magnífica catedral en el mismo sitio que ocupaba anteriormente su modesta iglesia.

«Los siglos anteriores jamás habían visto, dice el abad de San Pedro, á tantos príncipes, señores poderosos, hombres de armas y débiles mujeres someterse voluntariamente al yugo para acarrear pesadísimas cargas; á millares se les encuentra trasportando á grandes distancias trigo, vino, aceite, cal, piedras y otros materiales. Nada les detiene: ni los montes, ni los valles, ni aun los mismos ríos. Como otras veces el pueblo de Dios los atraviesan, y lo maravilloso del caso es que este ejército innumerable camina sin desorden y sin ruido... Sus voces se dejan oír á una señal dada, entonando cánticos, entonces, por medio de los cuales imploran á Dios perdón... Al llegar á su destino los cofrades rodean la Iglesia, permaneciendo alrededor de sus carros como soldados en batalla. Al oscurecer alumbran antorchas, entonan oraciones, colocan la ofrenda sobre las reliquias sagradas, y hecho esto, sacerdotes, clérigos y fieles vuelven con gran edificación á sus hogares, mar-

chando con orden, salmodiando y pidiendo por los enfermos, peregrinos y afligidos.»

Esta era en el siglo XII la expresión simbólica de la piedad; fijaba la imaginación activa de los pueblos, y cooperaba de un modo eficaz al desarrollo del espíritu católico, el que en todo tiempo y bajo todas formas pretende unir á los hombres en una obra común. Así aparecieron sobre el solio de la cristiandad las imperecederas obras maestras del mundo moderno, dando magnífico testimonio de la fecundidad que producen las asociaciones cuando reconocen por principio la fe, y por ayuda la caridad cristiana. Estos trabajos tan llenos de encantos fueron obstáculos que se opusieron á los héroes de la guerra santa. Difícil era abandonar la construcción de aquellos sagrados monumentos por los azares de una expedición lejana, pudiendo por otra parte, sin dejar el hogar doméstico, trabajar por la gloria de la Iglesia y participar de las indulgencias concedidas por los Soberanos Pontífices á las comunidades obreras. Estas excusas ciertamente legítimas y los temores sobre las dudosas consecuencias de la Cruzada, modificaron el entusiasmo bélico y debilitaron el prestigio de las últimas resoluciones tomadas en Bourges. No obstante, cuando se supo que el abad del Claraval abrazaba esta causa y era el encargado de predicarla en nombre del Soberano Pontífice, to-

dos enmudecieron esperando tan sólo las órdenes del hombre de Dios.

La asamblea de Vecelay fué aplazada para la Semana Santa del año 1146. Se resolvió que para entonces San Bernardo empezase su misión; pero entretanto no permaneció ocioso; su correspondencia demuestra el celo que le consumía y sus epístolas hacían presentir la vehemencia de sus predicaciones.

Fundándose en la base que atrae siempre la gracia divina, dirigió una carta al patriarca de Jerusalén recomendándole muy principalmente la humildad, virtud sin la cual las demás se debilitan. Esta carta, llena de unción, dice así:

«Cuando plugo al Señor revelar la profundidad
»de sus decretos sobre la salvación del género hu-
»mano, manifestó de tal modo su amor á los hom-
»bres que por ellos entregó á su propio Hijo. Y este
»Hijo, hecho hombre para salvar á los hombres,
»llamó para que le siguieran á los elegidos y eligió
»á los que amaba.

»Entre ellos existía uno que muy especialmente
»amaba y era el amado entre los amados y el ele-
»gido entre los elegidos, por lo que en la hora su-
»prema del sacrificio confióle su propia madre la
»Virgen María.

»¿Qué es lo que pretendo significar con este
»preámbulo? Escuchad atentamente. El Señor re-

»vistió á varios hombres con la dignidad sacerdotal
»y estableció príncipes para que gobernasen á su
»pueblo; pero entre todos los Obispos del mundo,
»Vos sois el encargado por la casa de David, y el
»que habéis recibido en depósito esta tierra feliz
»donde germina el fruto de vida, nace la flor del
»misterio, el lirio de los valles... *Despojáos de vuestros zapatos*, decía el Señor otras veces á Moisés,
»*porque el lugar donde ponéis los pies santo es.*

»Vosotros los que habitáis en este mismo lugar,
»despojáos de todo afecto terreno... ¡Oh! ¡Cuán temible es este lugar, donde el sol de las misericordias bajó de lo alto para visitarnos! ¡Cuán venerable es este sitio donde el padre de familia, saliendo al encuentro de su hijo pródigo, se arrojó en sus brazos para revestirlo con vestidura de gloria; donde el Salvador del mundo, dulce y amoroso, derramó sobre nuestras llagas vino y aceite; donde el Dios de todo consuelo formó un pacto de eterna alianza con nosotros!... ¡Lugar santo y sagrado donde nuestro Divino Redentor penetró por medio de su divina sangre; lugar donde quiso vivir y morir! ¿Quién será digno de seguir sus huellas? Aquel únicamente que de Jesucristo aprende á ser dulce y humilde de corazón. Sin humildad todo se arriesga. ¿Queréis un apoyo sólido é inquebrantable? Fundad todos vuestros actos sobre la humildad... Únicamente ella os hará digno del

«lugar que ocupáis; mereceréis los favores de Dios,
«que á pesar de ser tan grande como es, dirige sus
«miradas á lo más humilde que existe en el cielo y
«en la tierra.»

Las relaciones que el Santo sostenía de antiguo con los más ilustres personajes de su época, relaciones que la misma Providencia había formado y multiplicado, se hicieron más importantes cuando se anunció la Cruzada. La conciencia de muchos príncipes y Pontífices dirigía, y con el ascendiente de su virtud y la luz que despedía su santa vida, bien puede decirse que en realidad era el director de todo su siglo.

Entre las almas confiadas á su cuidado, y que más que otras reclamaba sus consejos, citaremos á la reina de Jerusalén.

A pesar de la distancia que los separaba, hacía mucho tiempo que Melicenda sostenía frecuente correspondencia con San Bernardo. Viuda y Regente del reino, por ambos títulos merecía su especial solicitud. Pero San Bernardo, que escribía cartas extensas á los pobres y al último de los monjes, dirigía sólo lacónicas respuestas á los reyes y poderosos del mundo.

«Recibid, escribía á Melicenda, estas breves palabras como simiente de lejanas tierras que os envío para que den sazonado fruto en vuestro corazón... Acabáis de perder al rey vuestro esposo, y

»el rey vuestro hijo es aún demasiado niño para
»sostener el peso de una corona. El mundo tiene
»los ojos fijos en vos; mostrad que la mujer tiene
»la misma energía que el hombre; ordenad con tan-
»ta moderación y prudencia los asuntos del Estado
»que vuestros súbditos no se aperciban de la muer-
»te del rey; que no distingan entre el soberano que
»perdieron y la soberana que lo reemplaza. Diréis:
»no puedo; superior es á mi capacidad; no soy más
»que una débil mujer vacilante y novicia en el arte
»de gobernar. Tenéis razón, hija mía. Esas dificul-
»tades existen, no las desconozco. Pero por muy
»aterradoras que sean las olas del mar, sabed que
»Dios es poderoso para calmarlas y nada resiste á
»su poder.»

En otra carta le dirige también estas bellas pa-
labras: «Para reinar hija mía sobre los hombres con
»dignidad, preciso es que Dios reine en vos. La
»reina del Mediodía vino á Jerusalén para juzgar
»por sí misma la sabiduría de Salomón; quiso apren-
»der de aquel gran príncipe á gobernar sus estados.
»Pero, el que os propongo como maestro es más
»grande que Salomón. Es Jesucristo, y Jesucristo
»crucificado. Aprended en su escuela en condición
»de viuda á ser dulce y humilde de corazón, y en
»calidad de reina á amar la justicia y proteger la
»inocencia». El servidor de Dios, con su correspon-
dencia y demás medios apostólicos de que disponía

preparaba el camino de las Cruzadas sin descuidar ninguna oportunidad que pudiera excitar el celo de los príncipes y de los pueblos.

Finalmente los días de Pascua del año 1146 llegaron. La reputación del predicador sagrado atrajo á Vecelay una muchedumbre inmensa. El rey y su corte, la reina Leonor, un considerable número de prelados, hombres de armas de todas condiciones se reunieron en el valle de una colina, la que en defecto de otro lugar más espacioso se designó para la instalación del *parlamento*. Un cronista contemporáneo refiere que ni la Iglesia, ni la plaza pública, ni el castillo de la ciudad podían contener tan numerosa multitud como acudía de todos los lugares. Por esta razón se construyó en el campo al pie de una montaña que dominaba todo el llano de Vecelay una *máquina* de madera, *vastam machinan*, dice Odón de Deuil; sin duda una especie de tribuna con el fin que el abad del Claraval pudiera hablar desde allí á la multitud.

San Bernardo con autoridad apostólica subió al estrado, teniendo á su lado al joven Luis VII, el que llevaba en su pecho el signo de la cruz, y cuando el orador del cielo, según su costumbre, empezó á derramar sobre la multitud el rocío de la palabra divina, un grito unánime le interrumpió diciendo: «¡La cruz, la cruz!»

El predicador no tuvo tiempo para concluir de

leer la encíclica del Papa. Con grandes voces repitió los lamentos que la Ciudad Santa exhalaba, conjurando á los príncipes y al pueblo cristiano para que marchasen á libertar el sepulcro de Jesucristo.

«¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere!» gritó aquella inmensa muchedumbre. El rey vivamente conmovido se arrojó en presencia de todo aquel pueblo á los pies de San Bernardo, comprometiéndose solemnemente á libertar la Tierra Santa. Con el signo sagrado de la redención en la mano habló al pueblo comunicándole la resolución que Dios le había inspirado; estimuló el entusiasmo de los guerreros refiriéndoles en términos enérgicos las herejías del impío Phelastín blasfemando y arrojando el oprobio sobre la casa de David. Las palabras del monarca entrecortadas por sollozos acabaron de electrizar los corazones; la emoción fué general, y las colindantes montañas repitieron el eco de aquellos prolongados gritos de entusiasmo.

Siguiendo el ejemplo de Luis el Joven, la reina su mujer pidió y recibió de manos del abad del Claraval la cruz de los peregrinos. Varios obispos se decoraron con el mismo signo, y después de ellos un considerable número de señores y varones se acercaron á la tribuna reclamando la cruz. Entre los más ilustres, la historia cita al bravo Roberto Dreux, hermano del rey; Enrique, hijo del conde de Champagne; Teodoro de la Alsacia, el que

debajo de una blanca cabellera conservaba el intrépido valor de la juventud; el esforzado Engue-rrand de Covey; Archambault, señor de Borbón; Hugo de Lusignan, *y una multitud de gentes de armas, caballeros y hombres del pueblo*. El número de cruces que tenían preparadas no bastaron para aquella multitud de guerreros.

San Bernardo, impaciente por satisfacer tanta vehemencia desgarró sus propias vestiduras formando con ellas cruces. Cubierto de andrajos continuó hasta la noche, sembrando, mejor dicho que distribuyendo, aquellos gloriosos símbolos de fe. Al día siguiente la muchedumbre aumentó. El celo de los cruzados comunicóse con rapidez de unos á otros y el contagio del ejemplo confirmó los maravillosos efectos de la palabra.

El impulso habíase comunicado; la piedad católica triunfaba. Con la guerra Santa en perspectiva los resentimientos y las venganzas particulares habíanse desvanecido; tratados de paz confirmaron la reconciliación de los príncipes, y en todas partes se deponían las armas para emplearlas en causas más dignas.

Luis VII, dócil á los consejos de San Bernardo, con anticipación preparó los movimientos estratégicos del ejército; envió embajadores á Roger, rey de Sicilia, con el fin de obtener barcos y víveres; escribió al emperador Conrado y al rey de Hungría

pidiéndoles libre paso por el territorio de sus respectivos reinos, y por último, conduciéndose como jefe lleno de sabiduría, envió también diputados á Manuel Comnéne emperador de Constantinopla, comunicándole sus designios é invitándole para que entrara en la liga bajo el estandarte de la Cruz.

Resueltas estas disposiciones se fijó la marcha para la primavera del año siguiente, retirándose los cruzados á sus respectivos hogares.

Un cronista añade, alegremente volviéronse todos á sus casas, y en cuanto al abad del Claraval, siguió predicando las Cruzadas en el nombre del Dios de las verdades.

CAPÍTULO TERCERO

Los judíos perseguidos en Alemania con motivo de la Cruzada.—El Santo los defiende.

Terminadas las jornadas de Vecelay, San Bernardo visitó las ciudades más importantes de la Borgoña y las provincias vecinas, con el fin de formar un ejército bajo el estandarte sagrado de la Cruz. El entusiasmo que inspiraban sus predicaciones confundíase con la admiración que causaba los muchos milagros que obraba, y toda la Francia se enardeció con la penetrante palabra del hombre de Dios. Considerábasele como á otro Moisés, mensajero enviado de lo alto para conducir al pueblo de Dios á la Tierra prometida.

Nuevas asambleas se convocaron en Laon, Chartres y otras ciudades con objeto de apresurar los preparativos de la guerra y ordenar los respectivos intereses de los peregrinos. Bernardo presidió im-

portantes reuniones, y á las que no podía asistir enviaba cartas ó se hacía representar por religiosos penetrados de su mismo espíritu.

En Chartres se deliberó sobre la elección del general en jefe, que por su capacidad pudiese ponerse al frente del ejército.

Un analista dice: «Imposible parecerá al mundo que el elegido por unanimidad para ponerse al frente de oficiales y soldados y dirigir la expedición fué el abad del Claraval. El Santo, con terror, rehusó aquel puesto de honor, y viéndose apremiado por todas partes acudió al Papa para que no le abandonase en aquellas circunstancias.

«Ignoro, escribía, por qué raro capricho me han designado para jefe y capitán del ejército. Declaro que semejante cargo no podía ni suponerlo ni deseármelo, porque no entra en los límites de lo posible. Por mucho que yo estimara mis fuerzas, jamás pretendería lo que está tan por cima de mí. Además, ¿cómo puedo yo ordenar un ejército ni dirigir maniobras militares? Nada tan contrario á mi profesión, aunque la capacidad me ayudara...»

Los Cruzados al elegir por general en jefe á San Bernardo consideraban seguro el triunfo; tanta era la confianza que el Santo les inspiraba. Al ponerse bajo la dirección de un hombre que en algún tanto participaba del poder de Dios, esperaban que la victoria siguiera al ejército; pero San Bernardo

permaneció inflexible y el Papa aprobó su resolución.

Mientras predicaba con éxito admirable á través de las diversas comarcas de Francia, se cometían en Alemania tales violencias que reclamaron su más apremiante solicitud.

El entusiasmo popular, aun procediendo de buenas causas, va siempre más allá del objeto que se propone. La pasión toma parte, y extraviada por el delirio, hace á los pueblos crueles y reclama víctimas. Ya en la primera Cruzada el impetuoso celo de los soldados de la Cruz habíase excitado contra los judíos bajo el pretexto de que no querían dejar en su propio país á los enemigos de Cristo que iban á combatir en tierras lejanas. En cada nueva expedición repetíanse las escenas sangrientas; y la segunda Cruzada acababa de resolverse cuando igual persecución estalló en varias ciudades á orillas del Rhin.

Un monje alemán, llamado Rodolfo, abandonó su monasterio por su propia autoridad con objeto de levantar á los pueblos contra judíos y sarracenos, siendo bien acogido por aquella muchedumbre ignorante y fascinada. En Colonia, Majenza, Worms y Strasburgo, los gritos de muerte contra los judíos se confundían con el grito de guerra de los Cruzados, y en todas partes sangrientos abusos estuvieron á punto de comprometer la causa de la Tierra Santa.

Estas tristes noticias llenaron de dolor á los hombres animados del verdadero espíritu del Evangelio; San Bernardo principalmente manifestó en esta circunstancia el celo ardiente y caridad sublime que animaba su corazón. Inmediatamente escribió á Alemania contrarrestando las predicaciones del furibundo apóstol, y á su intervención debieron los judíos protección.

Los obispos también tomaron su defensa. En Majensa, el arzobispo Enrique los recogió y defendió en su propia casa, y ni aun así pudo librarlos del furor que los perseguía, cayendo muchos de ellos á los pies del caritativo prelado.

Sobre esta persecución existe una muy conmovedora carta escrita por un judío contemporáneo, el que quiso transmitir á la posteridad, con el recuerdo y las amarguras de Israel, un testimonio de gratitud á San Bernardo. El escritor contaba en aquella época trece años; niño aún asistió á las trágicas escenas que refiere. Relacionada esta carta con el motivo que nos ocupa, no podemos eximirnos de referir algunos detalles. Empieza así:

«Yo, Jeschua Ben Meïr, nací en el mes de tebeth 5257. Mi familia pertenecía á la raza de Aarón, y mi padre, expulsado del reino de España, se estableció en la villa de Avignon en Provenza, bañada por el río Ron: de allí fuimos á Genes, donde permanecemos hasta ahora...

»Cuando en Occidente se supo que los turcos habían destruido la villa de Edeso y otras tierras de Judá, conquistadas en otra ocasión por los incircuncisos, el Papa Eugenio envió mensajeros por todas partes, diciendo á grandes y pequeños: ¿Qué hacéis? Las calamidades llegan á su colmo, y permanecéis indiferentes á ellas. ¡Valor! Marchad á la tierra de Israel; volad, exterminad á los turcos y eliminadlos del número de las naciones.

»El padre Bernardo fué de villa en villa repitiendo en todas partes las lamentaciones de los incircuncisos de Oriente. Pero para la casa de Jacob este tiempo fué de luto y desolación. Abrumada se vió por multitud de males y castigada con infinitas plagas; sus rodillas doblegáronse, el exceso de su dolor penetró hasta sus entrañas, y los semblantes aparecieron lívidos de fatiga y espanto. Un sacerdote llamado Rodolfo vino de Alemania con el fin de señalar con un sello especial á todos aquellos que se comprometían á combatir por Jerusalén. Este malvado, con furibundos discursos, excitó al pueblo para que exterminara aquéllos de entre nosotros que antiguos perseguidores habían librado en otras ocasiones. ¡Adelante! les decía, ¡vamos! ¡El tiempo ha llegado ya para estos malvados; preciso es concluir con ellos, necesario degollarlos á todos!

»Ese sacerdote predicó en muchas ciudades, seduciendo por todas partes á los perros (cristianos)

y diciendo que necesario era asesinar á los judíos y después ir á la Palestina. Los judíos, sobrecogidos de terror, asemejábanse á la mujer cuando siente los primeros dolores de parto; temblaban horrorizados, no encontrando en ninguna parte ni refugio ni esperanzas...

»Entonces se dirigieron á Dios diciendo: ¡Señor, echad una mirada de compasión hacia nosotros! ¡Cincuenta años hace que nuestra sangre corrió por todas partes, siendo sentenciados á muerte por la confesión de tu santo nombre, y he aquí que volvemos á recibir nuevos castigos! Redentor Dios de Israel, ¿nos has rechazado para siempre? ¿No harás nada por nosotros por la gloria de tu poderoso nombre?

»El Señor Dios oyó los gemidos de su pueblo, recordó su alianza y usó de nuevo con nosotros de grandes misericordias. Contra Belial, un sabio llamado Bernardo de Claraval nos envió. Este religioso calmó el furor diciendo: «Marchad á Sión, defended el sepulcro de Nuestro Señor, pero no hagáis mal á los judíos; habladles con caridad; carne y huesos son del Mesías, y si les maltratáis corréis el riesgo de herir al Señor en la pupila de sus ojos. No, el cruel Rodolfo no ha predicado según el espíritu de verdad, porque la verdad ha dicho por boca del salmista. *No los exterminéis por temor de que olviden del todo á mi pueblo.*» Así habló este

sabio, y su voz fué escuchada porque era amado y respetado. Todos le escucharon y la cólera se apagó sin ejecutar el mal que se proponían. El padre Bernardo no había recibido, sin embargo, ni beneficios ni dinero de los judíos. Su corazón le inclinaba á amarlos y le sugería buenas palabras para Israel.

»Yo te bendigo, Adonái mi Dios, porque habíamos excitado tu cólera y tú nos perdonastes y consolastes enviándonos á ese justo, sin el cual ninguno de nosotros habría conservado la vida. Gracias sean dadas á Aquel que salva y consuela. Amén.»

El escritor, después de este preámbulo, refiere una multitud de actos de crueldad que mancillaron diversas localidades, aunque la persecución dejó de ser general. En distintas ocasiones los judíos vieron obligados á abandonar sus hogares y buscar refugio en grutas y cabañas. En Colonia el Arzobispo los encerró en el fuerte de Halkenberg para sustraerlos del rigor de sus implacables enemigos. Dos jóvenes israelitas, por haber salido del castillo, fueron asesinados en la montaña; su desgraciado padre afrontó todo género de peligros para descubrir á los asesinos; al fin los encontró y forzosamente los condujo al arzobispo, pidiéndole con lágrimas justicia y venganza. El culpable fué condenado á que le sacaran los ojos, muriendo después

del suplicio. Que perezcan del mismo modo todos los enemigos del nombre de Israel, continúa el escritor judío. En Wurtzbourg se dijo que un cristiano había sido ahogado en el río. Acusaron de este crimen á los judíos, é inmediatamente el populacho se sublevó contra ellos, asesinando un gran número. Rabi Isaac, continúa el narrador, fué asesinado con su libro en la mano rodeado de sus discípulos. Una joven, hermana de uno de éstos, fué presa y arrastrada, á pesar de sus gritos, á la casa de la mentira; y como tuvo el valor de escupir sobre el ídolo la destrozaron á golpes, cayendo sin conocimiento sobre el mármol del pavimento, quedando inmóvil y fingiéndose muerta por temor de que siguieran maltratándola. Pero á media noche, después que la gente hubo abandonado la iglesia, se acercó á ella una mujer cristiana, y cogiéndola con caridad la ocultó en su propia casa, curándola y devolviéndola después á su padre. El nombre de Dios, tres veces santo, sea eternamente bendito. Amén.

Estos actos de barbarie que se renovaban diariamente turbaron la santa alegría que la Cruzada inspiraba á Bernardo. El servidor de Dios escribió inmediatamente al Arzobispo de Majensa, y en su carta manifiesta toda la indignación que le inspiraba la odiosa conducta de Rodolfo.

«No ignoro, dice, la sentencia que el Señor ha

»pronunciado: *necesario es que el escándalo llegue,*
»*pero desgraciado aquel por quien llegare.* El hom-
»bre de quien me habláis no ha recibido misión de
»predicar, ni de Dios ni de los hombres. Si preten-
»de tener derecho porque es monje ó ermitaño, en-
»señadle que la misión del monje no es hablar, sino
»llorar; que el mundo para un ermitaño debe ser
»una prisión y el desierto un paraíso; pero éste, por
»el contrario, considera su soledad como una pri-
»sión y el mundo como un paraíso. ¡Hombre sin
»corazón y sin pudor, cuya locura se manifiesta os-
»tensiblemente! De tres cosas le reconvegno: de
»haber usurpado el ministerio de la predicación,
»haber desafiado la autoridad de los Obispos y apro-
»bar el homicidio.

»Pues qué, ¿la Iglesia no puede triunfar de los
»judíos por la persuasión y la fuerza de la verdad,
»sin necesidad de recurrir al asesinato? ¿Por ven-
»tura pide en vano con constante oración que el
»Señor nuestro Dios levante el velo que cubre sus
»ojos y oculta la luz á esta páfida nación? La ora-
»ción de la Iglesia no tendría sentido común si
»desesperara de traer á la fe aquellos que se man-
»tienen en la incredulidad. Ruega porque conoce
»las intenciones misericordiosas de Aquel que de-
»vuelve bien por mal y amor por odio. ¿Qué dice la
»Escritura? *No los matéis.* Cuando la plenitud de
»las naciones hayan entrado, *Israel se convertirá...*

»Porque escrito está: de Sión ha de venir Aquel
»que ha de salvar y borrar la iniquidad de los hi-
»jos de Jacob. Cuando Jerusalén sea reedificada,
»los hijos dispersos de Israel se reunirán. He aquí
»lo que nos enseña la Escritura. ¿Y eres tú el que
»pretendes dejar por embusteros á los profetas y á
»los apóstoles? ¡Inutilizar los tesoros de misericor-
»dia reservados en el corazón de Jesucristo! No; la
»doctrina que predicás no es doctrina tuya; al es-
»píritu de las tinieblas pertenece; padre de la men-
»tira es el que te envía; homicida fué desde el prin-
»cipio y amó la mentira convirtiéndola en obras.
»¡Doctrina detestable! Monstruosa é infernal sabi-
»duría en directa oposición con la de los apóstoles
»y profetas, enemiga de la gracia y de la piedad!
»Doctrina sacrílega, que fué concebida y engendra-
»da por la impiedad...»

Terrible anatema pesa, sin duda, sobre los ju-
díos. Al divino Mesías desconocieron; la gracia del
santo de Israel negaron, blasfemando, por cuyo mo-
tivo, con los ojos cerrados al sol de la verdad, atra-
viesan el mundo hace cerca de dos mil años, arras-
trando el peso de una visible reprobación. Los pro-
fetas de Israel predijeron este lamentable destino,
y los mismos profetas predicen su fin.

Los hijos de Israel, dice uno de ellos, por mu-
cho tiempo vivieron sin rey, sin príncipe, sin sa-
crificios, sin altar, sin *ephod* y sin *theraphim*. Pero

pasado este tiempo, volverán, buscarán al Señor su Dios y á David su rey, y en sus últimos días recibirán con respetuoso terror al Señor y las gracias que les conceda.

Una infinidad de textos sagrados del antiguo y nuevo Testamento anuncian evidentemente la conversión de los judíos; y las enseñanzas unánimes de los doctores de la Iglesia exponen este gran acto de misericordia. En estos textos reconocía su causa el religioso interés que San Bernardo profesaba á los restos de Israel. Su caridad es la misma que abrasaba el corazón del gran apóstol de los gentiles: lo que acabamos de transcribir es eco fiel de las palabras que San Pablo escribió á los romanos.

«¿Por ventura ha rechazado Dios á su pueblo? Ciertamente no; yo soy israelita de la raza de Abraham y de la tribu de Benjamín. ¿Qué diré, pues? ¿Su caída es irremediable? ¿Dios no lo permita! Motivo de salvación ha sido para los gentiles con objeto de que el ejemplo sirva de emulación. Porque si su caída ha sido causa de la riqueza del mundo, ¿cuánto más no lo enriquecería su plenitud! Y si su pérdida ha sido motivo de reconciliación, su salvación sería la vuelta de la muerte á la vida. Porque si las primicias de los judíos han sido santas, la masa común lo es también; y si la raíz es santa, el árbol también lo es».

Si alguna de las ramas ha sido arrancada; si vos

que no érais más que un olivo salvaje habéis sido ingertado en el olivo natural y verdadero; si habéis participado de la savia y del jugo que brota de su propia raíz, no tengáis la pretensión de elevaros por cima de las ramas primordiales. Sabed que no sois vos el que alimenta la raíz, sino la raíz la que os alimenta á vos.

El apóstol continúa:

«Hermanos míos, mi deseo es descubriros este misterio con el fin de que no os consideréis sabios á vuestros propios ojos; parte de los judíos cayeron en la ceguedad, hasta que la multitud de las naciones entren en la comunidad de la Iglesia, y que de este modo todo Israel se salvará dando cumplimiento á lo que escrito está; de Sión saldrá un libertador que desterrará la impiedad de la casa de Jacob.

«Esa será la alianza que yo forme con ellos cuando hayan borrado sus pecados. Así, pues, en cuanto al Evangelio enemigos son en causa vuestra; pero amados por elección á causa de sus padres. Porque los dones y la voluntad de Dios, inmutables son y jamás vuelven atrás.»

Día llegará que saliendo Dios de su secreto, como otras veces Jacob de su doloroso sueño, recordará al hijo pródigo. *Suscepit Israel, puerum suum recordatus misericordiæ suæ*. Entonces se levantará, y con la alegría de una madre dirá á la

Iglesia: Este hijo perdido estaba y encontrado ha sido. Muerto y resucitó. Los huesos humillados de Israel se estremecerán entonces de amor. *Exultabunt ossa humiliata*: aquel pueblo antiguo, corriendo del Mediodía y del Aquilón, caerá á los pies de la Cruz y Dios borrará de su frente la mancha de sangre que hoy lo mancilla.

Y puesto que según el apóstol las vocaciones de lo alto son irrevocables y los dones de Dios inmutables, el pueblo judío, después de haber escrito las primeras páginas en los libros sagrados, reaparecerá en los últimos días para trazar la historia del mundo. ¡Oh, profundos tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán impenetrables son sus juicios y cuán misteriosos sus caminos!

ARTICLE
THE JOURNAL OF THE AMERICAN MEDICAL ASSOCIATION

THE JOURNAL OF THE AMERICAN MEDICAL ASSOCIATION
PUBLISHED WEEKLY
CHICAGO, ILL., MAY 1, 1919
Vol. 27, No. 18

THE JOURNAL OF THE AMERICAN MEDICAL ASSOCIATION
PUBLISHED WEEKLY
CHICAGO, ILL., MAY 1, 1919
Vol. 27, No. 18

CAPÍTULO CUARTO

Asamblea reunida en Etampes.—Llegada á Francia del Papa Eugenio III.—Salida de los Cruzados para la Tierra Santa.

res semanas escasamente habían transcurrido desde la llegada del santo monje al Clara-val, cuando nuevamente se vió obligado á salir de su monasterio para asistir á la asamblea general de varones ilustres y prelados del reino, convocados por el rey, en Etampes.

El Parlamento abrió sus sesiones el 16 de Febrero del año 1147. Luis el Joven las presidió, proponiendo diversas cuestiones sobre las cuales llamó muy particularmente la atención de sus consejeros. El entusiasmo parecía algún tanto decaído, pero al presentarse San Bernardo notificando que el monarca y los grandes del Teuton habíanse afiliado al ejército de la Cruz, los semblantes todos se animaron, comunicándose una emoción de san-

to orgullo cristiano que dieron mayor vigor á las resoluciones tomadas anteriormente.

La primera jornada se dedicó á recibir á los embajadores de Conrado y diputados de Geisa, rey de Hungría, que venían á anunciar que sus respectivos soberanos concedían paso franco á los Cruzados.

Las cartas dirigidas por el emperador de Grecia, Manuel Commene, conteniendo enfáticas protestas de amistad, en contestación á la que el rey de Francia le había dirigido notificándole la Cruzada, también fueron leídas. El estilo oriental é hiperbólico de aquellas epístolas molestó á los franceses; el obispo de Langres, Godofredo, compadecido del rey, visiblemente contrariado con tantas adulaciones, y no pudiendo soportar las interminables frases del lector, le interrumpió diciéndole:—Hermano mío, no ponderéis tanto la gloria, excelencia, piedad y sabiduría del rey; él se conoce á sí mismo y nosotros le conocemos también; decidle en concreto y con sencillez lo que tenéis encargo de comunicarle.

Al día siguiente la asamblea ocupóse de trazar el itinerario que la Cruzada había de seguir para llegar á la Palestina. Los embajadores de Roger, rey de Sicilia, propusieron la vía marítima como la más segura y favorable para trasladar las tropas á los puertos de Siria. Insistieron sobre las ventajas de este camino, exponiendo la multitud de inconve-

nientes, peligros y dificultades que habían de sufrir al atravesar por tierra países incultos. Fundaban su opinión en el recuerdo de la antigua traición de los griegos; sin embargo, la prudencia y buenos consejos de los normandos-sicilianos no fueron atendidos, quizás porque se hacían sospechosos por el odio que profesaban á sus agresores los griegos, ó quizás también porque la navegación marítima no ofrecía bastante atractivo al genio aventurero de los guerreros franceses.

Desdichadamente los consejos de Roger no prevalecieron, resolviendo dirigir el grueso del ejército por las orillas del Danubio.

Tomadas todas las disposiciones, los consejeros se ocuparon en la elección de las personas que habían de cuidar y administrar los intereses de la nación durante la ausencia del rey.

Después que el abad del Claraval, dice el cronista, hubo terminado su oración invocando la luz del Espíritu Santo, el rey Luis, siguiendo la costumbre de sus predecesores, encargó á los Prelados y señores del reino eligieran la persona que había de cuidar de la nación. Estos se retiraron para deliberar, resolviendo lo que más acertado les pareció. Al salir Bernardo al frente de ellos, señaló con la mano al abad Suger y al conde Guillermo de Nevers, diciendo: «He ahí los dos poderes que hemos elegido.»

Esta doble elección hubiera, sin duda alguna, agradado á todo el mundo si hubiera complacido á los dos elegidos. Pero el conde de Nevers expuso que estaba resuelto á retirarse á los cartujos, como en efecto así lo verificó algún tiempo después, á pesar de los ruegos del monarca, y sin que nadie pudiera hacerle desistir de su piadosa resolución.

Instancias no menos poderosas é influyentes se necesitaron para que Suger aceptase una misión considerada generalmente *como pesada carga más bien que como honrosa dignidad*.

Por mucho tiempo resistió, pero al fin cedió á los ruegos del rey y órdenes terminantes del Papa: la posteridad sabe con el desinterés que aquel fiel ministro desempeñó su cometido gobernando el reino durante la ausencia del rey.

Terminados los asuntos que habían motivado la asamblea, ésta se disolvió para ocuparse de los preparativos de la partida. En Francia, Alemania y casi toda Europa, los pueblos se pusieron en movimiento. En todas partes veíanse cruzados; en los caminos no se encontraban más que soldados, peregrinos y trovadores. La época de los héroes parecía que había vuelto á renacer, y una especie de vergüenza marcaba á todo aquel que no seguía la bandera de la cruz; en señal de su deshonra enviábanle *una rueca y un huso*.

Disuelta la asamblea reunida en Etampes, San Bernardo volvió á su monasterio, pero no permaneció mucho tiempo allí, porque los asuntos de la Tierra Santa y quizás también otros graves motivos sobre los cuales los historiadores guardan la mayor reserva, obligáronle á emprender un segundo viaje á Alemania. El 29 de marzo se encontraba en Treves, y durante los preparativos de la Cruzada, los cronistas lo presentan ya en Francfort, Metz, Troyes, Sens, Auxerre Tonnerre y otras muchas ciudades. Esta nueva misión quizás tuvo relación con un asunto de alta política que algunos cruzados alemanes se comprometieron á llevar á cabo. Más adelante hablaremos de ello, y diremos también en lo que fundamos nuestras conjeturas. Pero sea lo que fuere, este segundo viaje no fué ni menos fructuoso ni menos maravilloso que el anterior. Milagros que se hicieron comunes por su multiplicidad, visibles bendiciones, conversiones inesperadas por todas partes iban marcando las huellas del hombre de Dios.

Mientras tanto, refiere el monje Odón, para que nada faltase á esta santa expedición, el Pontífice Eugenio, llegó á Francia, para celebrar la Pascua del Señor en la basílica de Saint Denis.

Esto ocurría en la primavera del mismo año 1147.

Eugenio III quiso contemplar por sus propios ojos las grandes cosas que San Bernardo obraba,

y además de este piadoso deseo, se proponía también, mientras el ejército cristiano combatía en Oriente, trabajar en unión del abad del Claraval, para exterminar la heregía que se había propagado á Occidente.

La llegada á Francia del Papa, nación eminentemente católica, invenciblemente fiel, sumisa y obediente siempre al jefe de la Iglesia, aumentó el entusiasmo de los cruzados produciendo general alegría. El rey acompañado de brillante séquito salió hasta Dijon para recibirle, y al verle se bajó del caballo prosternándose á sus pies *los que cubrió de besos y lágrimas*.

Eugenio en nombre del Rey de reyes, cuyo lugar ocupaba en la tierra, aceptó del rey de Francia aquellas protestas de piedad. Públicamente elogió las virtudes hereditarias de la ilustre familia de Hugo Capeto haciendo especial mención de Enrique, hermano del rey, el que, en el Claraval practicaba hacía algunos años la perfección monástica, distinguiéndose entre los religiosos por la austeridad de su vida.

Después de pronunciar esta edificante alocución, el Soberano Pontífice y el joven Luis se dirigieron á la basílica de Saint Denis, donde llegaron la víspera de Pascua. La solemnidad religiosa celebróse en la real basílica con el fausto debido á la presencia de su Santidad y la Corte de Francia. Los jefes

de la Cruzada asistieron también á los oficios, y entre aquella multitud de personajes notábase con cierto orgullo al gran maestre de los templarios rodeado de ciento treinta caballeros que habían venido de Jerusalén para unirse á la expedición. Aquel hermoso día fué de júbilo para el rey y todo el ejército; Alemania envidiaba á Francia, el favor de poseer dentro de su recinto al *lugarteniente del Salvador del mundo*, heredero del príncipe de los apóstoles.

La estancia del Papa en París y sus sabias determinaciones perfeccionaron la disciplina eclesiástica, resultando no obstante murmuraciones y resistencias; varios clérigos, protestaron reservadamente contra la corte pontificia, tramando contra ella un complot que dió lugar á una extraña aventura. El abad Alberico refiere, «que habiendo ido »Eugenio III procesionalmente á Santa Genoveva, »los clérigos de aquella iglesia armados con varas »se arrojaron sobre la gente que acompañaba al »Papa, apaleándolos y haciendo derramar sangre». El Pontífice, para castigar á los culpables destituyó al clero de Santa Genoveva reemplazándole con canónigos regulares de San Víctor. Pero los descontentos no permanecieron ociosos; diariamente fomentaban tumultos, y todas las noches venían á *alborotar y turbar el oficio de maitines*. Tanto hicieron que el ministro Suger se vió obligado á em-

plear medios extremos; *los amenazó con hacerles saltar los ojos y quebrantar sus huesos.*

Esta amenaza restableció al fin la paz en París.

Al estado que habían llegado las cosas la primera dificultad estribaba, en encontrar fondos con que satisfacer los enormes gastos que la Cruzada ocasionaba.

Importantes, ciertamente, eran las ofrendas de los fieles, pero no bastaban. Luis VII para crear nuevas rentas, estableció impuestos aprobados por el Soberano Pontífice. La mayoría de los señores del país encontrándose en los mismos apuros recurrieron á iguales medios. Ciertó que poseían inmensas riquezas territoriales, pero no tenían dinero, porque imprevisoramente gastaban la totalidad de sus rentas.

Sabido es la influencia que aquella embarazosa situación ejerció sobre el espíritu financiero de la época, contribuyendo á la civilización moderna por medio de las franquicias concedidas á los particulares y comunidades. A la emancipación de los pueblos suceden á veces violentas sacudidas, pero la libertad política se equilibra en medio de esas vicisitudes y semejante á los demás progresos de la vida social, no se desarrolla hasta después de sufrir largas y dolorosas pruebas.

Mientras que estos sucesos tenían lugar en las Galias, multitud de cruzados veíanse por todos los

caminos que conducen á Metz y Regensbourg. La primera de estas ciudades fué designada como punto de reunión para las tropas francesas y la segunda para los cruzados alemanes.

Con objeto de que las tropas no careciesen de víveres al tener que atravesar las mismas comarcas, los dos soberanos convinieron en dejar pasar un intervalo entre la salida de ambos ejércitos. Conrado partió en el mes de mayo y Luis el Joven en los últimos días de junio.

El emperador, antes de reunirse al ejército alemán, hizo reconocer á su hijo Enrique por su presunto heredero, el que niño aún fué consagrado, sin oposición alguna, en Aix la Chapelle. Este suceso tan importante y tan providencialmente realizado, por consolidar el cetro imperial en su familia, llenó de alegría al jefe de la dinastía de los Hauhenstauffen. El joven rey no podía por su edad gobernar la nación. El venerable arzobispo de Majencia y el abad Corby fueron elegidos como tutores y regentes del imperio, ambos versados en asuntos públicos dirigieron los estados de Alemania de común acuerdo, con una lealtad únicamente comparable á la del piadoso abad Suger.

Sancionadas estas disposiciones, Conrado, en unión de sus hermanos Otton de Frisingen y Enrique de Baviera, su sobrino Federico de Souabe y los más ilustres príncipes de Alemania se diri-

gieron á Regensbourg con gran solemnidad, donde esperaba un ejército nunca visto en siglos anteriores. Los caballeros del Teuton recargados con tanto oro y bronce, eclipsaban al sol; la tierra, dice un cronista se estremecía con el piafar de los caballos, y en aquel vastísimo llano sólo se veía un oleaje de multitud de penachos, cascos, resplandecientes corazas y más de setenta mil lanzas brillantes como el sol moviéndose en todas direcciones. Además de esta numerosa falange de *nobles caballeros* el ejército llevaba en pos de sí una multitud de caminantes, peregrinos, hombres y mujeres en tan gran número que según expresión de Otton de Frisingen los ríos se resistían á trasbordarlos y los caminos eran estrechos para contenerlos. El ejército mandado por el emperador en persona se dirigió á Constantinopla por Hungría y la Bulgaria, teniendo que establecer allí su campamento hasta la llegada de la Cruzada francesa.

Luis VII, el muy cristiano rey, con obras de piedad se preparó para la expedición y para implorar la protección de Dios, dice el cronista, *ejecutó cosas dignas de elogio*; acompañado únicamente de dos servidores visitó las casas de los pobres y las de los religiosos, llevándoles abundantes limosnas, consolando á los afligidos, asistiendo á los enfermos y llevando su abnegación hasta servir con sus propias manos á los leprosos.

Después de cumplir los dictámenes de su propia conciencia se dirigió con los señores de su corte á Saint Denis, donde le esperaban su madre la reina Adelaida, Leonor su mujer y un gran número de soldados. La real basílica estaba adornada con sus más ricas preseas. Entre otros objetos de edificación admirábase las veneradas imágenes de los héroes de las primeras Cruzadas, los que parecían sonreír á sus herederos. Godofredo de Bonillón, Raimundo, Tancredo, Hugo de Vermandois, y sus inmortales compañeros de armas, iluminaban las vidrieras del templo; y al lado de estas grandes figuras, hallábanse otros cuadros representando el combate de Antioquía, las batallas de Ascalon y la gloriosa conquista de Jerusalén.

El papa Eugenio, el abad Suger y el clero de Saint Denis recibieron en el coro de la iglesia al rey Luis, el que permaneció por largo tiempo prosternado humildemente en tierra. El Pontífice ayudado por el abad de Saint Denis abrió una puertecita de oro y sacó con gran solemnidad un cofre de plata conteniendo las reliquias del bienaventurado mártir con el fin de que el rey contemplase y besase las reliquias de aquel á quien amaba su corazón. Hecho esto tomó la oriflama del altar y entregó al rey el bordón y el zurrón del peregrino, dándole también la bendición apostólica. Terminada la ceremonia, Luis, para evitar el entusiasmo

del pueblo, se retiró al claustro de los monjes, donde comió y pasó la noche. Al siguiente día abrazó á todos los que le rodeaban y se alejó, dejando tras de sí bendiciones y lágrimas. No intentaré, continúa el cronista, describir tan conmovedora escena... La madre y la esposa del rey cayeron desmayadas. Temerario ó supérfluo sería describir tan desgarrador espectáculo.

El ejército francés no era menos brillante que el del Teuton. Componíase de cien mil cruzados próximamente sin contar caminantes y peregrinos fuera de combate. En Metz, en tierras que pertenecían al imperio, acampó esta formidable masa de hombres dirigiéndose desde allí al Oriente.

Luis VII al salir comprendió ya la falta que había cometido llevando consigo á la joven reina Leonor. Su ejemplo autorizó á los demás caballeros á llevar también á sus mujeres; y éstas teniendo á su servicio *camareras poco castas, escandalizaron al ejército*.

Otros elementos de desorden introdujéronse también entre aquellos soldados indisciplinados. Especuladores, trovadores afeminados, aventureros de diversas naciones atraídos por la novedad y el lucro, marchaban tras los soldados de la cruz ansiosos por devorarlos.

Tarde era ya para evitar tan graves inconvenientes. Odón de Deuil, refiere que Luis VII ordenó

severísimas leyes; pero añade con sinceridad, *como nunca se cumplieron he llegado á olvidarlas.*

El ejército salió de Francia el 29 de junio 1147, dos meses después que el ejército alemán. Pasó por Worms, Würzburg, Regensburg, donde atravesó el Danubio, siguiendo con exactitud la misma dirección que Conrado.

Una tercera expedición compuesta en su mayoría de ingleses y peregrinos del Norte de Alemania, habíase embarcado en un puerto de Inglaterra dirigiéndose al Asia. Por vientos contrarios esta flota tuvo que arribar á las costas de Portugal, donde un glorioso hecho de armas, consolidó la existencia de aquel nuevo reino recientemente fundado por un conde de Borgoña.

Durante una penosa marcha y á través de un trayecto de más de quinientas leguas, los dos ejércitos fueron acogidos por todas partes con cristiana hospitalidad excepto en territorio griego. «En otras partes, dice Odón de Deuil, los indígenas nos vendían honradamente, lo que necesitábamos, sosteniendo con ellos pacíficas relaciones. Los griegos, por el contrario, encerrados en sus ciudades nos arrojaban los víveres atados con cuerdas desde lo alto de las murallas, y como puede suponerse, este modo molesto de satisfacer nuestras necesidades no convenía á la mayoría de los peregrinos, los que hartos de soportar tanta escasez en un país fértil,

empezaron á procurarse lo necesario para la vida por medio del pillaje y la violencia. El emperador griego, añade el mismo historiador, consideraba á los soldados de Occidente como hombres de hierro lanzando chispas de fuego por los ojos, y derramando sangre con la misma indiferencia que si fuera agua».

Con la hostilidad de los griegos y el desorden que fermentaba ya en el seno del ejército católico, fácilmente se comprenderá las terribles consecuencias que resultaron de esta gigantesca empresa.

CAPÍTULO QUINTO

Derrotas que sufrió la Cruzada.— Aflicción de San Bernardo.

Las siniestras noticias llegadas del teatro de la guerra tuvieron desdichada confirmación. La primera víctima sacrificada á la traición de los griegos fué Conrado. Audaz en la acción, pero sin firmeza en el consejo, este príncipe no supo mantener la disciplina en las filas de su ejército sufriendo casi todos los países que atravesó la rapacidad de sus soldados. El emperador de Constantinopla para evitar su permanencia en el país le obligó á que pasara al otro lado del Bósforo, ofreciéndole las más ardientes protestas de amistad, á la vez que le facilitaba los medios para que lo antes posible se alejara de allí.

A pesar de lo convenido, Conrado no esperó la llegada del rey de Francia. Comprometido se en-

contraba en los desfiladeros de la Capadocia, donde Commene le había dirigido varias emboscadas cuando Luis VII llegó á las puertas de Constantinopla; allí era donde el emperador bizantino tramaba contra la santa expedición obstáculos mil veces más temibles que las armas musulmanas; la perfidia era tanto más de temer cuanto que iba envuelta en protestas de una alianza sincera.

Nicetas, historiador griego, hace justicia en esta ocasión á la buena fe del carácter francés censurando á sus compatriotas por la astucia y doblez que usaron con objeto de debilitar el valor de los cruzados. Sin embargo, éstos no tardaron en conocer la falsedad de sus pretendidos aliados, y en medio de las fastuosas fiestas que en su obsequio celebraban, adquirieron la seguridad que Manuel Commene, digno descendiente de aquel que intentó destruir la primera Cruzada, sostenía secreta correspondencia con los turcos, con el fin de comunicarles el plan de campaña que el ejército latino se proponía.

Esta traición excitó tan vivamente la indignación en el campo francés, que algunos propusieron apoderarse de Constantinopla. El obispo de Langres apoyó la proposición con la autoridad de su larga experiencia.

«Mucho tiempo hace, les dijo, que Constantinopla constituye una importuna barrera entre nos-

»otros y nuestros hermanos de Oriente. Preciso es
»que el Asia sea accesible. Los griegos, como sa-
»béis, entregaron á los infieles el sepulcro de Jesu-
»cristo y todas las ciudades cristianas del Oriente.
»Constantinopla, no lo dudéis, caerá también en
»poder de los turcos, y algún día por extrema co-
»bardía, abrirá á los bárbaros el camino de Occi-
»dente. Los emperadores de Byzance no saben de-
»fender sus estados, ni dejan que se los defiendan.
»En todo tiempo han paralizado la acción de los
»soldados católicos. Apresurémonos á evitar nues-
»tra ruina y no dejemos atrás una nación que sólo
»pretende nuestra perdición.»

Con acento profético hablaba el piadoso obispo de Langres; los franceses no temieron discutir la suerte del imperio griego á las puertas de Constantinopla. Por desdicha nuestra, añade el analista, y la de los cristianos que permanecen fieles al apóstol Pedro, el Consejo del obispo de Langres no prevaleció.

Manuel Commene, temiendo que los franceses cambiasen de rumbo y con objeto también de apresurar su salida propagó la noticia de supuestas victorias alcanzadas por el ejército alemán. Pero al atravesar las orillas del Bósforo Asiático, supieron la sangrienta derrota sufrida por los soldados del Teuton. Federico Barbarroja, nieto del emperador de Alemania, fué en persona á notificar tan aterradora noticia al campo francés.

Poco después, Conrado herido y llevando tras sí los restos de un ejército totalmente destruído, se unió á Luis VII, el que al verle derramó abundantes lágrimas.

Los dos soberanos y sus confederados renovaron el juramento de trasladarse unidos á la Palestina, y mientras que Conrado se restablecía de sus heridas en Constantinopla, Luis VII seguía su marcha entre el monte Ida y el monte Olimpo haciendo prodigios de valor en las orillas del Meandre. Los cruzados atravesaron el río á la vista de dos cuerpos de ejército musulmán, los que atacaban, al salir del agua, con tal ímpetu que consiguieron formar sus batallones al otro lado del río. Esta fué la primera y única victoria alcanzada por la Cruzada.

Los soldados atribuyéronla á un hecho milagroso, y confiados en esta idea creyéronse invencibles. La presunción llegó hasta los jefes; sus querellas y mutuas rivalidades debilitaron la disciplina, y las enfermedades, consecuencia de la intemperancia, ofreció nuevo contingente á tan espantosa mortandad.

Según opinión de los historiadores, estas catástrofes deben atribuirse á la disolución de costumbres que imperaba en el ejército. La presencia de las mujeres enervó el espíritu militar, y tan grande fué el desorden, que un capitán llegó á revestirse

de un traje ridículo para ponerse al frente de un batallón de amazonas.

A estos excesos siguieron otros más lamentables. El jefe de la vanguardia, Geoffroi de Rancogne, había recibido la orden de ocupar la cima de una montaña con el fin de proteger la marcha de las tropas á través de los desfiladeros de la Phrygie occidental. Sin dar cumplimiento á la orden recibida acampó sus soldados en un llano exponiéndolos á una horrible matanza. «Al anochecer nuestros soldados caían unos sobre otros en unas simas dominadas por inmensas alturas».

El rey evadió el peligro á costa de su extraordinario valor: separado de los suyos y perseguido por los turcos, arrojóse por el flanco de una montaña, defendiéndose heroicamente con su espada ebria de sangre. Milagrosamente escapó y después de una larga serie de infortunios llegó á Antioquía, donde reunió los restos dispersos de su caballería. En aquella ciudad cristiana entregada al lujo y á las costumbres orientales, con amargura reconoció la falta que había cometido llevando consigo á su mujer Leonor. Este lamentable suceso de la Cruzada aumentó las complicaciones de la derrota.

Luis VII disimuló cuanto pudo las desdichas de la campaña y su propio deshonor, pero la noticia se extendió por Europa, donde produjo lamentable impresión. El abad Suger, regente del reino, es-

cribió al monarca, conjurándole volviera inmediatamente á Francia.

«Suplicamos, conjuramos á vuestra alteza que vuelva pronto. En el ocaso de la vida me encuentro; los trabajos que me he impuesto por amor á Dios y á vuestra persona, apresuran en mucho mi vejez. En cuanto á la reina vuestra mujer, es mi opinión que no le manifestéis disgusto alguno hasta que os encontréis en vuestros Estados y podáis, con más madurez de juicio, reflexionar.»

El rey, sin embargo, permaneció un año entero en Palestina arbitrando medios, en unión de Conrado, con que reparar las desgracias sufridas en la expedición. Hasta el año 1149 no volvió á embarcarse, y después de una corta estancia en Roma, llegó á Francia. Algunos centenares de soldados le acompañaban. Veintiocho meses antes había salido á la cabeza de más de cien mil hombres.

La vuelta del rey justificó la ansiedad de muchos y renovó la explosión de dolor. Casi todas las familias tenían alguna desgracia que deplorar; nunca se habían visto en Francia tantas viudas y tantos huérfanos; las lamentaciones fueron unánimes, y sin averiguar las causas que tan desdichadamente habían comprometido la Cruzada, el odio público cayó sobre un solo hombre, el que había sido el alma y el motor principal de aquella gigantesca empresa.

En los primeros momentos, ni aun los más amigos de San Bernardo, supieron contestar á las acusaciones aparentemente fundadas; no veían más que desdichas incontestables; sólo juzgaban hechos desastrosos, y hasta los milagros que habían presenciado convirtiéronse para ellos en motivos de escándalo. El santo abad del Claraval sufría en silencio tan profunda humillación, adorando desde el fondo de su corazón los incomprensibles designios de Dios. Tranquilo, resignado, desprendido de sí mismo y desdeñando las vanas satisfacciones de la popularidad, dejó pasar un año sin enviar al Papa una sola palabra que le justificara.

Pero mientras soportaba tranquilo esta ruda prueba, ¡cuánto no sufrió su alma por la ingratitud de los hombres! Uno de sus mismos discípulos fué el que más dolorosamente le atormentó. Un monje del Claraval, un hombre á quien había sustentado con su palabra y colmado de ternura, un hombre de su mayor intimidad á quien confiaba sus pensamientos más secretos, su correspondencia, los más importantes negocios, el monje llamado Nicolás fué el que le hizo traición y le comprometió ante toda la Iglesia. Nicolás, según testimonio del analista del Cister, era un joven dotado de extraordinario mérito, bello, afable, activo, con penetrante ingenio y capaz de desenvolver los más difíciles asuntos.

Durante la ausencia de San Bernardo había sido

admitido en la vida religiosa, conquistando muy pronto la estimación de sus superiores. Todos le admiraban, creyéndole llamado á grandes cosas; *pero*, dice el cronista, *semejante al ángel prevariador que se perdió por admirar sus propios encantos, apropiándose los dones de Dios, ofrecióselos al idolo de la vanidad que había erigido en su corazón*. El abad del Claraval lo nombró secretario suyo poniéndole en comunicación este empleo con los más notables personajes de todos los países, excitando su orgullo y haciéndole traidor.

Hasta el año 1151, entre otras muchas aflicciones que desgarraban su alma, San Bernardo no conoció toda la maldad de su infiel secretario. Ante la presencia de Pedro el Venerable le hizo declarar que había falsificado su sello, que sirviéndose de él había escrito una multitud de cartas recomendando á Roma, con falsos títulos, hombres criminales, y por último que había odiosamente violado las leyes sagradas de la confianza y de la discreción.

Nicolás, abrumado y confundido, no pudo soportar la presencia de aquellos dos servidores de Dios. Durante la noche salió, como Judas, retirándose á Inglaterra, pero frustrado en sus ambiciones y agitado por un continuo vértigo, siguió difamando á su bienhechor.

Su honor ultrajado no era lo que más mortifica-

ba á San Bernardo. Aceptaba este nuevo rasgo de semejanza con su divino Maestro, pero le era imposible reparar las dificultades que Nicolás le suscitaba. Prelados, magistrados, superiores de comunidades se quejaban del abad del Claraval, y éste no sabía cómo reparar tantas ofensas cuyas causas ignoraba.

«El monje Nicolás, escribía el santo al Papa, ha salido de entre nosotros, pero no es como nosotros; ha salido dejando tras sí las huellas de su perversidad. Además de los libros, oro y plata que se ha llevado, se le han encontrado tres sellos: el suyo, el del prior y el mío, y no el antiguo, sino el nuevo que había mandado hacer para evitar fraudes. ¿Qué haré para conocer el infinito número de personas á quienes ha escrito en mi nombre? ¿Cómo borrar las imposturas que con este medio ha transmitido á Roma? ¿Cómo justificar á los que ha calumniado? No me atrevo á mancillar mis labios ni vuestros oídos refiriendo los crímenes que ha cometido.»

No satisfecho con este primer aviso, volvió á escribir al Soberano Pontífice, temiendo circulasen otros documentos falsos:

«Me aseguran, escribe, que ha dirigido una multitud de cartas á varios personajes de la corte romana. Para evitar nuevas sorpresas he vuelto á cambiar mi sello, y sobre el que tenéis á la vista

«he mandado grabar mi retrato y mi nombre.»

El analista del Cister, después de condenar enérgicamente la perfidia del traidor, se entrega á graves consideraciones sobre las faltas de los religiosos. «¡Funesto ejemplo, exclama, que prueba la necesidad de una continua vigilancia! La Iglesia nos advierte que ningún hombre está seguro; que ninguna comunidad, por santa que sea, exenta está de tentaciones; que la regularidad en las prácticas exteriores no prueba siempre la docilidad de los espíritus ni la sumisión de las voluntades; y por último, que las residencias santas no santifican al hombre más que en cuanto éste las santifica.»

Difícil sería referir las increíbles tribulaciones que á un mismo tiempo estallaron sobre el santo abad del Claraval en los últimos días de su vida. Todos se creían con derecho á molestarle impunemente; personas de todas condiciones, eclesiásticos, prelados salidos del Claraval aumentaban su aflicción creyendo que cooperaban á una obra meritoria difamando á aquel grande hombre tan dulce y humilde. Nadie consiguió, sin embargo, perturbar su inimitable tranquilidad, y semejante al apóstol San Pablo, cuyo carácter y heroicas virtudes reproducía, mostrábase siempre el mismo, en la paciencia, en los males, en las necesidades, en las extremas aflicciones, en las sediciones, en los

trabajos, en las vigiliass, en los ayunos; por medio de la pureza, la ciencia, la bondad, los frutos del Espíritu Santo, y una caridad sincera; por la palabra de verdad, por el poder de Dios, por las armas de justicia con las cuales combatía á diestra y siniestra, entre el honor y el oprobio, la prosperidad y la adversidad; como un seductor, aunque muy leal; como un desconocido, por nadie ignorado; como un moribundo, con superabundancia de vida; como pobre enriqueciendo á los demás; como hombre que nada tiene poseyéndolo todo.

Estas eminentes cualidades del hombre apostólico brillaron más que nunca en el abatimiento y la ignominia. Los biógrafos refieren un hecho característico. Un postulante vino á buscarle al Clavaval, preguntándole con tono enojoso por qué no había querido admitirle en el monasterio. «¿Con qué objeto recomendáis la perfección en vuestros libros si después la negáis á aquéllos que la desean?» Añadiendo: «Si tuviera aquí vuestros libros los desgarraría por inútiles.» El servidor de Dios respondió: «Me parece que no habréis leído en ninguno de mis libros que para ser perfecto necesario es venir á nuestra casa; porque si mal no recuerdo lo que recomiendo es el cambio de conducta y no el cambio del lugar.»

Encolerizado este hombre, le pegó tan rudamente en la mejilla que instantáneamente se le infla-

mó. Los testigos de este sacrilegio, indignados, quisieron echarse encima del miserable. Bernardo los contuvo, suplicándoles por Jesucristo que no le tocaran, y lo hicieran salir sin molestarle.

Otro hecho, y es el último que citaremos, fué aún más sensible para el alma amante y delicada de San Bernardo. Hugo, religioso del Claraval, fué llamado á Roma por el Papa Eugenio III para ser revestido de la púrpura romana y consagrado obispo de Ostia. El nuevo cardenal, con motivo de un monje que el abad del Claraval habíase negado á enviarle, se declaró hostil á su antiguo padre espiritual; *lo desacreditó en público y privado, lo amenazó y condenó, sin tratar de averiguar las causas que habían resuelto la negativa del santo abad.* Si se considera, añade el analista, que se veía tratado así por uno de sus propios hijos, y en un asunto en el cual no tenía ningún interés, de admirar será la modestia incomparable que el servidor de Dios demuestra en la siguiente carta que le dirige:

«*Desgracias sobrevendrán al mundo á causa del escándalo. ¿Os he escandalizado? En qué os ofendí? El que ignore el sincero afecto que hasta ahora nos hemos profesado, únicamente lo creará; ¡triste é inconcebible cambio que me mortifica cruelmente! Aquel que me ayudaba me persigue; el que me amaba me ataca y amenaza; con imprecaciones y anatemas me aflige; de ingrato y de*

«traidor me acusa; á nuestros primeros padres no
»los condenaron sin haber sido antes escuchados
»y debidamente convencidos del mayor de los crí-
»menes. Vos me tratáis con menos justicia. Tanto
»me han despreciado que no me habéis creído dig-
»no de justificación. Me condenan sin preguntar
»la causa de mi conducta, sin inclinarme á reparar
»la falta que haya podido cometer, sin hacerme sa-
»ber el mal de que me acusan, sin concederme los
»medios de explicarme y contestar. Tened la bon-
»dad de escucharme y oír mis excusas. Si no son
»suficientes, serán al menos verdaderas y sinceras.»

Después de expresarle los motivos de su con-
ducta termina con estas cristianas palabras:

«Estas son las explicaciones que he creído con-
»veniente comunicaros. Si he obrado con impru-
»dencia, podéis reprenderme y aun castigarme; en
»todo caso, persuadido estoy que el justo me re-
»prenderá con caridad y no difamándome pública-
»mente con irritación y cólera.

«Por lo demás, á Dios bendigo porque antes de
»mi muerte me priva del consuelo demasiado dul-
»ce, al cual me apegaba quizás demasiado, de creer
»en vuestras bondades y amistad, con objeto de
»que aprenda por propia experiencia que *vale más*
»*esperar en Dios que esperar en los hombres.*»

APPENDIX

APPENDIX A

The first part of the appendix contains a list of the names of the persons who have been elected to the office of Mayor of the City of New York since the year 1784. The names are arranged in chronological order, and each name is followed by the year in which he was elected. The list is as follows:

Name	Year
John Jay	1784
James Duane	1785
John Jay	1786
James Duane	1787
John Jay	1788
James Duane	1789
John Jay	1790
James Duane	1791
John Jay	1792
James Duane	1793
John Jay	1794
James Duane	1795
John Jay	1796
James Duane	1797
John Jay	1798
James Duane	1799
John Jay	1800
James Duane	1801
John Jay	1802
James Duane	1803
John Jay	1804
James Duane	1805
John Jay	1806
James Duane	1807
John Jay	1808
James Duane	1809
John Jay	1810
James Duane	1811
John Jay	1812
James Duane	1813
John Jay	1814
James Duane	1815
John Jay	1816
James Duane	1817
John Jay	1818
James Duane	1819
John Jay	1820
James Duane	1821
John Jay	1822
James Duane	1823
John Jay	1824
James Duane	1825
John Jay	1826
James Duane	1827
John Jay	1828
James Duane	1829
John Jay	1830
James Duane	1831
John Jay	1832
James Duane	1833
John Jay	1834
James Duane	1835
John Jay	1836
James Duane	1837
John Jay	1838
James Duane	1839
John Jay	1840
James Duane	1841
John Jay	1842
James Duane	1843
John Jay	1844
James Duane	1845
John Jay	1846
James Duane	1847
John Jay	1848
James Duane	1849
John Jay	1850
James Duane	1851
John Jay	1852
James Duane	1853
John Jay	1854
James Duane	1855
John Jay	1856
James Duane	1857
John Jay	1858
James Duane	1859
John Jay	1860
James Duane	1861
John Jay	1862
James Duane	1863
John Jay	1864
James Duane	1865
John Jay	1866
James Duane	1867
John Jay	1868
James Duane	1869
John Jay	1870
James Duane	1871
John Jay	1872
James Duane	1873
John Jay	1874
James Duane	1875
John Jay	1876
James Duane	1877
John Jay	1878
James Duane	1879
John Jay	1880
James Duane	1881
John Jay	1882
James Duane	1883
John Jay	1884
James Duane	1885
John Jay	1886
James Duane	1887
John Jay	1888
James Duane	1889
John Jay	1890
James Duane	1891
John Jay	1892
James Duane	1893
John Jay	1894
James Duane	1895
John Jay	1896
James Duane	1897
John Jay	1898
James Duane	1899
John Jay	1900

CAPÍTULO SEXTO

Apología de San Bernardo.

 El tiempo, ese gran consolador de los dolores humanos, poco á poco fué calmando la borrasca que los desastres de la Cruzada habían levantado, dando á conocer en toda su extensión la verdad.

La guerra santa no correspondió seguramente á las esperanzas que los hombres concebían; sus funestas consecuencias destruyeron sus planes y al parecer hasta las mismas promesas de Dios. No obstante, en los grandes desconciertos de la vida humana la obra de Dios, en combinación con la libertad del hombre evidentemente se realiza; y de esta combinación, transcurrido algún tiempo, resulta el progreso de la civilización cristiana y los triunfos de la Iglesia.

Cierto que estas ventajas no pueden apreciarse instantáneamente; ni la política, ni la gloria nacio-

nal, ni el honor militar recogieron el fruto de la santa expedición inmediatamente después; y si bajo el punto de vista mundano ninguno de estos beneficios pudieron comprobarse, á los ojos de la fe los resultados fueron inmensos, y hasta los espíritus más juiciosos de aquella época así lo apreciaron. Ya algunos escritores, iluminados por luz divina, reconocieron, como una verdad digna de ser apreciada, que la gracia había germinado en la sangre de los cruzados; esta gracia reconocía principalmente su fundamento en la purificación de un gran número de pecadores, los cuales por sus sufrimientos y una muerte voluntariamente aceptada, enriquecieron los tesoros espirituales de la Iglesia. La muerte, la sangre, la expiación, el sacrificio ocupan un puesto muy principal en la cadena de eslabones que forman los misterios cristianos; y necesario es concederles una parte muy importante cuando contemplamos las cosas de este mundo en estrecha unión con la eternidad. San Bernardo lo había dicho en su carta dirigida á los alemanes: «¿Por ventura no es un medio eficaz de salvación el que Dios ofrece á los homicidas, ladrones, adúlteros, perjuros y malhechores que la sociedad rechaza, cuando les permite sufrir y morir por una santa causa?»

Esto fué precisamente lo que ocurrió. No queremos repetir lo que ya en otra ocasión hemos

dicho. Basta recordar lo que era la Cristiandad en el siglo x y xi para admirar los felices resultados que obtuvieron las Cruzadas. Al desbordamiento de costumbres y falsas doctrinas, la Providencia opuso dos distintos diques: por una parte las nuevas órdenes monásticas, tales como los cisterienses, premonstratenses y cartujos; por otra el campo de batalla de la Tierra Santa, carrera más vasta y accesible á la multitud, donde los soldados de la fe ofrecieron sus vidas en expiación de sus crímenes, triunfando de ellos mismos y muriendo por Jesucristo. Estos triunfos no son comprendidos por el espíritu del mundo, pero no están exentos de gloria delante de Dios, ni carecen de provecho para los hombres.

Probable es que si los guerreros dóciles al servidor de Dios hubieran combatido cumpliendo con las reglas de la disciplina cristiana, habrían conseguido el triunfo de ellos mismos y de los enemigos de la Iglesia; pero sus malas pasiones opusieron á esta doble victoria y sucumbieron; al derramar su sangre al pie de la Cruz y exponer sus cuerpos á la cuchilla del combate y á los tormentos de la muerte, salvaron sus almas y proporcionaron á la Iglesia una gloria que brilló aún más en el cielo que en la tierra.

Expliquemos esta verdad. Desde el día que Jesucristo expiró en el Gólgota iluminando con luz

divina al mundo, la Iglesia se ha desarrollado, propagado y fortalecido, á través los dolores de la muerte. En este camino vive, progresa y fructifica. Se despoja para volver á la vida. Se humilla para engrandecerse. Se inmola para realzar su majestad. Al nacer se creyó que perecería en la sangre de los mártires, pero muy pronto después su divina antorcha iluminaba al mundo; en los siglos que siguieron vivió como sumergida en la inundación de los bárbaros, surgiendo de repente llena de esperanzas y ofreciendo á los pueblos el ramo de oliva, símbolo de paz. En la Edad Media se obscurece en Oriente; pero vencida, queda dueña del mundo, mientras que el mahometismo victorioso cae herido de muerte. En los tiempos presentes sus mismos hijos la desprecian, y el infierno, conspirando contra ella, exclama con furor: *¡Aplastemos á la infame!* pero he aquí que reaparece más fuerte, más unida, más fecunda que nunca.

Esta es la marcha de la Iglesia; nunca abandona el camino de la Cruz; cae y se levanta semejante al Hombre que sufrió tantos dolores y cuyas huellas sigue; el reposo, la verdad, la gloria, la bienaventurada inmortalidad sólo se encuentra al terminar esta vía ascendente.

Estas lecciones, de las cuales la historia profana no se preocupa, no pasaron, sin embargo, desapercibidas para algunos hombres eminentes del tiem-

po de las Cruzadas. Los que contestaron á los detractores de San Bernardo, insistieron sobre estas grandes consideraciones, señalando al mismo tiempo las principales causas que habían ocasionado las desgracias de la guerra santa.

Entre estos testimonios existen declaraciones muy notables. Otton de Frisingen, historiador cuyo juicio no puede ser sospechoso puesto que fué testigo ocular de los acontecimientos que refiere y en ocasiones se declara contrario á San Bernardo, se expresa en estos términos:

«Si decimos que el santo Abad fué inspirado por
»Dios para animarnos á emprender esta guerra, y
»que por nuestro orgullo y libertinaje no seguimos
»sus prudentes consejos, perdiendo por esta causa
»bienes y personas como inevitable consecuencia
»de nuestros desórdenes, nada diremos contrario á
»la verdad y que justificado esté en la historia de
»los tiempos.»

A estos testimonios tenemos que añadir el de Guillermo de Newbrige, concienzudo escritor, y á quien Mabillon llama *virum bonæ et fidei scriptorem*:

«Leemos en las Santas Escrituras que un formidable ejército perteneciente al pueblo de Dios se
»corrompió por el crimen de un solo hombre, hasta el extremo que retirando la divina Providencia
»su protección, creyóse herido de inercia. Consul-

»tado el Señor, contestó que el pueblo estaba man-
»cillado por un criminal. Y dijo: Israel, el maldito
»está entre vosotros; no podréis triunfar de vuestros
»enemigos hasta después de haber exterminado al
»autor del crimen.

»Ahora bien; imperando en nuestro ejército el
»desorden y los vicios condenados no solamente
»por la religión, sino por las leyes militares, no
»podemos extrañar que faltase la protección divina
»á esos hombres pecadores y corrompidos. En nues-
»tro campo dominaba la lascivia; muchos confiaban
»en el número y fuerza de las tropas, y apoyándose
»con singular presunción en brazos de carne, según
»el lenguaje que usa la Escritura, dieron al olvido
»las leyes divinas y el poder y la misericordia de
»Aquél por cuya defensa pretendían haber tomado
»las armas.»

Estas y otras muchas imparciales apreciaciones
aclararon la opinión pública, disipando poco á poco
la tormenta que se había conjurado sobre la cabe-
za de San Bernardo. Los predicadores añadían tam-
bién reflexiones que consolaban al pueblo.

»Los cristianos inmolados por la fe en Oriente,
»decían, deben ser menos compadecidos que los
»soldados que han sobrevivido y que vuelven á sus
»hogares para continuar en sus ignominias *como*
»perros que vuelven á lo que vomitan.»

Recordábanse las advertencias del servidor de

Dios, sus consejos no admitidos y los milagros, *aún más elocuentes que la palabra*, que la voluntad divina había manifestado.

Por último, los fieles más accesibles á la fe comprendieron que debían llorar sobre ellos mismos y no sobre el apóstol de Jesucristo. *El tiempo de la desgracia*, como San Bernardo llamaba á esta ruda época de su vida, empezó á dulcificarse, operándose una visible reacción en favor de la santa expedición. Hasta entonces no dirigió al Papa una Memoria con el título de *Apologia*. He aquí algunos de sus fragmentos:

«Anunciamos la paz, y la paz no existe; prometimos el reposo, y tampoco le tenemos. ¿Obramos temerariamente y por nuestra propia voluntad? ¿Seguimos vuestras órdenes, ó mejor dicho las de Dios, cumpliendo las vuestras? Todos sabemos que los juicios de Dios son verdaderos; pero este último acontecimiento envuelve un abismo tan profundo, que en mi pobre juicio, bien puede llamarse bienaventurado el que no se escandaliza. Sin embargo, la presunción humana se atreve á reprehender lo que no está al alcance de su comprensión. Trasladémonos con la memoria á siglos anteriores para buscar alguna luz en actos providenciales llevados á cabo en aquellos tiempos.

«Hablo de lo que nadie ignora y que en los tiempos presentes no se quiere saber. El corazón del

«hombre es de tal condición que olvida en la necesidad lo que conoce muy bien cuando ésta no existe. «Moisés, al arrancar del yugo de Egipto al pueblo «de Dios, le prometió una tierra mejor; sin ésto, «¿cómo le habría seguido un pueblo que sólo gustaba de la tierra? Le hizo salir, pero no entrar en «la tierra prometida; ciertamente que en este caso «no puede ser calificado de temerario el que condujo al pueblo á tan desgraciado desengaño. Por la «voluntad de Dios, que todo lo prevé y que con milagros confirmaba sus palabras, obraba Moisés. Si «los pecados de los israelitas fueron la causa de su «perdición en el desierto, permitido nos será creer «que los prevaricadores de la Cruzada fueron los «culpables de la derrota.»

La catástrofe, por tanto, no llegó á turbar ni la confianza ni la serenidad del abad del Claraval. De la santidad de su misión no dudó, y los principios de la Cruzada permanecieron incólumes, á pesar de los contratiempos que obscurecieron su gloria. Digamos también que la muerte de una gran parte de los cruzados no sirvió solamente para la salvación de sus almas, como dice Juan de Casa María, sus consecuencias extendiéronse á otra esfera principalmente en Alemania, de donde desaparecieron multitud de hombres ociosos y príncipes llenos de ambición que turbaban la tranquilidad del país.

La guerra entre güelfos y gibelinos terminó casi

inmediatamente después de la Cruzada, atribuyendo los historiadores tan imprevisto resultado á la muerte de los jefes de los partidos.

Antes de abandonar estos sucesos echemos una mirada sobre el conjunto de todos estos acontecimientos. Ya hemos dicho que el ejército levantado por San Bernardo habíase dividido en cuatro partes. Las dos primeras, compuestas de franceses y alemanes, se extendieron por Europa y Asia; pero confiando en sus propias fuerzas y desobedientes al *Dios de las batallas*, perecieron, haciendo aún más humillante su derrota tanto alarde de fuerza. Los otros dos, de los cuales la historia no hace mención, emprendieron la campaña, sin ostentación y sin ruido, ejecutando memorables hechos.

En capítulos precedentes indicamos el brillante suceso llevado á cabo en las orillas del Tajo. Los cruzados pertenecientes á Inglaterra y á los países marítimos del Norte, conducidos por un jefe desconocido, arrancaron á Portugal del poder de los sarracenos, dotando á la cristiandad de un nuevo reino.

El Cid y sus valientes compañeros habían vencido á los moros en España. Arrojadados de las ciudades que ocupaban, habíanse atrincherado en varias fortalezas de Portugal, cuando la Providencia hizo que la flota de los cruzados llegara á las costas portuguesas.

Inmediatamente corrieron á socorrer á los cristianos sitiando y tomando á Lisboa y apoderándose de varias ciudades musulmanas crearon un trono católico sobre el cual se sentó un príncipe francés.

Por el mismo tiempo otros cruzados, que tampoco habían llamado la atención pública, dirigían sus armas contra los pueblos idólatras de las orillas del Báltico. Estos guerreros, daneses y sajones en su mayoría, se distinguían por la forma original de la cruz que llevaban en el pecho: una cruz elevada sobre un globo significaba la imagen de la tierra, simbolizando el poder universal de Jesucristo. Así fué como se desarrolló y engrandeció la idea de las guerras santas. Esta última expedición no proporcionó grandes ventajas materiales, pero en cambio notables conquistas espirituales engrandecieron el triunfo de la Iglesia. Los sajones trataron á sus vecinos, como ellos habían sido tratados por Carlomagno, consiguiendo los mismos resultados, puesto que según el testimonio de los historiadores, aun de aquellos que censuran las Cruzadas, *en aquel tiempo el Cristianismo empezó á introducirse en Pomerania y Rusia.*

Los sajones fueron en estas circunstancias el instrumento de una idea comunicada por el Papa. Eugenio III, según los anales de Baronius, escribió los planes llevados á cabo, el uno referíase á los

infieles de la Palestina; el otro á los idólatras de las comarcas septentrionales de Europa.

¿Tuvo relación con estas negociaciones el segundo viaje que San Bernardo verificó á Alemania? No hemos encontrado ningún documento que así lo confirme, pero considerando la importancia de la misión y el coincidir la llegada del Papa á Francia con el viaje de San Bernardo, hemos aventurado esta conjetura. Por otra parte, cuando se considera la posición que ocupaban los príncipes de Sajonia frente al emperador de Alemania, se comprende qué poderosa influencia se necesitó para que prevaleciese en el consejo de los soberanos la idea de que cada uno de ellos combatiera por su propia cuenta.

La religión únicamente pudo asegurar el triunfo de pensamiento tan vasto; el brazo de la religión, el mensajero del Papa, el órgano de la Iglesia fué el santo abad del Claraval.

La segunda Cruzada adelantó mucho la obra providencial; pero esta obra no podía considerarse terminada. La lucha entre el Cristianismo y el mahometismo, lucha en que figuran episodios heroicos, continuó hasta algunos siglos después, con mayor ó menor grandeza, hasta el día en que las fuerzas musulmanas se estrellaron á las puertas de Viena contra el invencible escudo de Juan Sobieski. Desde aquel día la religión de Mahoma no

volvió á salir de sus límites territoriales. Permaneció herida de inercia, precipitándose á su decadencia. Antes de las guerras santas, el mahometismo audazmente invadía los Estados cristianos en España, Sicilia, Africa y en toda el Asia. El catolicismo le atacó, quedando dueño del campo. Esta conclusión justifica el apostolado de San Bernardo y resume su apología.

CAPÍTULO SÉPTIMO

Ultima enfermedad, último milagro de San Bernardo.



principios del año 1152, el estado patológico de San Bernardo se agravó de tal modo, que hizo temer su próximo fin. Sin embargo, tranquilo y con la sonrisa constantemente en los labios, dominaba con gran vigor de espíritu sus debilitados miembros, cumpliendo sus sagradas obligaciones en el interior del monasterio. Todos los días celebraba el santo sacrificio, á pesar de su extrema debilidad, y acostumbraba á decir á los que le ayudaban á sostenerse, que en los últimos días de la vida, la acción más eficaz es unirse á la sagrada víctima y ofrecerse en holocausto.

Su palabra menos frecuente, pero más penetrante que de ordinario, parecía aun más impregnada de amor divino. Después de celebrar el Santo Sacrificio, abrasaba su alma tan ardiente caridad, que

toda persona que se le acercaba sentíase poseída de un gran fervor de espíritu... Los religiosos, sus muy queridos hijos, participaban de sus propios sufrimientos, conservándole en este mundo, mediante el fervor de sus oraciones y la ternura de su cariño; noche y día la comunidad pedía á Dios de rodillas conservase en este mundo á su muy querido padre.

El santo, reuniendo á su numerosa familia, les suplicó con voz conmovida que no rogasen más por su vida y le dejaran morir. «¿Por qué tratáis de retener en este mundo á un hombre tan miserable como yo? Vuestras súplicas pueden más que mis deseos: Tened compasión de mí y dejadme que vaya á Dios.»

Dominando su extrema debilidad escribió á uno de sus más queridos amigos, y con mano débil dirigió las siguientes líneas al abad de Bonneral: Esta fué su última carta:

«Con gratitud, le escribe, he recibido las pruebas de afecto que me enviáis, pero nada puede regocijarme. Un hombre tan lleno de sufrimientos, ¿qué alegría puede experimentar en este mundo? Cuando ceso de alimentarme, es cuando siento algún alivio, y con Job, puedo decir, que el sueño se ha retirado de mis párpados, para que el entorpecimiento de los sentidos no alivien el sufrimiento. Mi estómago no soporta alimento alguno, y tam-

»bién sufre cuando dejo de alimentarme. Mis piés
»se parecen á los de un hidrópico, y para no ocul-
»tar nada al amigo que se interesa tanto por mi
»salud, le diré, con alguna imprudencia quizás, que
»en medio de tantos y continuados males, mi alma
»no se abate. El espíritu está pronto, pero la carne
»flaca.

»Rogad á Dios, Nuestro Señor, que no quiere la
»pérdida del pecador, que me proteja al abandonar
»este mundo, pero que no difiera la salida: Tiempo
»es ya de partir. Ayudad con vuestras oraciones á
»un hombre exento de méritos, para que en los
»postreros y temibles momentos, el tentador no me
»sorprenda. En el estado que me encuentro, me
»congratulo de poderos escribir por mis propias
»manos, con objeto de mostraros el cariño que os
»profeso, y que al reconocer la letra reconozcáis el
»corazón.»

Bernardo recibió la noticia de la muerte del Papa Eugenio, seis semanas antes de la suya. El Santo Pontífice, después de gobernar la Iglesia por espacio de ocho años y medio, con la prudencia y firmeza de un apóstol, murió el 8 de julio de 1153. Con dulzura y bondad, dominó á los más implacables enemigos de la Santa Sede, y bajo su pontificado, la supremacía de San Pedro recobró su influencia en los asuntos del mundo, á pesar de las crisis políticas y religiosas que atravesó, justifi-

cando con pacíficos triunfos las siguientes palabras de Jesucristo: *Bienaventurados los mansos de corazón, porque ellos poseerán la tierra.*

El cardenal, obispo de Ostia, consoló al santo abad del Claraval con la siguiente carta:

«Nosotros, los que conocíamos á este gran Pontífice, persuadidos estamos que ha sido elevado »hasta el tercer cielo, sin dejarnos huérfanos en »este mundo, porque con el Señor, que lo ha hecho partícipe de su gloria, intercederá por nosotros. En cuanto á vos, jefe de la congregación de »donde le hicieron salir para ocupar el trono apostólico, no dejéis de rogar por él y pedir á Dios que »aumente en el cielo su felicidad y su gloria.»

El analista del Cister, dice, que aunque Eugenio III no ha sido canonizado por la Iglesia, debe, sin embargo, ser considerado como un elegido y un bienaventurado por el común acuerdo de los pueblos. La muerte inesperada de este Papa, á quien San Bernardo amaba tiernamente, causó gran dolor é hizo derramar abundantes lágrimas al santo abad. Cada día mostraba menos interés por las cosas de este mundo: Godofredo, el piadoso obispo de Langres, habiendo venido á consultarle sobre un asunto importante, se extrañó de la indiferencia con que el servidor de Dios le atendía, y éste, adivinando su pensamiento, le dijo: «No os »molestéis, pero no pertenezco ya á este mundo»,

y en efecto, únicamente se ocupaba de desatar los últimos lazos que le sujetaban á la tierra; las aspiraciones todas de su alma concentrábanse en Dios como hogar único de su amor, y con antelación elevábase á las regiones inmortales, bajo las alas de un ferviente deseo. Sin embargo, un prodigio más, debía coronar los últimos días de la vida de este grande hombre.

Tendido en su lecho estaba, refiere un biógrafo contemporáneo, *disponiéndose con valor á terminar su carrera en este mundo*, cuando el arzobispo de Treves vino á buscarle al Claraval para suplicarle acudiese á Metz, donde ocurrían lamentables escenas. Los nobles y el pueblo hacía tiempo sostenían encarnizada lucha, habiendo fallecido más de dos mil insurrectos. El arzobispo, en calidad de metropolitano, había acudido á separar á los combatientes é impedir mayores males con toda la solícitud de un buen pastor; pero su autoridad fué desconocida, y, el prelado, lamentando su insuficiencia, recurrió al abad del Claraval para que se trasladase al campo de batalla.

El santo, al oír tantas desdichas referidas con lágrimas por el arzobispo, se conmovió profundamente. Un celo sobrenatural comunicó vigor á sus miembros, y los huesos fortaleciéronse en su interior; porque, añade el cronista: *Dios tenía entre sus manos aquella santa alma y hacía de ella lo que quería.*

Levantóse de repente de su lecho de muerte, dirigiéndose inmediatamente á Metz.

Los dos ejércitos encontrábanse acampados en las orillas del Moselle: por un lado veíase al pueblo respirando odio y venganza, por el otro á los nobles y sus soldados, ébrios con la primera victoria y preparándose á empezar el combate. Sostenido por algunos de sus religiosos, el hombre que representaba la paz presentóse de repente en medio de los combatientes.

Débil y con poca voz, no pudo ser escuchado. Diríjese á uno y otro bando, habla con los principales jefes, y sin esperanzas, humanamente pensando, de conseguir un arreglo por todos los medios posibles, trata de calmar la efervescencia de los ánimos. Su presencia, únicamente consiguió, que suspendieran por de pronto el combate.

El santo, sin desanimarse, tranquiliza á los religiosos que le acompañan. «No os inquietéis, les dice, á pesar de los obstáculos que se acumulan, con la gracia de Dios veremos la paz restablecida.»

En efecto, al amanecer del día siguiente, el santo recibió una comisión compuesta de los principales señores de la ciudad, declarándole que aceptaban su intervención. Inmediatamente después, convocó en *una pequeña isla* á los jefes de los dos distintos bandos; escuchó sus quejas, calmó los ánimos y convenció á los más obstinados, depo-

niendo todos las armas. ¡Conmovedora escena! Un ósculo de paz circuló por todas las filas del ejército.

Una milagrosa curación hizo célebre también esta jornada. Ordenado por la Providencia, dice un biógrafo, ocurrió que una pobre mujer, atormentada hacía ocho años con cruel enfermedad, se prosternó ante el servidor de Dios, pidiéndole su bendición; constantemente agitada por un temblor convulsivo, su aspecto causaba horror y compasión. Bernardo, después de recogerse breves momentos, hizo la señal de la cruz, é inmediatamente después los temblores desaparecieron, recuperando de repente su salud en presencia de una multitud de espectadores.

La fama de este milagro acabó por atraer todas las simpatías. Aun aquellos mismos que se habían mostrado más incrédulos, se daban golpes de pecho, bendiciendo en alta voz el poder de Dios. La emoción duró más de una hora, durante la cual, añade el historiador, *las lágrimas de compunción, ternura y gratitud, corrieron sin cesar.*

El hombre de Dios, rodeado de numerosa muchedumbre y abrumado con la multitud, que en testimonio de respeto arrojábase á sus piés, estuvo á punto de perder el último soplo de vida que sostenía su frágil existencia. Los religiosos transportáronle en brazos á una barca, alejándolo de la orilla precipitadamente. Los señores y magistrados

todos, se reunieron á él: «Obligación tenemos, decían, de oír con docilidad á aquél que es amado de Dios, y observaremos sus consejos, porque Jesucristo á ruegos suyos ha hecho grandes cosas en presencia nuestra.» Pero Bernardo, rechazando las alabanzas, les contestó: «No por mí, sino por vosotros, Dios ha obrado estas cosas.»

El santo entró en Metz, en la casa episcopal, donde por intervención suya se terminó y firmó el tratado de paz.

Terminada estaba la obra: Esta fué, ¡digno apóstol de Jesucristo, la última que realizásteis en este mundo! El último florón que Dios colocó en vuestra corona. Con Simeón, podéis decir: «Enviad en paz á vuestro siervo desde ahora, Señor.»

Semejante al marino, que baja y repliega sus velas á la vista del puerto, después de laboriosa navegación, del mismo modo el discípulo de Jesucristo, después de terminar su carrera, humildemente volvió al Claraval, donde arrojándose en su lecho de muerte, esperó tranquilo la hora del reposo.

CAPÍTULO OCTAVO

Muerte de San Bernardo.

Más difícil es referir la muerte que escribir la vida. Manifiéstase ésta á la faz del mundo, mientras que la otra se realiza en el misterio. Síntomas de debilidad, luchas convulsivas, frágiles despojos sólo salen al exterior.

En medio de estos fenómenos, en el momento mismo que el frío de la muerte hiela el cuerpo, lo descompone y corrompe, el alma, purificada en la sangre del Cordero, se recoge en sí misma y vuela á la eternidad. Los que tristemente presencian la agonía no se aperciben de los horizontes que más allá de la tumba se abren; un velo impenetrable oculta á su vista los esplendores de un sol divino. Aterrados contemplan una vida que se extingue, una luz que se apaga, una corriente que se des-

vanece y en esto termina todo para ellos. Pero *el alma fiel*, dice la Escritura, *inaccesible es á los tormentos de la muerte y en manos de Dios reposa en paz.*

Presenciamos la última escena de la historia de este gran servidor de Dios.

Bernardo, como fruto en sazón, suspendido está al árbol de la humanidad por un frágil hilo próximo á romperse á la más leve sacudida. Sin embargo, sus facultades no se han debilitado; su razón brilla con vigor y lucidez. Los dones que más se admiran en el hombre, santidad, serenidad y un invencible ascendiente sobre sí mismo, todos subsisten en él. La santa unción ha recibido ya; la voz de Dios escucha en su corazón.

Penetremos con el espíritu en el silencioso claustro del Claraval. Confundámonos con los discípulos consternados que rodean el lecho de su padre, fijos los ojos y bañados en lágrimas en aquellos últimos destellos de la antorcha que los había guiado por el camino del cielo.

¿Cómo describir tan inmenso dolor?

Alrededor de su lecho todos lo observan con ansiedad, le hablan sin pronunciar palabra, esperan sin esperanza alguna; ¡tal es la ceguedad del amor! La ternura filial no comprende la posibilidad de ciertas separaciones; se ciega ante la tumba abierta de un padre ó de una madre como ésta se ciega

ante la cuna de su hijo. Al enlazarse los corazones por medio de un afecto puro, parece que no pueden vivir ni morir los unos sin los otros; ni la razón ni los santos pensamientos ni aun la misma fe cristiana pueden destruir esta última ilusión; ¡tan profundas son sus raíces en las verdades eternas! Ni aun los mismos apóstoles pudieron defenderse de ella; el amor carnal y humano que entonces profesaban á su divino maestro velaba sus espíritus, y nunca llegaron á comprenderlo cuando les anunciaba su muerte. «Con tristeza, escribe uno de los religiosos del Claraval, hemos experimentado lo que el Evangelio dice sobre los apóstoles cuando «Nuestro Señor les anunció su pasión y su muerte, «no sabían lo que decía ni comprendían sus palabras; el corazón se resiste á creer aquello que le mortifica y causa invencible horror.»

De este modo los piadosos cenobitas conservaron hasta el último momento una esperanza que ocultaba á sus ojos el inminente peligro de perder á su padre. *Compadecido éste en lo íntimo de sus entrañas*, esforzábase en moderar la pena que causaba á sus hijos fortaleciendo su valor. *Los más dulces consuelos les prodigaba*, exhortándoles á que se abandonasen con confianza á la bondad de Dios, amaran su voluntad y perseveraran en la caridad divina. Les prometió que al separarse de ellos no los abandonaba, y que los cuidaría aun después de

su muerte. Después de esto, con una dulzura imposible de describir, les recomendó que se amaran unos á otros, que adelantasen mucho en el camino santo de la perfección y que cumplieran con temor y amor de Dios sus reglas.

Por último, penetrado de un espíritu apostólico, les repitió las siguientes palabras de San Pablo: «Hermanos míos, os suplicamos y conjuramos en »nombre de Nuestro Señor Jesucristo, que viváis »por Dios, según os hemos enseñado, para que el »Señor os colme más y más de gracias y bendiciones..., porque la voluntad de Dios es que seáis »santos.»

Entonces, haciendo se aproximara á su lecho el superior general de la orden del Cister, el venerable abad de Gozevín y otros varios abades y preladados, que habían llegado al Claraual.

Gozevín, derramaba abundantes lágrimas; aunque en jerarquía monástica era superior á él, amábale con amor filial, reconociéndole en alta voz como maestro y padre. El santo dió á todos gracias, y con voz conmovida, por última vez, se despidió de ellos.

Esta escena desgarró el corazón de los pobres monjes.

Padre caritativo, padre amado, exclamaron todos sollozando, ¿queréis abandonar á vuestra familia? ¡Tened piedad de nosotros, que somos hijos

vuestros! á quienes alimentásteis con vuestro seno maternal, educásteis y formásteis como madre cariñosa. ¿Qué va á ser de los hijos á quienes tanto habéis amado?...

Estas exclamaciones conmovieron al servidor de Dios, y lloró...

«Ignoro, les dijo, dirigiendo al cielo una mirada
»llena de angelical dulzura, dónde debo volver la
»vista. Si al amor de mis hijos ó al amor de mi
»Dios, que me llama al cielo...»

¡Esto dijo y espiró!

Los fúnebres cantos entonados por más de setecientos monjes, y acompañados del frío glacial de la muerte, interrumpieron el silencio del desierto, anunciando al mundo la muerte de San Bernardo.

Esto ocurría el 29 de Agosto de 1153, á las nueve de la mañana. El santo contaba sesenta y tres años; cuarenta que se había consagrado á Jesucristo en el claustro, y treinta y ocho que ejercía la dignidad de abad.

FIN

ÍNDICE.

TERCERA ÉPOCA

CAPÍTULO I.—El cisma de Roma.—Las principales potencias de la Cristiandad reconocen á Inocencio II, por intervención de San Bernardo.—El Anti-Papa funda el reino de Sicilia.	3
CAP. II.—Intervención de San Bernardo en la causa del obispo de París.—El Papa Inocencio II en el Claraval.—Misión de Aquitania.—Historia del duque Guillermo.—Concilio en Rems.	19
CAP. III.—Expedición de Lothaire á Italia.—San Bernardo restituye la paz á las repúblicas de Italia y reconcilia á los Hoenstauffen con Lothaire.—Concilio de Pisa.	37
CAP. IV.—Disturbios en Sicilia.—Estancia de San Bernardo en Roma.—Conferencias en Palermo.—Extinción del Cisma.	55
CAP. V.—La paz se restablece en los estados católicos.—Concilio general de Roma.—Sumisión de Roger de Sicilia.	69

CUARTA ÉPOCA

CAP. I.—Movimiento intelectual en la Edad Media.	79
CAP. II.—Pedro Abelardo.—Sus doctrinas, vida é infortunios.	97
CAP. III.—Luchas de San Bernardo con Abelardo.—Concilio en Sens.—Conversión y muerte edificante de Abelardo.	111
CAP. IV.—Doctrinas racionalistas aplicadas á la política.—Arnoldo de Brescia.—Revolución en Roma.	127

CAP. V.—Libro de la consideración.—Ideas generales sobre la filosofía y teología mística de San Bernardo.	141
CAP. VI.—Sermones y escritos de San Bernardo sobre la Santísima Virgen.	157

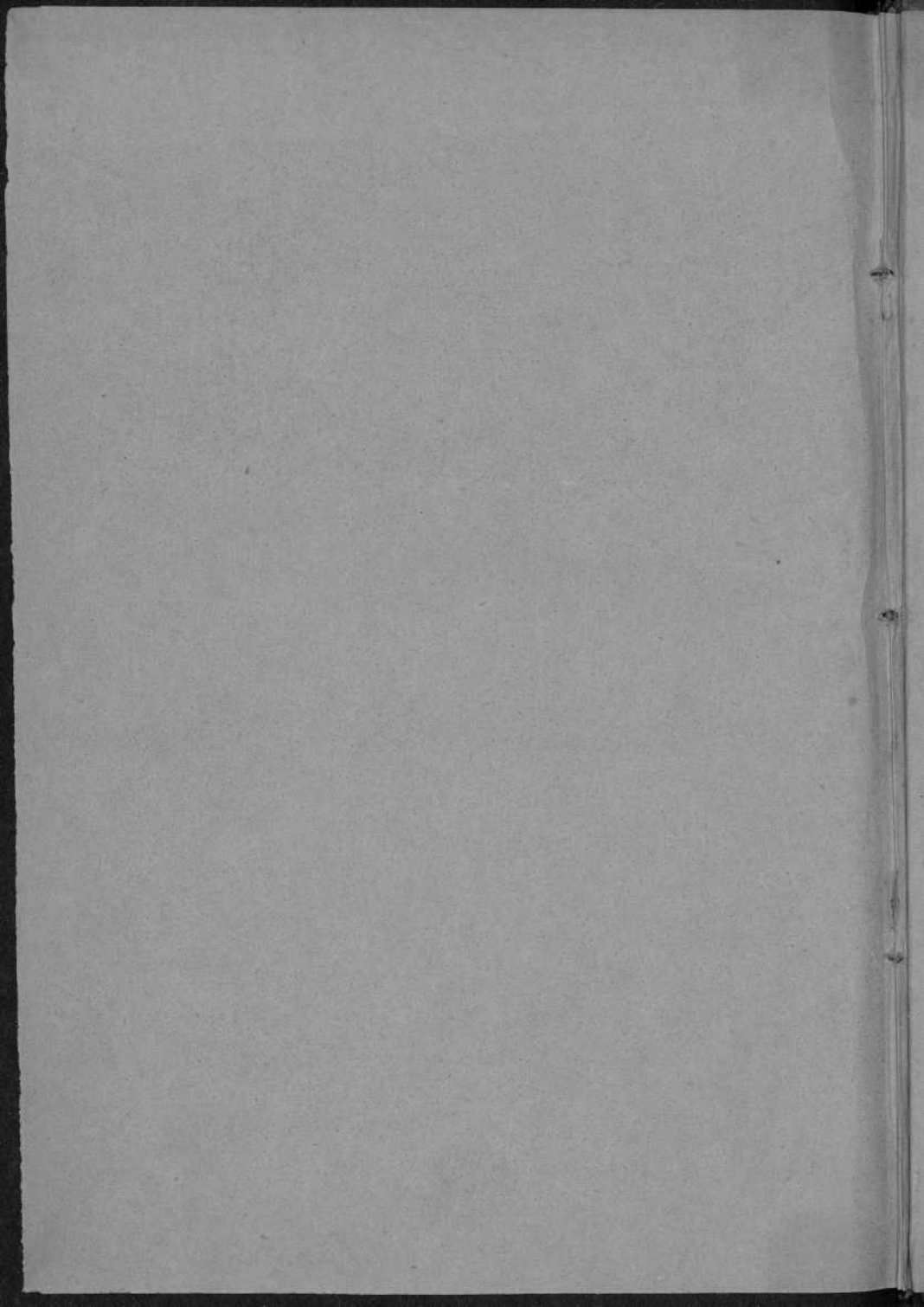
QUINTA ÉPOCA

~~~~~  
1145 A 1153

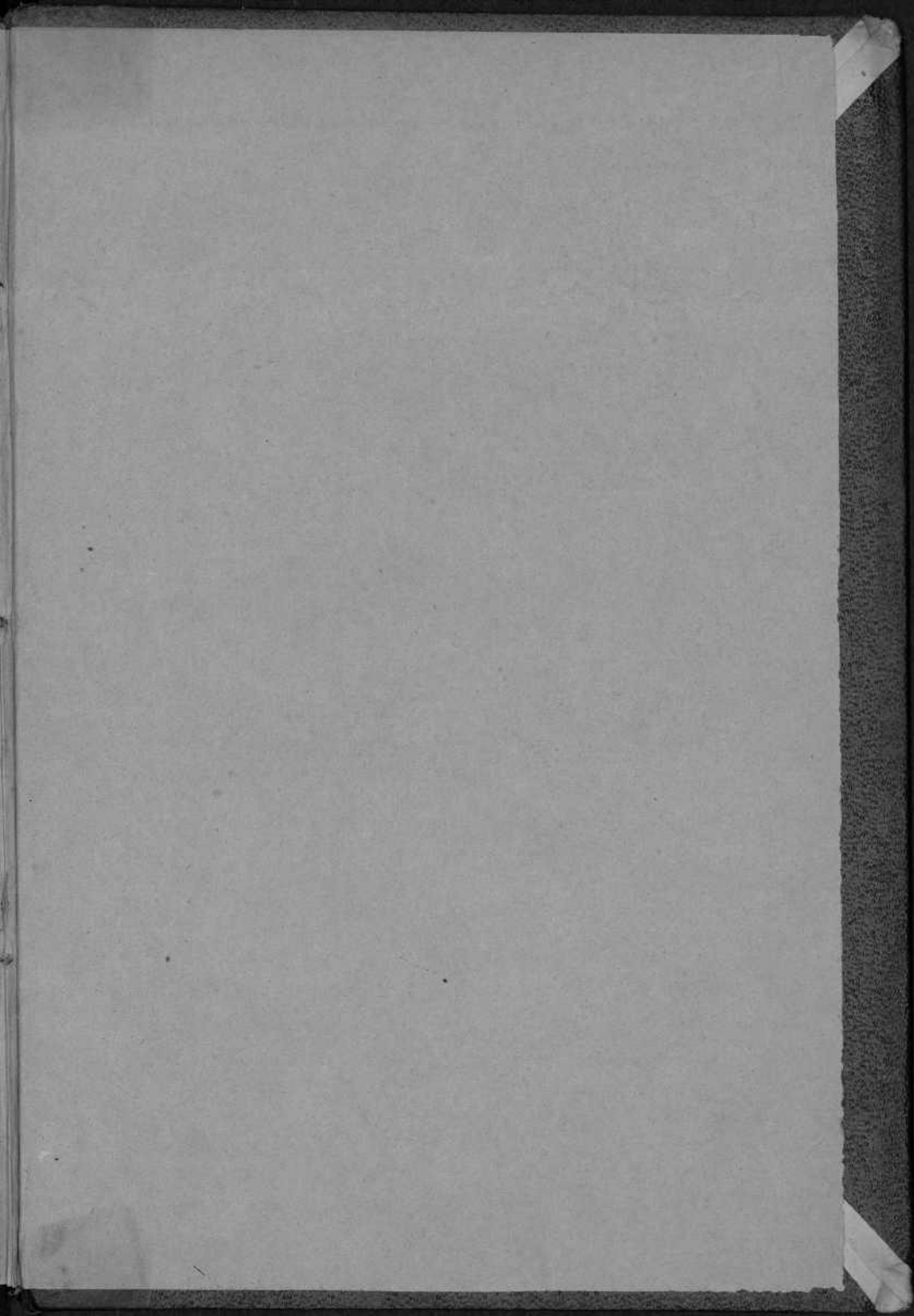
|                                                                                                                            |     |
|----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| CAP. I.—Las Cruzadas: Situación de la cristiandad en Oriente.                                                              | 177 |
| CAP. II.—San Bernardo recibe la misión de predicar las Cruzadas.—Sus dificultades.—Asambleas reunidas en Vecelay.          | 193 |
| CAP. III.—Los judíos perseguidos en Alemania con motivo de la Cruzada.—El Santo los defiende.                              | 207 |
| CAP. IV.—Asamblea reunida en Etampes.—Llegada á Francia del Papa Eugenio III.—Salida de los Cruzados para la Tierra Santa. | 221 |
| CAP. V.—Derrotas que sufrió la Cruzada.—Aflicción de San Bernardo.                                                         | 235 |
| CAP. VI.—Apología de San Bernardo.                                                                                         | 249 |
| CAP. VII.—Última enfermedad, último milagro de San Bernardo.                                                               | 261 |
| CAP. VIII.—Muerte de San Bernardo.                                                                                         | 269 |

B











MATISBONNE

HISTORI

DE

S. BERNARD

2

14.234